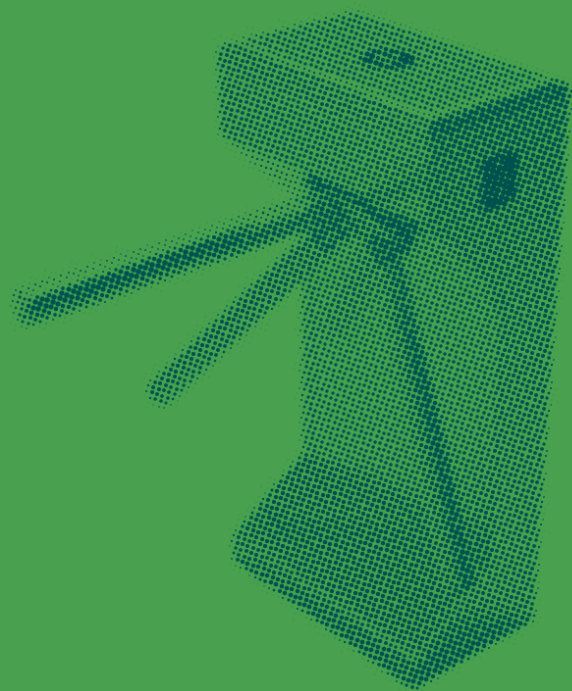


Constituir en la revuelta

Nuevos desafíos a la democracia



Coordinador
Daniel Andrade
Schwarze





Constituir en la revuelta

Nuevos desafíos
a la democracia



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL



transform!
europe



CLACSO



FOROS
CLACSO

Constituir en la revuelta : nuevos desafíos a la democracia / Karina Batthyány ... [et al.] ; coordinación general de Daniel Andrade Schwarze. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Viena : Transform! Europe ; Santiago : Democracia Viva, 2023.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-480-2

1. Democracia. 2. Arte. 3. Crisis Social. I. Batthyány, Karina II. Andrade Schwarze, Daniel, coord.
CDD 320

Edición: Eugenia Cervio

Diagramación: Paula D'Amico

Diseño de tapa: Ezequiel Cafaro



Constituir en la revuelta

Nuevos desafíos
a la democracia

Daniel Andrade Schwarze
(Coordinador)



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

COLECCIÓN FOROS

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemanni - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-987-813-480-2



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Estallido social en perspectiva

Estallido social, una mirada desde lo personal
a lo colectivo 11
ESTEBAN GONZÁLEZ PÉREZ

Arte y crisis social, las tramas de la performance
ciudadana 19
GONZALO LEIVA QUIJADA

De la calle a las urnas.
El estallido social
tras el fracaso del proceso constituyente 27
CLAUDIA HEISS

Constituyendo democracias.

Proceso constituyente en Chile

Presentación 47

PANELISTAS: KARINA BATTHYÁNY, DANIEL ANDRADE,
JUAN CARLOS MONEDERO Y FELIPE FONTECILLA

MODERADORES/AS: VESSELINA VATEVA Y NICOLÁS ARATA

Dialógo magistral. Momento constituyente, clima destituyente y emergencia del fascismo	57
PANELISTAS: JUAN CARLOS MONEDERO Y MANUEL CANALES	
MODERADOR: DANIEL ANDRADE SCHWARZE	
Diálogo magistral. Crisis de los cuidados y políticas económicas incluyentes	85
PANELISTAS: KARINA BATTHYÁNY Y PAULA MORENO	
MODERADORA: VALENTINA PERROTTA	
Diálogo final. ¿Qué tienen para decir las otras experiencias y procesos constituyentes?	105
PANELISTAS: ALBERTO ACOSTA, MARGA FERRÉ, JAVIERA TORO Y FERNANDO ATRIA	
MODERADOR: TOMÁS CRISTI	
 Gabriel Boric, un gobierno <i>millennial</i>	
Desafíos del Gobierno de Gabriel Boric	153
ARACELI FARIÁS JORQUERA	
Una promesa llamada Gabriel Boric	163
JUAN PABLO LUNA	
Constituir como desafío de gobierno en contextos destituyentes	183
CATALINA PÉREZ	
Consolidar una salida del neoliberalismo. Desafíos para el gobierno en Chile	197
CAMILA MIRANDA MEDINA	

Reflexiones post derrota.

El plebiscito del 4 de septiembre

Proceso constituyente chileno.

Tercer acto, plan de acción 209

EZIO COSTA

Tormenta destituyente

223

CAMILA HERNANDO MARTEL


Y DANIEL ANDRADE SCHWARZE

Sobre los autores y autoras

245



Estallido social en perspectiva



Estallido social, una mirada desde lo personal a lo colectivo

Esteban González Pérez

Es difícil comenzar mis vivencias en este proceso de estallido social, cuando en un principio lo veía tan lejano, recuerdo que el 19 de octubre me encontraba con un amigo compartiendo una cerveza, con motivo de la celebración de que nos había ido bien en una audiencia y nuestro quehacer jurídico nos daba estas pequeñas satisfacciones. Recuerdo que estaba sentado en París con Londres y comenzamos a ver mucha gente caminando, cuestión que nos llamó la atención y al consultar que pasaba se nos señala que estaban todos los metros cerrados, situación que nos motivó a tomar resguardos y caminar hacia nuestras casas por la Alameda, cuestión que provoco cambios en mi vida de manera radical.

Después de casi 3 años de ese 19 de octubre, existen diversas situaciones que hasta hoy perduran principalmente en el territorio donde vivo, como lo es la conformación de la Mesa de Unidad Social en Pedro Aguirre Cerda la cual acaeció el día 27 de noviembre de 2019 al calor de la movilización iniciada el “18 O”, espacio que se ha transformado en un importante lugar de convergencia

social y política, permitiendo el encuentro de distintas organizaciones sociales y partidos políticos. La Mesa cumplió un rol fundamental en presionar a la Municipalidad para la realización de la consulta ciudadana de diciembre de 2019, que se desarrolló en gran parte del país, consiguiendo asimismo la incorporación de la opción de “Asamblea Constituyente”, opción por la cual se inclinaron 7 de cada 10 vecinos que votaron. La articulación citada permitió avanzar también con iniciativas digitales como foros y conversatorios, que no solo llevaron información a los vecinos y vecinas de la comuna respecto del acceso a beneficios sociales o la situación de la educación pública comunal, sino que también hicieron posible coordinar las acciones de agitación destinadas a asegurar un despliegue previo al Plebiscito, coordinando banderazos, propaganda digital y un cierre de la campaña a través de una multitudinaria caravana, convirtiéndose en incentivo para vecinos y vecinas que aportaron luego en el rol de Apoderados para conseguir el rotundo triunfo del día domingo 25 de octubre.

Desde lo personal y como vocero de esta organización, desde el 5 de noviembre del año 2019 me tocó participar en aproximadamente 25 conversatorios, entre estos destacan mayoritariamente los cabildos ciudadanos o asambleas (presenciales u *online*), las cuales fueron diseñadas para abordar directamente el impacto de un debate constitucional en nuestro distrito y fuera de este, persiguiendo con ello la finalidad de entregar herramientas necesarias y/o útiles al poblador y la pobladora, toda vez que se buscó por parte del colectivo que los señalados deberían ser un elemento central que coadyuve a la politización del debate y a la generación de una disposición que busque transformar nuestra realidad. Todo este ejercicio se justifica debido al impacto que la dictadura

y los distintos gobiernos neoliberales han provocado, al depredarnos de herramientas educativas que nos permitirían tener un conocimiento general del proceso histórico al cual nos enfrentamos.

Dicha participación en estas instancias me permitió generar lazos de confianza con distintas orgánicas de la comuna y fuera de esta, cuestión que hasta el día de hoy perdura, sirviendo como instancia de unión en cuanto a las actividades que se pudieren realizar en los distintos territorios.

Ahora bien, el estallido social trajo nuevos vientos en cuanto a los liderazgos sociales, ya que veníamos de un proceso en el que las figuras territoriales –muchas de ellas existentes inclusive desde los 80– tenían un marcado tono combativo, de choque y manifestaban un notorio desgaste, en cuanto a no entender las dinámicas en la construcción colectiva de estas nuevas generaciones o, directamente, porque su liderazgo ya se había fatigado y no concitaban la misma adherencia de antaño.

En el sentido antes dicho, primariamente se produjo un desencuentro entre las distintas miradas de la organización que se comenzó a dar post 18 de octubre, en atención a que nacieron distintas asambleas territoriales autoconvocadas, las cuales tenían una mirada más horizontal de relación, para las que no existían liderazgos marcados, sino más bien representantes o voceros de las ideas discutidas en el colectivo, lo que nos muestra la inorganicidad de este proceso. Sin embargo, la creación de distintas coordinadoras, como ejemplo la Mesa Social PAC, ayudó a la confluencia de distintas miradas organizativas, ya sean colectivas o individuales, y permitió articular una organización robusta que

ayudó a empujar el proceso constituyente aun cuando para parte de la ciudadanía todavía era un sueño.

Con respecto a estas diferencias de ejercer el liderazgo, las nuevas formas fueron poco a poco ganando un espacio en esta naciente organización popular, donde en muchas de ellas (organizaciones sociales post estallido) fueron lideradas por personas menores de 35 años o, directamente, por integrantes que nunca habían participado públicamente de la política, dada la desafección que estas tenían o la desconfianza con que miraban a quienes habían participado toda su vida en ella, ya que existía el temor de poder cooptados por un partido o una institución.

Además, esta organización social no estuvo exenta de crisis que tuvo que sortear, lo que provocó algunas bajas en cuanto a su participación, las cuales tuvieron sus principales momentos. En primer lugar, por la firma del Acuerdo por la paz, donde algunos colectivos mostraron su descontento y señalaron que era una especie de renuncia hacia una verdadera asamblea constituyente, situación que con el correr del tiempo pudo ser sorteada al entregar mayores elementos democráticos en su conformación. En segundo lugar, la aprobación de la Ley Antibarricada, que quizás fue la crisis de mayor importancia vivida en estos nacientes colectivos, cuestión que se sintió como una verdadera traición hacia el movimiento popular, en el sentido de que lo que se venía a plasmar era una criminalización de la protesta social, en todas sus variantes, donde los militantes de los partidos que concurrieron con su voto afirmativo a dicha norma sufrieron del cuestionamiento de los demás integrantes de estas mesas o asambleas autoconvocadas –escuché a muchos amigos y amigas militantes

que expresaron que se tuvieron que retirar de estos espacios producto de esta situación.

Pero, una vez contadas las situaciones de crisis, este proceso desde el territorio nos mostró la falta de participación política institucional, mas no la participación material, porque nos hizo conocer distintas formas de organización de colectivos que estaban haciendo cosas en sus distintos espacios, ya sean territoriales, culturales, etc., pero que no contaban con la visibilidad suficiente a los ojos de ciudadanía general –aunque no por eso eran inexistentes, y posteriormente al estallido social nos hicieron partícipes de estas actividades. La cuestión más importante es que nos comenzamos a dar cuenta de que las distintas problemáticas que manifestábamos tenían una raíz central, que era el modelo imperante, muchas veces sin darnos cuenta de que los abusos a los cuales hacíamos alusión venían de ahí.

Pero, una vez contado todo este proceso histórico de conformación colectiva que se comenzó a dar después del estallido social, la gran interrogante que tenemos es cuál es el paso que tenemos que dar para convertirnos en un cuerpo colectivo y robusto, que permita de la manera más transversal posible avanzar hacia una mayor democratización en la toma de decisiones que nos lleven a tener una vida más digna.

Una situación fundamental es lograr la mayor confluencia social y política en torno a objetivos comunes, que nos permitan avanzar para convertirnos en una fuerza social poderosa, que haga a quienes detentan el poder institucional estar obligados a conversar políticamente con estos cuerpos colectivos, en el sentido que los principales afectados o beneficiados con cualquier política ya

sea nacional o comunal somos nosotros, y como bien dice el adagio popular “algo tendremos que opinar, ¿no?”. Ahora bien, para lograr lo antes señalado se requiere necesariamente que la institucionalidad, por ejemplo, la municipalidad, no busque cooptar la organización popular territorial, sino que busque relacionarse con ella políticamente dado el carácter dinámico que tiene esta.

Otro aspecto central es que esta fuerza social se fije objetivos para cumplir, en cuanto a tener incidencia en la gestión del poder, teniendo en consideración el poder constituirse en una fuerza orgánica que dispute estos espacios, ya sean a nivel local o nacional, teniendo en cuenta su mirada transversal en cuanto a ser partícipe de la toma de decisiones que afecten sus vidas.

Un problema que debe ser revisado por la organización popular es la mantención de su trabajo político y social, porque lamentablemente se activa principalmente en situaciones coyunturales, donde los militantes ponen todas sus fuerzas, no quepa duda de esto, pero este trabajo debe tener un desarrollo en el tiempo de manera permanente y no activarse como foco bajo ciertas actividades. En ese sentido, la organización se debe abrir a la posibilidad de pensar y desarrollar un proyecto político territorial, el cual cuesta un poco más, pero es importante para el devenir de la organización popular.

En cuanto a quienes militamos en partidos políticos y participamos de estas organizaciones territoriales, también debemos tener la generosidad de muchas veces no ser la cabecilla de estos espacios, en razón de que es la misma organización social la que busca sus respuestas y nosotros deberíamos ponernos a disposición de sus decisiones a efecto de hacerla más fuerte, principalmente

porque la organización social muchas veces busca su identidad incorporando las distintas miradas, la cual proviene de los distintos colores que participan en ella.

Una vez dicho eso, hay que señalar que la organización social con pertenencia territorial se tiene que convertir en un eje de la política nacional, a efecto de construir las relaciones de poder de abajo hacia arriba. Para que esto ocurra es necesario que los colectivos sociales territoriales se apropien de sus espacios, y también que quienes ejercen el liderazgo tengan la generosidad necesaria de abrir espacio a otros y otras, y además deben fijarse un norte de trabajo para conseguir los objetivos que se traza la organización, todo con el propósito de tener una vida más digna.

Para finalizar, creo que el estallido social se convirtió en un espacio, por lo menos para quien escribe, de una transformación radical de su vida, en el sentido de que hasta el 18 de octubre era un abogado penalista que trataba de entender su lógica de trabajo y pasé a convertirme en un dirigente social que comprendió que su fuente laboral también tenía un función social que podía ser desplegada en los territorios y que podía ayudar un poquito a transformar la vida de sus vecinas y vecinos.



Arte y crisis social, las tramas de la performance ciudadana

Gonzalo Leiva Quijada

Introducción

Los sistemas simbólicos de la representación artística se han visto sobrepuestos dadas las coyunturas sociales que emergieron en Chile en el año 2019. Las demandas sociales coparon tanto las calles de Santiago como de las principales ciudades del país, exigiendo petitorios diversos que van desde demandas sectorizadas hasta solicitudes axiológicas como la recuperación de la dignidad ciudadana. Si bien era un secreto a voces, muchos no lo vieron venir. La fuerza arrolladora de lo social interpeló a la clase política y al gobierno central que se vieron obligados a dialogar para establecer un cronograma de acuerdos que instalaron la idea de una nueva Constitución. Este sueño constitucional establece sintonía con el cambio resentido por el clamor de las marchas, encuestas y voces polifónicas que llegaron tras sendas votaciones al espacio creativo convencional.

En medio de todas estas iniciativas ciudadanas y de colectivos múltiples se resignificaron numerosos *slogans*, las calles se

llenaron de signos artísticos y los cuerpos asumieron un rol protagónico en la utilización del espacio público.

Todas las prácticas culturales emergentes se asocian a la importancia asumida por las voces ciudadanas que cuestionaron las cooptaciones del poder político. El arte fue un universo convocante y aglutinador de los significantes simbólicos en este espacio nacional que promete futuro esplendor.

La propuesta se articula desde una visión global hacia un microcosmo representacional, la ciudad como un escenario teatral y de batallas desde las consideraciones del imaginario hasta las definiciones sónicas y simbólicas de las creaciones en el arte urbano.

El imaginario del cambio y las heteronomías

En consideración con las directrices sociales del llamado historiográficamente “sistema mundo” (Wallerstein, 2007), se establece que el Capitalismo junto a las pequeñas economías autárquicas de sobrevivencia que no pertenecen a ningún sistema mayor que les exijan algún tributo regular, son los únicos sistemas sociales “reales” en el sentido de que en ellos la vida social está “autoincluida” y que poseen una dinámica de desarrollo interna. Por esto tenemos que indagar en comunidades establecidas, ya conformadas, como las indígenas, los colectivos de mujeres, los sindicatos, las iglesias, los grupos barriales, deportivos, juveniles, etc. Todas estas organizaciones poseen la posibilidad de complejizar la recepción discursiva y representacional desde un concepto clave como es el “imaginario”. Estas consideraciones epistemológicas se ven remarcadas desde los estudios decoloniales

donde se comprende esta acepción que proviene de la Escuela de los Anales como la construcción simbólica mediante la cual una comunidad (racial, nacional, imperial, sexual, etc.) se define a sí misma (Vignolo y Becerra, 2011). Tras esto, vemos como el imaginario se transforma en una autoafirmación comunitaria que asume especial relevancia en el contexto de demandas sociales en Chile.

La existencia de estas tramas comunitarias posibilita la conformación cartográfica inicial, de este modo se hace factible un *mapeamiento* pues se ha traspasado las confianzas y se ha ingresado a comunidades para debatir sobre sus componentes identitarios, tanto desde las consideraciones de género como de la construcción de la memoria comunitaria. Respecto a las representaciones cartográficas, Harley señala que “los mapas como tipo impersonal de conocimiento tienden a ‘desocializar’ el territorio que representan. Fomentan el concepto de un espacio socialmente vacío” (s.f., p.112). Es justamente en la tarea de resignificar que estamos reformulando la confección de una nueva cartografía que visibilice los nodos periféricos y la importancia comunitaria como autoafirmación visible.

Al respecto, según Adorno, “si el arte ha de ayudar a la recuperación de la naturaleza mutilada por el espíritu dominante, a que alcance la libertad, ello únicamente será posible mediante la liberación de la heteronomía” (2006, p. 244).

Es precisamente en esta heteronomía que radica la posibilidad de fundar una lectura analítica de las *performances* en Chile –como fenómenos globales y al mismo tiempo como expresión particular en cada país– condicionada por el propio devenir artístico y

las prácticas sociohistóricas y políticas que operan en sociedades desiguales y asimétricas como las de América del Sur.

No podemos soslayar la importancia que asume la estructura metodológica que hemos incorporado en la base desde el pensamiento de Foucault (*El orden del discurso; Arqueología del saber*), en el sentido que puede ayudarnos a desentrañar sentidos epistemológicos de un determinado momento histórico reconociendo los dispositivos disponibles para el juego social. Desde esta perspectiva, el dispositivo central es el cuerpo, en cuanto emergencia de modalidades desmaterializadas del arte, cambio de paradigma y gran interrogante de búsqueda de procesos tras la irrupción del conceptualismo y el minimalismo (Guasch, 2001; Marchant Fiz, 1986).

Temporalidad histórica y explosión social

Es precisamente dicha experiencia que desplegada en una temporalidad histórica enuncia como estructura de existencia, que da sentido a lo ocurrido en Chile. Es este planteamiento que compartimos desde la idea de Ricoeur, quien indica que la unidad indisoluble entre existencia y narrativa se vive en el espacio histórico público (2006, p. 56).

Es aquí la afirmación central, pues la historicidad se acompaña de un discurso vivencial de la temporalidad. Hay momentos que los hechos marcan a fuego la vivencia y el testimonio del tiempo, y otros donde el testimonio (que es una acción) por la acción de las demandas sociales se va configurando en embriones performativos de intra-temporalidad. Es decir, de vivencias que hacen presente desde el cuerpo como despliegue temporal en la historia.

Estas reflexiones son exactamente lo ocurrido en Chile tras la denominada “explosión social” de octubre de 2019. Pues la gente, junto con manifestar un clamor popular acariciado por varios sectores sociales, profesionales y estudiantiles, realiza la operación de marchar y concentrarse en la Plaza Italia, que es resemantizada como “Plaza de la dignidad”, a manifestar su descontento. Esta operación donde el cuerpo social e individual explicita su descontento no presenta una convocatoria partidista sino política en el sentido más estricto. La ciudadanía expresa sus reivindicaciones tomando el espacio público, inmovilizando la ciudad con su clamor y replicándolo desde Santiago en todas las principales ciudades del país. Es un remezón emergente, una corriente social que busca encontrar cauce con una serie de reivindicaciones con la dignidad como eje. La situación inédita para la cobertura vivenciada del pueblo chileno y por la convocatoria multitudinaria, presenta una base mayoritariamente juvenil. Sin embargo, atraviesa las generaciones y sus numerosas marchas tienen en sus registros una serie de apariciones de una corporalidad artística contestataria, reivindicativa y resistente.

En este sentido, las acciones rituales establecidas en torno a un *Axis Mundi* o centro del mundo que se constituyó en la estatua de un general de la Guerra del Pacífico, en plena Plaza dignidad, elaboraron un momento axial de la conciencia social chilena. En este sentido, coinciden con una voluntad de emancipación experimental que reivindica la corporalidad, por cierto, con una sensación de trasgresión y desmesura, que presenta alguna dificultad para imaginar su impacto y los alcances de la fuerza social generada (Boulouch et al., 2010, p. 9).

Alrededor del desafío de la desmesura de lo corporal, y cómo este gana espacio protagónico en el escenario de las manifestaciones y como ellas se revisten de significantes estéticos, no es solo lo ocurrido en Chile y lo que comienza a pasar a propósito del cambio climático o de la coyuntura establecida por la pandemia de COVID-19. Son múltiples focos y modificaciones que iluminan la reverberación actual que presentan los cuerpos sociales y las corporalidades artísticas de la *performance* y del *happening* por sus caracteres fugaces y precarios (Michaud, 2002, p. 77).

Estamos frente a un cambio de paradigmas y tanto la corporalidad como los nuevos medios tecnológicos –las vapuleadas redes– tienen la primacía. Todo esto implica reformular los límites de lo artístico, además de solicitar nuevos desafíos para los museos, los espectadores y las audiencias tan ávidas de novedades e industrias culturales.

Por esto, no deja de llamar la atención cuando pensamos en la inmovilidad corporal en que generalmente estamos en nuestros trabajos y hogares. Así, nuestros desplazamientos restringidos en cuarentena o en la vida cotidiana normal evidencian rasgos contrarios al tiempo demandante. En efecto, en medio de este torbellino posmoderno aparece la corporalidad como un objeto arrancado del pasado, vivenciando un presente acelerado y ampliándose hacia el devenir. La corporalidad comprendida como tonicidad y vivacidad de la carne trémula en un posible porvenir.

Sin embargo, es dable señalar que hoy el arte corporal no es una vanguardia. Es la ausencia del protagonismo de la carnalidad lo que ha llevado a un grupo destacado de artistas y *performeras* a señalar su cuerpo acción como una herida permanente en el

hueco del pensamiento tradicional binario, patriarcal, conservador (Pluchard, 2002, p. 4).

A modo de conclusión

El sentir de los artistas *perforeros*, así como del alma vibrante del pueblo, emana de una mente discursiva, una mente abierta que planteada desde su trasfondo de sabiduría posibilita la articulación de pensamientos, emociones e impulsos que configuran su emergencia y presencia en medio del espacio y del tiempo (Potter y Hepburn, 2011).

Es por esto que el arte-acción, que es un arte efímero, nos indica por medio de numerosos íconos que el pueblo movilizadillo requiere de este arte performático para asentar y reivindicar la corporalidad en el espacio conquistado, como la futura Constitución definirá los años venideros, un trazado de tierras de promesas y de justicia ampliada. Con esto, una nueva fluidez nos indica que el escenario urbano recogerá el signo de la rebeldía como señal inequívoca del cambio deseado por los colectivos y los ciudadanos.

Bibliografía

- Adorno, Theodor (2006). *Escritos musicales I-III. Obra completa, 16*. Madrid: Akal.
- Boulouch, Nathalie et al. (2010). *La performance: entre archives et pratiques contemporaines*. Rennes/Châteaugiron: Presses universitaires de Rennes/Archives de la critique d'art.
- Michaud, Yves (2002). *El juicio estético*. Madrid: Idea Books.

- Pluchard, François (2002). *L'art un acte de participation au monde. Critique d' Art* (Rennes).
- Potter, Jonathan y Hepburn, Alexa (2011). *Psicología discursiva. Mente y realidad en la práctica*. En Anastasio Ovejero Bernal (Coord.), *Psicología social crítica*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ricoeur, Paul (diciembre de 2006). *Ética, fenomenología y hermenéutica. Universitas Philosophica* (47), 56.
- Vignolo, Paolo y Becerra, Virgilio (2011). *Tierra Firme. El Darién en el imaginario de los conquistadores*. Bogotá: Ed. Universidad Nacional de Colombia.
- Wallerstein, Immanuel (2007). *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Barcelona: Kairós.



De la calle a las urnas

El estallido social tras el fracaso
del proceso constituyente

Claudia Heiss

A poco de conocerse el resultado del plebiscito constitucional del 4 de septiembre de 2022, recrudeció la violencia de la movilización estudiantil en el centro de Santiago. Inmediatamente después de la derrota electoral del Apruebo, jóvenes de la educación secundaria protagonizaron tres días de protestas con nuevos saltos de torniquetes en el metro, choques con la policía y la quema de buses del transporte público. En las universidades se convocaron algunos “paros reflexivos”. El estallido social de octubre de 2019 había forzado al sistema político a proponer un proceso constituyente democrático para superar las trabas institucionales impuestas por la Constitución de 1980. Tres años después, el fracaso de ese proceso lleva a preguntarse qué ocurrirá con la movilización social que demandaba “Dignidad” a través de un nuevo pacto social para avanzar hacia un estado de bienestar y a la inclusión de grupos marginados de la representación política en consideración de su género o pertenencia a pueblos originarios.

En octubre de 2019, nadie hubiera concebido que los partidos políticos representados en un Congreso con mayorías de derecha y bajo las reglas de la Constitución de 1980 –aunque con un quórum de reforma rebajado de dos tercios a cuatro séptimos– fuesen capaces de ofrecer una salida institucional a la crisis social. Y, sin embargo, esa es precisamente la respuesta en la que decantó, tres años después del estallido, la propuesta política para canalizar las demandas de la movilización.

El marcado tenor antipartidista y antielitista de la revuelta social impulsó, en 2020, dos reformas constitucionales para mejorar la representatividad de la Convención Constitucional respecto de la Cámara de Diputadas y Diputados, norma base del diseño del órgano constituyente. En enero de 2020, ya iniciado el proceso constituyente a través de su primera reforma habilitante, la Ley 21.200 de diciembre de 2019, una encuesta del Centro de Estudios Públicos cifró en 2% el respaldo ciudadano a los partidos políticos, en 3% el apoyo al Congreso y en 6% la popularidad del presidente Sebastián Piñera. Todos ellos, récords históricos de desafección con estas instituciones. Más tarde, en el plebiscito constitucional del 25 de octubre de 2020, la preferencia por una Convención completamente electa (79%) en lugar de una mixta (21%), compuesta por la mitad de los legisladores y las legisladoras en ejercicio, fue interpretada como otra señal de desconfianza en los partidos y el Congreso.

El temor a que el acuerdo adoptado el 15 de noviembre de 2019 por los partidos políticos y materializado en la reforma constitucional de diciembre de ese año fuese insuficiente para desmovilizar las manifestaciones llevó a aprobar dos reformas adicionales, que ampliaban el espacio de representación en la futura

Convención Constitucional para tres categorías de personas: independientes, mujeres y pueblos originarios. La discusión sobre crear medidas especiales para estos grupos se conoció como el acuerdo “complementario”. La primera de estas reformas permitió a asociaciones de independientes crear sus propias listas electorales, sumando internamente su votación, como hacen los partidos, y estableció una regla para la paridad de género en la Convención (Ley 21.216 del 24 de marzo de 2020). La segunda, reglamentó la elección de 17 escaños reservados para los pueblos originarios (Ley 21.298 del 23 de diciembre de 2020).

La elección de la Convención se llevó a cabo el 15 y 16 de mayo de 2021. Solo un 43% del electorado concurreó esta vez a las urnas, alrededor de un millón de personas menos que en el plebiscito de 2020. La voluntad mayoritaria de un cambio en materia de derechos sociales se había expresado por años en distintas organizaciones y fue registrada por encuestas y estudios. Un momento político de efervescencia social y la modificación de las reglas electorales para hacer más inclusiva y legítima la Convención Constitucional hicieron que este órgano fuese distinto en varios aspectos de la institución en que se inspiró su diseño.

Aunque la Convención se eligió a partir de los mismos 28 distritos y con el sistema proporcional que rige para constituir la Cámara Baja del Congreso, la paridad de género, la regla sobre listas de independientes y los escaños reservados para los pueblos indígenas hicieron de la Convención un cuerpo más diverso de lo que suelen ser los espacios de representación política en el país. Por primera vez, las mujeres y los pueblos originarios estuvieron presentes en una proporción similar a su tasa demográfica. Por otro lado, la integración de líderes sociales y no solo

partidistas parece haber contribuido a una mayor diversidad de origen socioeconómico: si en el Congreso predominan por lo general personas formadas en colegios de élite, la Convención tuvo un tercio de los integrantes provenientes de escuelas públicas, un tercio de las escuelas particulares subvencionadas, y otro de la educación privada.

Las mujeres tuvieron un excelente desempeño electoral en la Convención Constitucional gracias al mecanismo de paridad de género. De hecho, obtuvieron más votos que los hombres, de manera que la corrección para generar paridad benefició a más hombres que mujeres. Si no se hubiera aplicado la corrección por paridad, la Convención hubiera quedado formada por 84 mujeres y 71 hombres. Es importante señalar que este resultado deriva directamente de la paridad, porque forzó a las listas y partidos a llevar candidatas viables y darles su apoyo, en contraste con el funcionamiento de la cuota nacional de 40% en candidaturas al Congreso Nacional, que se usó por primera vez en 2017 y dio como resultado un 23% de mujeres electas.

Las listas de independientes obtuvieron 48 representantes, casi un tercio de la Convención. A ellos se sumaron 56 personas sin militancia política que compitieron al interior de las listas de partidos, de manera que dos tercios de la Convención Constitucional estuvo integrada por independientes. Compitieron casi 80 de estas listas en todo el país, incluyendo a la Lista del Pueblo que consiguió 24 escaños, Independientes No Neutrales con 11, y Movimientos Sociales con 8. Algunas de estas personas llegaron a la Convención con una agenda centrada en un tema específico, al que no estaban dispuestas a renunciar, pero con poco interés por otras materias. Esto dificultó una negociación política a partir

de plataformas programáticas globales, como las que suelen tener los partidos políticos, lo que permite conceder algunos aspectos a cambio de otros.

Los 17 escaños reservados para pueblos originarios se presentaron en padrones electorales paralelos, en los que solo podían participar miembros de los pueblos mapuche, aymara, diaguita, likan antay o atacameño, colla, quechua, rapa nui, chango, kawashkar y yagán. De un padrón total de electores indígenas de más de 1,2 millones, solo el 23% votó por escaños reservados. El resto optó ya sea por elegir convencionales no indígenas o por la abstención. Esta baja participación generó cuestionamientos importantes a la representación indígena en la elaboración de la propuesta de nueva Constitución.

En términos de su distribución política, la Convención tuvo una clara subrepresentación de la derecha, si se la compara con otras elecciones anteriores y posteriores. La coalición de derecha Vamos por Chile solo consiguió 37 escaños, lejos de los 52 que necesitaba para superar un tercio de la Convención y poder bloquear propuestas. El partido más votado en esta lista fue la UDI, con 17 representantes, seguido por RN con 15, y Evópoli con 5. Esta caída electoral podría estar relacionada con la mala imagen del gobierno tras el estallido social de 2019 y con su deficiente manejo inicial de la pandemia de COVID-19, en especial en lo relativo a la ayuda económica. Pero la derecha no fue el único sector con un desempeño electoral peor al esperado. La Lista del Apruebo, que reunió a los partidos de centroizquierda Democracia Cristiana (DC, PDC), Partido por la Democracia (PPD), Partido Radical (PR), Partido Socialista (PS), Partido Progresista (PRO) y Ciudadanos (CIU), solo consiguió 25 asientos. Dentro de esta

lista, el mejor resultado lo obtuvo el PS (15 escaños), mientras el PPD obtuvo 3 y la DC solo 1, más el de un independiente en su lista. La baja votación de la centroizquierda, que estuvo en el poder gran parte de la postransición, parece haber sido parte de un castigo a los partidos tradicionales.

En contraste, los grupos a la izquierda del espectro político tuvieron mejores resultados. La lista Apruebo Dignidad –integrada por una serie de movimientos y partidos que incluían al Partido Comunista (PC), los partidos del Frente Amplio como Revolución Democrática (RD) y Convergencia Social (CS), entre otros– logró 28 escaños, superando a la centroizquierda tradicional representada por la Lista del Apruebo. Estos partidos, algunos de ellos emanados del movimiento estudiantil de 2011, aparecieron como un recambio político y generacional en la elección parlamentaria de 2017, cuando el sistema proporcional que reemplazó al binominal les dio por primera vez la opción de acceder al Congreso.

La inesperada correlación de fuerzas que se expresó en la Convención no parece atribuible exclusivamente a los cambios en el sistema electoral derivados del acuerdo complementario. Así lo indica la elección de otras autoridades realizada en el mismo acto electoral de mayo de 2021. En la elección de gobernadores, alcaldes y concejales, la izquierda y la centroizquierda tuvieron buen desempeño, mientras que la derecha fue el sector más castigado. Así, por ejemplo, la municipalidad de Santiago recayó en una candidata del PC, mientras que las alcaldías de Valdivia, Ñuñoa, Viña del Mar y Maipú fueron para RD. En la elección de gobernadores, por otro lado, el mejor resultado fue para la coalición Unidad Constituyente, que reunía a la centroizquierda

tradicional (PS, PPD, PR, PDC, PRO y CIU). La derecha obtuvo solo una de las 16 gobernaciones: la Araucanía.

De la Convención al texto

En la composición de la Convención Constitucional parecen haber incidido al menos tres elementos: primero, el rechazo a los partidos políticos tradicionales, en beneficio de los partidos nuevos y especialmente de las candidaturas independientes. Segundo, el castigo a la derecha en el gobierno por su manejo del estallido social y de la primera etapa de la pandemia. Y tercero, la baja al 43% de la participación para elegir a sus integrantes. En relación con este último punto, parece probable que el voto voluntario haya convocado a los grupos más movilizados y con preferencias fuertes, en una elección de particular complejidad por la cantidad de candidaturas y en medio de la pandemia, que contribuyó a sobrerrepresentar a la izquierda y a los movimientos sociales respecto del centro y la derecha.

La composición de la Convención fue determinante para su funcionamiento y, en conjunto con una activa campaña de desprestigio por parte de sus detractores, incidió en el progresivo deterioro de su imagen pública. La fragmentación y falta de disciplina interna de las listas representadas en el órgano constituyente dificultaron la construcción de plataformas de negociación. Junto con la presencia de convencionales que concurrieron a defender materias específicas –conocidos como representantes “monotemáticos”–, esta distribución contribuyó a un clima que fue percibido, no solo desde afuera sino también por parte de las y los propios convencionales, como poco dialogante.

Un hito importante en el desprestigio de la Convención fue la revelación, a partir de investigaciones de prensa, de que el convencional de la Lista del Pueblo Rodrigo Rojas Vade no estaba enfermo de cáncer, como había afirmado al basar su campaña electoral a la Convención en el acceso a la salud. Aunque la exigencia de dos tercios para aprobar normas aseguró que algunas propuestas excéntricas no logaran quedar en el texto, su sola discusión, amplificada por la prensa y las redes sociales, contribuyó también a desprestigiar al órgano.

La Convención Constitucional inició su trabajo el 4 de julio de 2021 en un ambiente convulsionado. La ceremonia inaugural debió suspenderse varias veces debido a enfrentamientos entre manifestantes y la policía de Carabineros. Más tarde, sus primeras declaraciones tuvieron que ver con el contexto que le dio origen: se pidió indultar a personas presas en el estallido social y el conflicto mapuche. Luego, se organizaron comisiones para redactar varios reglamentos de funcionamiento. En octubre de 2021 se inició el trabajo sustantivo en siete comisiones temáticas, que realizaron cientos de audiencias públicas y recibieron 78 iniciativas populares de norma constitucional. A mediados de febrero de 2022, las comisiones entregaron sus informes y se iniciaron las votaciones en el pleno. Entre mayo y junio de 2022, una comisión de armonización revisó los 499 artículos aprobados y redujo su número, que tras una nueva discusión por el pleno quedó en 388, más 57 normas transitorias. Este texto final se entregó en una ceremonia el 4 de julio al presidente de la república Gabriel Boric, quien en marzo de 2022 había reemplazado a Sebastián Piñera en el cargo.

El texto propuesto por la Convención Constitucional modificaba de manera drástica la concepción de estado subsidiario implícita en la Constitución de 1980, al señalar a Chile como un estado social y democrático de derecho, con derechos sociales robustos, entre los que se contaba la creación de un sistema nacional de salud. También innovaba de manera sustantiva en materia de género, al mandar a la futura ley electoral para establecer la paridad en todos los niveles, reconocer los derechos sexuales y reproductivos, y proponer un sistema integral de cuidados, entre otras materias.

Respecto al régimen político, se mantenía el presidencialismo, pero se otorgaban algunas nuevas atribuciones al Congreso. También se reemplazaba el modelo legislativo vigente por un bicameralismo asimétrico, centrado en una Cámara de Diputadas y Diputados más fuerte, y complementada con otra Cámara de carácter regional. La propuesta buscaba la descentralización territorial, la que en buena parte de sus aspectos operativos quedaba entregada a la ley. Para la protección del medio ambiente se proponía un sustantivo capítulo tercero del texto, con “derechos de la naturaleza”, una fórmula inspirada en la idea de derechos humanos, y la declaración de ciertos “bienes comunes naturales” que requerían especial protección del Estado. También se creaba una defensoría del medio ambiente. Respecto de los pueblos originarios, varios artículos establecían la idea de plurinacionalidad, interculturalidad, derecho a la autonomía y un esquema de justicia indígena. Otras innovaciones destacables eran las que garantizaban el derecho a la conectividad digital y al resguardo de la privacidad en ese ámbito. Aunque el texto era extenso, en

muchas materias en que no se lograron acuerdos se difirió la materialización de principios generales a la ley.

Sometida el 4 de septiembre de 2022 a un plebiscito con inscripción automática y voto obligatorio, esta propuesta fue rechazada por un 62% del electorado, contra un 38% que la respaldó. La participación en este plebiscito, en parte por la obligatoriedad del voto –que prometía sanciones onerosas para quienes no se excusaran debidamente– y probablemente en parte por la relevancia de la votación, llegó al récord histórico de 13 millones de votantes, más del 86% del padrón electoral.

La votación sorprendió no solo por la amplia diferencia entre ambas opciones, sino por su distribución relativamente homogénea en las distintas zonas del país. Esto incluyó las áreas urbanas de las regiones de Santiago y Valparaíso, donde un electorado usualmente inclinado a la izquierda hacía presagiar mejores resultados para la opción Apruebo. ¿Cómo explicar que una ciudadanía que se manifestó en octubre de 2020 con un rotundo 78% a favor de superar la Constitución de 1980 a través de un proceso constituyente democrático rechazara ahora en un 62% el producto de ese proceso? Inmediatamente después del plebiscito surgieron algunas hipótesis preliminares, que deberán contrastarse con la evidencia a medida que la información electoral se conozca con mayor detalle. Una de ellas es el voto de castigo.

En consonancia con los cuestionamientos a la representación política, distintos contextos han evidenciado una mayor inclinación de los electorados a unirse para castigar ideas, propuestas o conglomerados políticos que para darles su respaldo. Esto es particularmente cierto respecto de consultas binarias, como

un plebiscito. Así, en el plebiscito de octubre de 2020 la opción Apruebo podría leerse como un castigo al estado de cosas, es decir, un voto de rechazo a la Constitución de 1980 y a la política de las últimas décadas. Sin embargo, en el plebiscito de 2022 el voto Rechazo podría ocupar un lugar similar de castigo a las élites políticas, esta vez encarnadas en la Convención Constitucional y su propuesta de texto. Tanto el Apruebo de 2020 como el Rechazo de 2022, a pesar de tener posiblemente un signo político opuesto, cumplirían una función similar de castigo a la política y los políticos. Desde este punto de vista, el Rechazo de 2022 estaría lejos de ser un apoyo a la Constitución de 1980, y las votaciones de ambos plebiscitos no serían necesariamente contradictorias.

Un segundo elemento del análisis de los resultados apunta a la vinculación del proceso con el texto. La paulatina pérdida de confianza en la Convención que mostraron varias encuestas se tradujo de manera natural en desconfianza en el texto. Esta situación estuvo mediada por campañas de desprestigio y una cobertura desigual de los debates al interior de la Convención.

Un tercer elemento del análisis son los cambios en el contexto. El estallido y los movimientos sociales que lo precedieron parecen obedecer en parte a una politización de la desigualdad. La justificación normativa de las diferencias en el acceso a bienes y servicios básicos por la capacidad de pago como algo que obedece al mérito y el logro personal, y que no es por lo tanto injusto, comenzó a debilitarse. El cuestionamiento a esa premisa vinculó la desigualdad con los “abusos” del mercado, especialmente tratándose de bienes y servicios necesarios para una vida digna. Sin embargo, la percepción de injusticia que podría haberle dado fuerza al estallido habría pasado a un segundo plano con el

aumento de la inseguridad pública y la crisis económica que se desató en 2020 por la pandemia.

La crisis de seguridad pública tiene varios componentes: por un lado, un aprovechamiento de las protestas del estallido social para realizar saqueos, quemas y otros delitos. Por el otro, una grave crisis en Carabineros, agudizada por escándalos de corrupción y de montaje de evidencia falsa, y especialmente por la pérdida de respaldo frente a las graves violaciones de derechos humanos durante el estallido. Al aumento de la inseguridad pública se sumó la económica, tras varios meses de cuarentenas y pérdidas de empleo por la pandemia, y más tarde con el aumento de los precios de combustibles y otros productos por la guerra entre Rusia y Ucrania y el alza de la inflación.

La crisis migratoria, especialmente en el norte del país, el aumento de la frecuencia y la violencia de los atentados perpetrados por grupos armados asociados con la causa mapuche en el sur, y algunos discursos en la Convención que parecían poner en riesgo formas tradicionales de vida contribuyeron a generar una reacción conservadora. Esto llevó al candidato de la ultraderecha José Antonio Kast a obtener la primera mayoría relativa en la primera vuelta de la elección presidencial en noviembre de 2021, con 28% de los votos. En segunda vuelta, con una elección polarizada políticamente y un aumento de la participación electoral desde el 47% en primera vuelta al 56%, Gabriel Boric se impuso holgadamente con el 56%. Sin embargo, no deja de impresionar que un 44% estuvo dispuesto a respaldar a un candidato extremo como Kast.

Junto con el triunfo de Kast en primera vuelta, en noviembre de 2021 se escogió un Congreso para el periodo 2022-2026 con una composición muy distinta a la Convención. La coalición de derecha Chile Vamos obtuvo las mayores votaciones en ambas cámaras. En el Senado, compuesto por 50 representantes, la derecha logró 25 escaños, 24 de ellos pertenecientes a la coalición Chile Vamos (RN, UDI y Evópoli) y 1 del partido Republicano. Fueron elegidos 6 senadores fuera de coalición: 5 del PDC y un independiente. El oficialismo obtuvo 19 asientos: 13 para el grupo Socialismo Democrático, integrado por el PS y el PPD, y 6 para Apruebo Dignidad. En la Cámara, en tanto, de 155 integrantes la derecha obtuvo 65: 52 de Chile Vamos y 13 Republicanos, 61 fueron para los partidos de gobierno: 24 de Socialismo Democrático y 37 de Apruebo Dignidad. Fuera de coalición entraron 29 representantes, incluidos 9 independientes, 9 del Partido de la Gente y 8 del PDC.

Tras el triunfo del Rechazo en el plebiscito de septiembre de 2022, la discusión constitucional regresó a los partidos y especialmente al Congreso. De acuerdo con la reforma que habilitó el proceso, “si la cuestión planteada a la ciudadanía en el plebiscito ratificatorio fuere rechazada, continuará vigente la presente Constitución” (art. 142). De manera que el escenario vuelve a las mismas condiciones en que se dio la negociación del 15 de noviembre de 2019, pero sin la presión del estallido social.

Esto genera un escenario de incertidumbre respecto a la continuidad del proceso. El mandato del plebiscito “de entrada” de 2020 sigue vigente: 78% se pronunció por cambiar la Constitución. Sin embargo, la forma de materializar esa voluntad queda en duda. Cualquier proceso de cambio constitucional requiere reformar

la Constitución por cuatro séptimos de los votos, gracias a una ley que rebajó los quórumos justo antes del plebiscito, como una manera de dar una señal de que el cambio no se cerraría con un triunfo del Rechazo (Ley 21.481 de agosto de 2022). Sin embargo, la salida institucional al problema constituyente expresado en el estallido plantea desafíos importantes tras el triunfo del Rechazo. El poder de veto de la derecha y la elitización de las decisiones podrían invalidar los cambios políticos a ojos de una ciudadanía que se levantó, justamente, en contra de estas reglas del juego y de estas élites.

El triunfo del Rechazo debilita a los sectores reformistas y fortalece a quienes defienden el statu quo. El cambio constitucional depende en esta nueva etapa de un Congreso controlado por la derecha, con reglas del juego constitucionales que benefician a ese sector. Está por verse si la experiencia del estallido de 2019, y de una década de movimientos sociales, logrará generar conciencia sobre la necesidad de democratizar el sistema político, superar los enclaves de la dictadura, y generar mecanismos de inclusión para viabilizar una efectiva incidencia política de la ciudadanía.

¿Qué ocurre con el movimiento social en este escenario? Parece improbable que una reforma en las condiciones institucionales señaladas sea capaz de canalizar las demandas del estallido y contribuir a mejorar los deteriorados canales de mediación política. El contexto de 2022 es distinto al de 2019, pero el descontento sigue allí. Una lectura errada del triunfo del Rechazo, con un movimiento pendular hacia la completa exclusión de actores sociales, podría prolongar la crisis institucional que ha vivido el país y bloquear los canales de la representación hasta que tengamos que enfrentar, en unos años más, un nuevo estallido.

Bibliografía

- Ley 21.200 de 2019. Modifica el capítulo XV de la Constitución política de la República. 24 de diciembre de 2019. <https://nuevo.leychile.cl/leychile/navegar?idNorma=1140340>
- Ley 21.216 de 2020. Modifica la carta fundamental para permitir la conformación de pactos electorales de independientes y garantizar la paridad de género en las candidaturas y en la integración del órgano constituyente que se conforme para la creación de una nueva Constitución política de la República. 24 de marzo de 2020. <https://nuevo.leychile.cl/leychile/navegar?idNorma=1143661>
- Ley 21.298 de 2020. Modifica la carta fundamental para reservar escaños a representantes de los pueblos indígenas en la Convención Constitucional y para resguardar y promover la participación de las personas con discapacidad en la elección de Convencionales Constituyentes. 23 de diciembre de 2020. <https://nuevo.leychile.cl/leychile/navegar?idNorma=1153843>
- Ley 21.481 de 2022. Modifica quórums de reforma de la Constitución política de la República. 23 de agosto de 2022. <https://nuevo.leychile.cl/leychile/navegar?idNorma=1180303>



Constituyendo democracias

Proceso constituyente
en Chile

Los diálogos que constituyen el siguiente apartado son desgrabaciones de los intercambios que tuvieron lugar en el marco de la Conferencia Internacional Constituyendo Democracias, organizada por CLACSO, Democracia Viva y el Instituto 25M, entre el 3 y el 5 de diciembre de 2021. Más información en <https://www.clacso.org/conferencia-internacional-constituyendo-democracias/>

Presentación

Panelistas:

- Karina Batthyány
- Daniel Andrade
- Juan Carlos Monedero
- Felipe Fontecilla

Moderadores/as:

- Vesselina Vateva
- Nicolás Arata

Vesselina Vateva. Esta iniciativa es impulsada por organizaciones de ambos lados del Atlántico: Democracia Viva (Chile), Observatorio Constituyente, CLACSO, Instituto 25 de Mayo y, además, cuenta con el apoyo de Transform Europe Network.

Nicolás Arata. Para ir directamente al punto, tenemos cuatro invitados e invitadas que representan a las instituciones que

hemos mencionado y a quienes vamos a darles ahora la palabra para que puedan saludar y dar inicio a este evento. Le damos la palabra a Karina Batthyány, Secretaria Ejecutiva de CLACSO.

Karina Batthyány. Es un honor estar en la apertura de este evento, *Constituyendo Democracias*; y vaya título, que aborda uno de los ejes absolutamente centrales para la región y para el mundo, y de particular sensibilidad en América Latina y el Caribe. Estamos viendo por todas partes este periodo de cuestionamiento a las instituciones y a los sistemas políticos en parte por el auge de las fuerzas políticas extremistas, la crisis climática y la búsqueda de nuevos modelos que nos hacen replantear nuestras democracias hoy en día, colocar una vez más esa discusión entre Estado, Sociedad y Democracia en análisis. Es por eso que estamos organizando esta serie de conferencias internacionales con la participación de distintos intelectuales, políticos, escritores y escritoras de toda América Latina y España.

Los temas claves podríamos resumirlos casi en cinco palabras, por supuesto democracia pero también poner en cuestión y discutir la solidaridad, la interdependencia y la corresponsabilidad en distintos niveles. En el nivel de los que son ciudadanos y ciudadanas pero también en el nivel de los distintos Gobiernos y Estados.

Es una oportunidad para discutir y aportar a los procesos de fortalecimiento de la calidad de nuestras democracias, justamente, al poner en diálogo organizaciones, actores y aportes hacia los Estados para buscar soluciones basadas en la democracia participativa, que es donde creemos que está la clave en la educación cívica orientada a la solidaridad y la cooperación, y no como hoy al *emprendedurismo* y a la competitividad. Tenemos que recuperar

estos diálogos sobre la democracia y colocar en el centro también la discusión en torno a la vida cotidiana, que tan afectada se vio en estos dos años de pandemia. Las feministas conocemos muy bien esta potencialidad de la dimensión política de la vida cotidiana y queremos, entre otras cosas, aportar también ese saber a esta discusión.

Nicolás Arata. Vamos a darle la palabra a Felipe Fontecilla, que es el coordinador ejecutivo de Saberes Colectivos, institución que forma parte de la organización de este evento.

Felipe Fontecilla. Nosotros, desde Saberes Colectivos, hemos estado trabajando en el fortalecimiento de los procesos democráticos. El proceso constituyente que viene a responder a problemas sociales que venimos arrastrando en Chile en los últimos 30 años ha estado marcado por la participación social. Y hoy en día vemos que se están abriendo distintos canales de participación. No obstante, también nos estamos viendo enfrentados en nuestro país, en este momento, al auge en alza de los totalitarismos, los autoritarismos políticos que vienen a hacer peligrar todo este proceso. Nos parece sumamente importante traer a conversación, traer a diálogo a personas provenientes de distintos mundos de saberes que puedan traer distintos conocimientos desde las realidades territoriales, desde las realidades locales pero también desde las perspectivas sectoriales y que puedan aportar a este proceso.

Es en este marco que nosotros construimos el Observatorio Constituyente Aprueba Dignidad, con el objetivo de poder fortalecer la participación de la sociedad civil y la conexión de la sociedad civil con el proceso constituyente.

Estamos muy felices de que hoy hayamos podido articular este espacio, donde tenemos exponentes de distintos mundos de saberes. Vamos a tener a gente de las culturas, también a convencionalistas constituyentes dialogando en un espacio que pretendemos que pueda construir conocimiento y aportar a que las ciudadanías de América Latina, para las ciudadanías que están presentes y poniéndole atención a estos procesos puedan informarse, educarse y participar. Creo que a través de eso podemos generar cambios muy importantes, muy urgentes también, particularmente en las temáticas de cambio climático. Los cambios que necesitamos son urgentes y, por ende, esperamos que podamos ir fortaleciendo las articulaciones sociales y conectando a distintos mundos en este proceso.

Nicolás Arata. Nos acompaña otro de los que se complotó para llevar adelante este evento, Daniel Andrade, director de Fundación Democracia Viva.

Daniel Andrade Schwarze. Estamos muy contentos con este evento, muy expectantes, y quizás podamos aportar un poco acerca de por qué hoy discutimos estos temas o que pertinencia tiene esto en Chile hoy en día. Y en verdad han sido tiempos muy agitados a nivel mundial. Ha ocurrido una cosa excepcional que ha sido el COVID-19, en el último tiempo, que ha roto, ha parado en un momento la economía, después la transformó, cambió nuestra cotidianidad.

Pero en Chile particularmente vivimos dos momentos, justo previo al COVID-19, casi muy pegado, uno podría decir que fue un complot del universo. Vivimos un momento del estallido social de 2019 donde lo que parecía posible o imposible se desdibujó, y posterior a eso vino una pandemia que nos hace cuestionar muchas cosas y nos

arrastra a cambios institucionales, psíquicos, económicos, laborales, en definitiva nuestra incertidumbre se ve arrastrada en esto.

Si bien en Chile hemos logrado ir encausando esto en un proceso constituyente, un proceso institucional, creemos que igual sigue vigente una sensación, todavía, de mucho cuestionamiento de lo que ha ocurrido en el último tiempo. Y este escenario complejo con sociedades cada vez más complejas, además, requiere respuestas complejas y creo que este espacio de *Constituyendo Democracias*, este espacio de reflexión, donde se juntan distintas instituciones que han logrado hacer esto, nos parece muy relevante y sustantivo. Y es superimportante reflexionar y dar perspectiva, y salir un poco, levantar la cabeza en este momento porque tenemos la posibilidad, por una parte, de llevar un proceso constituyente adelante en Chile, que dialogue con otras experiencias constituyentes que ha tenido la región, con los procesos políticos que ha tenido la región, pero a la vez hay una posibilidad, en particular en nuestro país, de que una coalición que no ha sido gobierno llegue al gobierno con un gobierno transformador. Y eso también lleva de la mano dificultades propias porque tenemos partidos o coaliciones que son muy nuevos, que no terminan de cuajar, partidos muy fuertes para enfrentarse en este proceso de gobierno. Y eso también lo saben probablemente los compañeros de otros lugares, como uno sabe que cuando se llega al gobierno arrastra toda la militancia, toda la fuerza, incluso social con la que uno llega. Creo que estos espacios ayudan a fortalecer esa formación, esa perspectiva de lo que estamos haciendo, y eso me tiene muy contento y expectante de lo que podamos realizar aquí en *Constituyendo Democracias*.

Nicolás Arata. Vamos a cerrar este primer panel con la palabra de Juan Carlos Monedero, director del Instituto 25M.

Juan Carlos Monedero. Un saludo a todos Como europeo, para mí, para nosotros, es un placer compartir con el Observatorio, con Democracia Viva y, especialmente, con CLACSO donde he podido desarrollar una parte del trabajo como investigador.

Actualmente, América Latina está en disputa. La década ganada conformó un suelo que no es capaz de romper ni siquiera el neoliberalismo más rampante que en su crisis, en su condición mórbida está dando zarpazos antes de morir, pero que sigue expresando el continente, pues es una pugna, y Chile está demostrando ahora mismo que es uno de esos espacios de esa pelea. El neoliberalismo comenzó precisamente en América Latina, y un sistema emblemático fue Chile en el 73, donde se estaba intentando en ese país un socialismo [...] del socialismo soviético y desde el Norte se entendió que era un ejemplo demasiado atractivo como para permitirlo. Y tenemos esas imágenes terribles del 11 de septiembre y después la noche oscura, que sin embargo vemos que está otra vez planeando, no con la misma fuerza ni con las mismas condiciones, pero sí con esa forma de fascismo, de ultraderecha, como lo queramos llamar, 2.0 que sigue planeando por Chile y por muchos otros países.

Esa idea de disputa creo que la expresa el nombre del seminario porque hay varias fases, una siempre destituyente que es una fase momentánea donde confluyen diferentes factores, pero luego la fase constituyente es la realmente complicada. Es donde realmente hay que sentar las bases del nuevo contrato social con desafíos que son civilizatorios. Sobre todo pensemos en tres: el

desafío que implica el cambio climático, un desafío de la irrupción de lo que va a ser a todas luces el sujeto político de la democracia del siglo XXI, que es el movimiento feminista de las mujeres con conciencia y organizadas, después todo lo que tiene que ver con las migraciones, con la emergencia de nuevos sujetos que estaban invisibilizados y que emergen casi tratados como migrantes en sus propios países como ocurre con los pueblos originarios y también con las migraciones que están generando respuestas terribles. La constituyente en el siglo XXI creo que va a abrir los ojos de algo que llevamos mucho tiempo planteando, y es que sabemos lo que no queremos pero no terminamos de saber lo que queremos. La constituyente chilena tiene que necesariamente definir lo que quiere. Y las mesas que vemos que se han abierto, la composición, la dirección, la incorporación del pueblo mapuche, la incorporación de las mujeres creo que marca una posibilidad de que veamos luz desde Chile. Y creo que hay una parte de justicia poética, pues que si de repente supimos de la dureza de la brutalidad del sistema neoliberal antes que se hubieran normalizado como ocurre ahora, sino con la brutalidad de las bayonetas y de los tanques, es muy hermoso pensar que los chilenos van a volver a todo el mundo progresista, en América Latina pero también en Europa, con un proceso constituyente y una Constitución que marque este futuro del siglo XXI.

Así que, repito, es un enorme placer como español, como europeo, como persona que ha aprendido tanto del abrazo de CLACSO, compartir con ustedes, con Chile, con América Latina este seminario.

Vesselina Vateva. Vamos a dar paso al primer diálogo magistral del seminario que va a tratar de momentos constituyentes, del

clima destituyente y de la emergencia del fascismo, y que va a moderar Daniel Andrade Schwarze.

Ione Belarra. [Saludos de la ministra de Derechos Sociales y Agenda 2030. Secretaria General de Podemos]. Hola a todos y todas, es un placer poder participar, al menos a través de este video, en el debate de ideas y diálogos magistrales que estáis celebrando. Un espacio donde las fuerzas transformadoras nos encontramos, nos acompañamos y lo más importante, intercambiamos reflexiones sobre cómo fortalecer y cómo ensanchar nuestras democracias. Sé que en este evento van a participar fuerzas hermanas muy queridas para nosotras. Pero quiero referirme especialmente a Apruebo Dignidad y a los compañeros y compañeras de Chile que se juegan el futuro de su país el próximo 19 de diciembre. Hace unos días pude estar con el expresidente Lula, que está generando una auténtica ola de esperanza para derrotar por fin al bolsonarismo. Y hoy puedo decir que vosotras y vosotros representáis ilusión, no solo para Chile, sino para todo el continente y para las alianzas progresistas internacionales. Los resultados electorales han evidenciado que vosotros y vosotras sois hoy la única garantía de democracia para el pueblo chileno, en unas elecciones en las que está en juego la propia democracia y el proceso constituyente. Vosotros y vosotras representáis un proyecto de país. Una esperanza para mucha gente que hace mucho tiempo que la había perdido. Desde España hemos seguido con muchísima atención el camino que ha recorrido Chile en los últimos años, el estallido social, la Convención Constitucional, el ansia de cambio que también representáis vosotros y vosotras. El pueblo chileno ha construido un nuevo horizonte democrático y ha marcado un camino que deben proteger los resultados de las urnas.

Todas las fuerzas que estamos en este foro nos hemos encontrado y nos encontraremos con la resistencia y los ataques de los grandes poderes, eso lo sabemos muy bien. En España, también sabemos lo que es el *lawfare*, las campañas de persecución y desprestigio contra nuestros compañeros y compañeras pero nunca olvidamos que los que con más virulencia sufren esa reacción son nuestros pueblos. Como sabéis, vosotros y vosotras, con la represión del estallido social, los colombianos y colombianas con el paro nacional o los defensores y defensoras de los derechos humanos en toda América Latina. Pero nosotras lo tenemos muy claro, aunque nos intenten amedrentar, sabemos muy bien, como decía Allende, que la historia es nuestra y la hacen los pueblos. Sé que no es ni será fácil, pero aseguro que merece la pena. Como sabéis, yo represento un partido cuya semilla nació también de un estallido social y democrático como fue el 15M, que hoy gobierna en España. Todavía queda mucho por hacer y aspiramos, como no puede ser de otra manera, a ser en el futuro la fuerza mayoritaria en el gobierno, pero hemos logrado llevar a cabo políticas que cambiaron la vida de la gente, por ejemplo, durante la crisis de la COVID-19. Gracias a una fuerza como Podemos, que forma parte del Gobierno, la salida de la crisis no se ha hecho con políticas *austericidas* y neoliberales, sino con más derechos y más recursos para amortiguar sus efectos. Hemos aprobado políticas de empleo como los ERTE, que nos han permitido salvar miles de trabajos y de tejido productivo. Logramos diseñar un Ingreso Mínimo Vital para las familias en situación de vulnerabilidad que ha venido para quedarse, hemos prohibido los cortes de suministros para que nadie se quede sin luz, agua o gas en estas circunstancias. En definitiva, estamos haciendo políticas para proteger a nuestro pueblo en vez de, como hicieron los gobiernos

anteriores, proteger los intereses de las élites. Por eso estoy convencida de que Chile quiere un Presidente que luche por el derecho a la vivienda, a la salud, a la educación, a la igualdad de género o a la protección del medio ambiente, como representa Gabriel Boric. Los chilenos elegirán entre volver al oscuro pasado o inaugurar una nueva página de un futuro brillante para el país. Vosotros son, por tanto, el futuro hacia esa vida buena que queremos para todos los ciudadanos y ciudadanas de nuestros países. Vuestra lucha ha despertado muchas esperanzas también fuera de Chile. Todo el mundo mirará hacia allí el próximo 19 de diciembre. Mientras la ultraderecha intentar aprovechar en todo el mundo las miserias y el dolor que ha dejado tras de sí el neoliberalismo, las fuerzas transformadoras tenemos la obligación de ofrecer un proyecto que invite a superarlas para siempre y a ensanchar nuestras democracias. Por todo ello, os mando todo el cariño y toda la fuerza para este fin de semana de reflexiones, y por supuesto para estas semanas de camino que tenéis hasta las urnas. Adelante, porque sí se puede.



DIÁLOGO MAGISTRAL

Momento constituyente, clima destituyente y emergencia del fascismo

Panelistas:

- Juan Carlos Monedero
- Manuel Canales

Moderador:

- Daniel Andrade Schwarze

Daniel Andrade Schwarze. Estamos con Juan Carlos Monedero de España, que es doctor en ciencias políticas, director del Instituto 25M y fundador de Podemos de España.

Y también nos acompaña Manuel Canales de Chile, doctor en sociología y académico de la Universidad de Chile que ha investigado principalmente sobre la intolerancia, la discriminación, la pobreza y la exclusión social.

Los dejo con estos dos expositores que son muy buenos. Este panel está más cargado para Chile, precisamente, para provocar este momento que estamos viviendo en nuestro país, donde si bien hay un proceso constituyente en curso y se ha logrado dar cauce institucional a estos momentos de excepcionalidad que hemos estado viviendo, todavía sigue presente un clima destituyente. Y quizás las razones de esto son bien diversas, en general hay un clima de esa sección política en la región, en el mundo, producto de la incapacidad o porque por mucho tiempo se le relegó a la política administrar un modelo económico y en ese sentido el COVID-19 nos golpeó y algunos países pudieron reaccionar. Algunos Estados pudieron reaccionar mejores que otros, pero sí o sí hubo una incapacidad de enfrentarlo de buena forma, y esto ha traído una sensación de que la política no es capaz de enfrentar este tipo de cosas, y en esas crisis tanto en el caso de la crisis del COVID-19, del cuidado, la crisis climática que se nos avecina, que está muy presente, en esas crisis nacen los monstruos, en ese momento destituyente, de conflictivo están ahí presentes. Entonces creo que en Chile, además de eso, se suma que hay un fenómeno particular que si uno revisa los procesos constituyentes de la región, por lo general, hubo un momento de estallido, un momento de revuelta, un momento de revolución, de destitución de lo antiguo, de los últimos 30 años en el caso de Chile, y después de ese momento hubo un rearme, pasado un tiempo y posterior a eso hubo una articulación política social que logra cuajar y hace nacer un proceso constituyente con más propuestas. En cambio, nosotros en Chile hicimos un *hackeo*, que durante la misma revuelta hay un acuerdo constituyente que busca dar causa a este proceso institucional y de cambio. Creo que eso ha despertado ciertos fenómenos extraños, o que quizás que uno podría decir

que no son tan intuitivos con lo que ha ocurrido, como la votación que tuvimos en esta primera vuelta y que nos tiene frente a un enfrentamiento directo de un proceso de cambio más profundo y transformador con Gabriel Boric, pero por otro lado una emergencia de una derecha más identitaria, de una ultraderecha que tiene ribetes fascistas explícitos pero también a la vez logra calar un discurso en este momento de cambio.

Esta introducción es más que nada para provocar la discusión, que creo que tiene algo que ver con Chile pero que también dialoga con otras experiencias, porque el fascismo no está presente solamente en nuestro país sino que ha ganado gobiernos en nuestra región, y ha crecido también en España y en otros lugares. Dicho esto, le doy el pase a Manuel Canales para que pueda comentar sus reflexiones respecto a este tema.

Manuel Canales. Voy a hacer un planteamiento respecto a lo que tú bien nos orientas en la conversación, pero siguiendo un hilo que les propongo como mi modo de entender lo que está ocurriendo que, finalmente, creo que es la tarea de nuestra conversación. Al principio, cuando me plantearon la invitación tuve dudas respecto a tanta categoría: constituyente, destituyente, fascismo; demasiados conceptos fuertes que permiten, claro, entablar una conversación pero que también corre el riesgo de fijar el pensamiento.

Me cuesta, de hecho, para el análisis, pero no sé si requiera del concepto de fascismo y no sé si pueda analizar lo que me interesa del momento Kast, digamos, para seguir tu reflexión, con ese concepto. Creo que no le ajusta en el sentido que Kast representa una alternativa de las clases dirigentes chilenas y hay

que interpretarla, primeramente en esa condición. Analizo entonces el momento Kast, y lo entiendo como la alternativa que encontré, que tuvo disponible, la clase dirigente para responder o para intentar responder a la demanda social que se manifiesta en octubre. Yo lo entiendo así, por ejemplo, en relación con el conjunto de las otras opciones que buscó la clase dirigente para tal efecto. Creo que también así se puede entender la contextura tan preformada del liderazgo de Kast, tan extremo como se dice, tan compacto. No sé si eso es común a los líderes populistas. Y reflexiono sobre las implicancias de que haya sido esa contextura, y la alternativa Kast, la que tenía por repertorio la clase dirigente hasta octubre. Y luego reflexiono la propuesta que se deja escuchar de la alternativa de Gabriel Boric, también con respecto a esa cuestión final, cómo responde o no a la demanda de octubre, para mí, es el esquema en el que cabe leer estos acontecimientos antes que tendencias generales. Luego, veremos como conversa y dialoga con aquellos.

Kast, líder de clase. Kast representa, como hace tiempo no aparecía, un perfil superior, es la apuesta de resistencia, retaguardia, también es la ausencia de alternativas. Sichel, Desbordes, Lavín y Briones todos eran intentos de levantar una presencia distinta, nueva, desconocida por la derecha o por la clase dirigente, sabían que con el modo clásico no iba, desde el invento de última hora de Sichel con la propuesta de un neoliberalismo meritocrático, dicho desde las clases nobles, o las cabriolas livianas de un Lavín socialdemocratizado apurado para responder, o la coherencia hasta filosófica con la que Briones intenta pasar el marasmo, dando a entender que está todo en veremos y llama allí a la coherencia de la clase dirigente, o la sensibilidad sociológica de

Desbordes y su entendimiento del conflicto estamental. Kast es la vieja fórmula de la clase dirigente chilena cuando regresa a su conciencia de estamento superior. Kast es la representación pura y por eso, si se quiere, despojada, por lo compacta, de una clase dirigente que se reúne en torno a él por ausencia de alternativas en sus plataformas. Católico, autoritario, étnicamente marcado: blanco, amigo del capital de derecha, junta todos los poderes que el fundo siempre tuvo reunidos. Por eso es buena alternativa para reunirse en momentos despavoridos, pero es también es una carta de gobierno y hasta de candidato. Kast interpretó el viejo lema del patrón del fundo: es el pre fascismo que reúne a los inquilinos buenos contra el afuerino malo. El bien contra el mal. Eso ha sido una antigua consigna en los campos, en las provincias y en la sociedad chilena por siglos, el bien contra el mal. El orden contra el caos. Al final, se reduce todo a ese principio de orden del que el fundo, nuestra matriz que no logramos desactivar, supo tanto.

El problema es que si bien el segmento popular [...] que siguen esos miedos infinitamente expandibles como sí sabe el fascismo, eso es cierto, por otro lado acaso hay también un segmento ya mayor que votó el yugo y que no se anima a eso de pueblo contra pueblo. Pues ha de saberse que el mal siempre tiene forma de un otro popular, de un otro de abajo. Así se divide al pueblo como pueblo bueno contra pueblo malo. Y el eco de esa partición es la que repiten los irreflexivos como pueblo consecuente con pueblo [...].

Esa es la carta que tenía la derecha, la clase dirigente, para responder a octubre, que en eso andaban, era evidente que la buscaron. Vaya problema. ¿Y qué se escuchó por el otro camino? Hablo de lo que me llega, yo estoy lejos de la campaña, no lo sé,

escuchando las conversaciones, yo creo que Gabriel Boric ha sido puesto en la línea de las izquierdas y las derechas, y dada esta derecha entre los libertarios y civilizados contra los oscurantistas y, como decimos ahora, fascistizados. Así lo pone Kast y así lo juega Boric, y así puestos es bien probable que se vuelva a derrotar a esa porfía patronal como en el 88, difícilmente seremos más pinochetistas que entonces. Y, acaso, acá sea hasta más severo que el tirano en algunas exigencias, por ejemplo, morales. Pero eso no significa que acaso sea lo contrario. Y el problema que estamos interpretando es el sentido social de octubre. Y creo que eso es lo que viene como paso siguiente. Por decirlo brevemente, la demanda de octubre no es traducible sin más en izquierda y derecha. Octubre no quiso ser de izquierda, octubre no fue progresista, todo eso pudo ir convergiendo en torno a la revuelta pero a la revuelta la animaba otro espíritu, otro era el poder y otra la esperanza que se echó a volar entonces. Octubre es, sobre todo, la presencia estamental de clase al modo de la clase popular chilena, esa de la que nunca más se habló desde los años 80, con las honrosas excepciones, por ejemplo, de Daniel Jadue, que nunca olvidó que había algo que se llamaba lo popular. Pero la norma era el olvido del Chile partido entre oligarquía y clase dominada. Era el olvido de que estamos partidos por los apellidos y ese olvido es el que estalla en octubre como un despertar. Octubre parte al conjunto en dos, igual que esto de izquierda y derecha, pero no en esos lenguajes, no entre reaccionarios y progresistas, sino entre pueblo y oligarquía, que incluso les llegó a parecer a esos marchantes que podía ser lo de izquierda y derecha. La demanda de octubre es una demanda de clases sin proyecto ni organización y, sin embargo, con profunda conciencia de sí y de su nuevo poder. ¿Puede esa esperanza ser representada políticamente por

Boric? Creo que sí, y acaso sea el desafío para la izquierda política el intentar esa reconexión con la conciencia popular, la realmente existente, tal cual es con sus ambivalencias, con su historia neoliberal a cuestas, sabiendo sus costos, sus secretos, sus encantos. ¿Cuál era esa demanda popular por interpretar? Lo que de algún modo ya latía en 2011 en esa dualidad interna del propio gran movimiento estudiantil de entonces. Las masas de los marchantes eran este pueblo nuevo que estudia en carreras no selectivas, que intenta la fuga del jornal y del destino estamental. Ahí está el corazón de la cuestión chilena. La demanda final es a largo plazo, es con sentido de historia y no de gobierno, es por una sociedad que se basa en un trabajo no esclavista, o sea, donde no todo sea disponibilidad de cuerpo, presencias, tiempo y nunca la sensibilidad, el conocimiento, la complejidad, un modo de ser sujeto, ser alguien, como dicen. Y dos, un modo de asignación de los caminos que no sean estos destinos estamentales en los que basta conocer el colegio del bisabuelo para entender las chances del bisnieto. Esa combinación, esclavismo extractivista y “estamentalismo” cuasi étnico o étnico ya no es sostenible. Eso es lo que se despreció en octubre. El estamento superior ya no goza de respeto, menos con el canturreo neoliberal del “tú puedes”, la mezcla. Eso de “tú puedes” y al mismo tiempo del destino aquel a esos trabajos, eso es lo que explotará todo el tiempo. La esperanza popular que yo he escuchado o interpreto es la promesa o el camino de superación de esa matriz de desigualdad tan bien acoplada a ese modo de producir ganancias de nuestra clase dirigente por los siglos. ¿Y qué dice de eso, de esa desigualdad la candidatura de Boric? ¿Está en el centro del nuevo planteamiento progresista el fin de ese Chile partido? Decíamos después de octubre ¿cómo fue que la izquierda dejó de hablar de desigualdad

en Chile por tanto tiempo? ¿Cómo fue ese olvido? Y todos nos sorprendíamos y hablábamos de clases medias, sectores emergentes, por lo menos muchos lo hacían. Y ahora mismo casi lo podemos decir. ¿Cómo es que tendemos a olvidar esa idea que sabía Frei Montalva, de que hay dos países y que a uno le toca el trabajo que le toca? Yo creo que por ahí viene el paso, por ahí viene el futuro, a esa demanda se responde con una invitación transgeneracional creo yo de reconstrucción, de refundación y nos topamos también con la pobreza de nuestra alternativa. Si hubo una centroizquierda, como se llamó ese invento, fue porque en los 80 hubo una desesperanza bastante fundada, por lo demás, en los que veníamos en los caminos de izquierda, y no sé si ahora tenemos una alternativa que nos saque de aquella como una propuesta que llegue a hacerse filosofía, sentido común, alma popular. No sea cosa que lo mejor que nos quede sea este gesto de civilización contra el fascismo, digno pero incapaz de vencer si no se concentra en estos intereses de clase. El tema finalmente es otro, a mi juicio, clases sociales y política, conflicto de clases y democracia, no sé si eso es progresismo pero sí sé que resuena en octubre. Esa es la invitación a pensar que un asunto es movernos en la horizontal de la izquierda y derecha, y no olvidarnos que, sin embargo, eso se tiene que pensar en la vertical en el que viene partido todo en Chile. Yo no sé si eso se está escuchando bien, pero creo que puede representarse todavía más cuando la derecha y la clase dirigente fueron a buscar la quintaesencia de esa idea de superioridad de sangre, de apellido, de clase, de colegio, de territorio, esa es la invitación.

Juan Carlos Monedero. Yo creo que la izquierda tiene profundas dificultades ahora con respecto a otros momentos porque no

solamente peleamos en contra o a favor del descontento, sino que también operamos desde el desconcierto, y es algo que llevo mucho tiempo pensando y que me preocupa, el ver las enormes dificultades que tiene el pensamiento progresista en los cambios profundos. Aquello que resume Benedetti que “cuando teníamos las respuestas nos cambiaron las preguntas”, fijaos que cuando comparamos, por ejemplo, la transición española con la chilena que está en marcha, la nuestra tuvo lugar en un momento de crisis del modelo keynesiano, en 73, y Franco muere en el 75, mientras que este proceso constituyente en Chile no tiene lugar con la crisis de 2008, con la crisis del modelo neoliberal, con todas las diferencias que eso implica.

Creo que hay una idea que a mí me interesa mucho y es donde emerge, donde se concentra el proceso que estáis viviendo en Chile y veo que es muy relevante; porque yo para entender la transición española, que tiene lugar a partir de la muerte de Franco, tuve que entender que tiene lugar entre el golpe de Estado contra Salvador Allende en el 73 y la invasión de Afganistán en el 79, es decir que la transición española sigue siendo muy guerra fría, con lo que eso implica. Entonces hay un contexto, donde tienen lugar el proceso constituyente chileno y las próximas elecciones, que hay que entenderlo para intentar percibir hacia dónde puede ir, y también percibir los cuellos de botella donde casi seguro pesa menos porque no son culpables los actores políticos, ni el pueblo chileno sino que corresponde a unos elementos estructurales, que no sé si todavía podemos responder.

Hay un autor, Alain Badiou, que dice que hay momentos en los que se descongela la historia, señala que se descongela en 1789, que va a generar todas las independencias latinoamericanas, se

descongela en 1917, pero plantea que también en esos momentos de descongelamiento es donde se despega la conciencia individual y hay posibilidades de desplegar la emancipación por muchos lugares. La Revolución Francesa permitió los procesos de las independencias latinoamericanas, las revoluciones de 1830 pero se frenó en la Comuna de París en 1871 y sus 25 o 30 mil comuneros y comuneras fusilados, ahí hubo un momento en donde las fuerzas del cambio estuvieron de alguna manera congeladas y hubo una hegemonía del conservadurismo. Se despliega otra vez con la Revolución Rusa, sale Rusia del feudalismo, se desarrollan los estados sociales, el desarrollismo en América Latina, pero con la crisis del 73 y de manera mucho más clara en los 80 se frena otra vez ese modelo, y hemos estado prácticamente medio siglo desconcertados. Medio siglo donde la izquierda quería seguir mirando hacia atrás con el retrovisor pero no servía. La frase que nos hemos cansado de repetir: "Lo viejo no terminaba de marcharse y lo nuevo no terminaba de llegar". Alain Badiou plantea que se está descongelando otra vez la historia y señala las primaveras árabes, pero yo creo que nosotros acertamos más si situamos este descongelamiento de la historia, precisamente del modelo neoliberal, es decir, la década ganada, las historias de Chávez, Lula, Evo, Correa, Kirchner y si apuramos también la victoria del 88 de Cuauhtémoc Cárdenas, esas elecciones en México que las roban pero que ya eran una expresión de esa lucha contra el modelo neoliberal. Son todas las luchas contra las cumbres.

Uno de los elementos que va a tener que clarificar la constituyente chilena es la emergencia contra la lucha neoliberal de un descongelamiento de la historia, en donde todavía estamos perfilando elementos, [...] que van a incorporar elementos que hubo

en la Revolución Francesa, por ejemplo, la idea de los liderazgos, va a incorporar el elemento de sujeto propio de la Revolución Rusa y todo ese proceso de lucha política, que es el partido político pero necesita nuevos actores, y que seguramente va a tener que ver con que el incremento de la conciencia en el siglo XXI por la alfabetización y también por la existencia de los celulares creo que sitúa al partido en un lugar más complicado. Y, de la misma manera, a los liderazgos en un lugar más complicado y, por tanto, la constituyente chilena está inventando elementos que tienen que ver con el sujeto. Los momentos destituyentes se han hecho más sencillos porque el momento destituyente es un momento en un entorno de crisis, de enfado, te enfadas contra los responsables económicos, contra las élites que te están haciendo vivir mal, te enfadas contra los actores políticos que no están dando respuestas a tus demandas y que las dejan insatisfechas, pero después el momento destituyente hay que ir convirtiéndolo en un momento constituyente y, entonces, resulta que toda esa gente que compartía, que tenía esa cadena de equivalencias enfrentándose al pasado, cuando tiene que articular la manera, ya no es tan sencillo.

Creo que en este despertar de la historia, que creo que estamos viviendo, no se nos tiene que olvidar que toda acción genera siempre una reacción, y que por tanto los sujetos que están emergiendo, uno de ellos, el más evidente, son las mujeres, están generando una respuesta brutal de parte de la derecha y la extrema derecha contra el feminismo, contra el mundo, contra el movimiento LGTBIQ+ porque cuestionan ese orden natural donde la subordinación sexual de la mujer no puede dejar espacio para un sexo divertido o no reproductivo, y por tanto necesitan

atacarlo de una forma indirecta para hacer valer ese modelo tradicional. De la misma manera, tiene lugar un momento de crisis climática donde no puede dejarse la construcción que plantea la absoluta conciencia de que el cambio climático está amenazando nuestra manera de vivir, y ahí también emergen unos actores que también se vinculan a esto, como los pueblos originarios, como un elemento que nos está mandando mensajes que no terminamos de leer correctamente acerca de por qué hay modelos de vida que no destrazan el medio ambiente y no nos ponen en peligro a todos y todas.

Por tanto, creo que la constituyente chilena se arma en un momento de acción y de reacción. Hay un aspecto que también creo que es muy relevante, que tiene que ver con el hecho de que estamos en un momento donde la extrema derecha está creciendo y da igual cómo la llamemos, como dicen los chinos “hay muchos caminos para llegar a la cima de la montaña, pero cuando llegas arriba la vista es la misma llegues por donde hayas llegado”. Hay una enorme discusión en la academia, si llamarla fascismo, pos-fascismo, ultraderecha o derecha 2.0, pero lo que es absolutamente cierto es que siempre en el capitalismo en crisis invariablemente, desde que tenemos noticia, hay un plan B de capitalismo en forma de autoritarismo. Eso es una constante en todos los países. Se produce esa acción y también una reacción, las élites ven peligrar su statu quo y reaccionan, en los años 20 en Italia los latifundistas llamaron a los *fascios* de combate, gente militar que había ganado la Primera Guerra Mundial pero no habían obtenido beneficios y los arman para que peleen contra los sindicatos y contra las fuerzas políticas de la izquierda. Hoy nos encontramos con que las élites están peleando también contra los que están reclamando

transformaciones, no directamente como en el siglo XX –como sí fue el caso completo del 73– sino que tienen tres herramientas que van a aparecer invariablemente en la discusión constitucional en Chile. Una es la penetración desde la extrema derecha en las policías y los ejércitos como elemento constante, un enorme peligro en todos los países, una penetración de la extrema derecha en la judicatura, y ahí aparecen todos los elementos de *lawfare*. En el siglo XXI no va a ser sencillo, por lo menos en un primer momento, que veamos golpes de Estado que se parezcan al del 11 de septiembre porque que no les hacen falta, porque con un juez sinvergüenza son capaces de encarcelar a Lula cuando le está sacando 20 puntos de distancia a Bolsonaro, y después es recompensado con el Ministerio de Justicia y del Interior. Entonces, al lado de esta derechización de la policía y del ejército –que en el caso de Chile es más terrible porque constitucionalmente se les permite, de alguna manera, esa autonomía que puede golpear en el cuerpo de los y las demócratas chilenos– está la judicatura como *lawfare*, que se convierte en uno de los peligros más importantes y que no siempre tenemos herramientas para conjugar. Y que creo que la constituyente chilena tiene que aprender de los errores de otros países, donde no hemos sido capaces de frenar los consejos generales del poder judicial, o en el corporativismo de la justicia o en la ausencia de controles acerca del poder judicial no hemos sido capaces de frenar esa guerra jurídica. Y al lado de los policías y el ejército están los medios de comunicación. Hay un texto que nace precisamente del golpe del 73, que para mí es la fecha emblemática porque es cuando se crea la Trilateral, que es el primer gobierno de la globalización en la sombra donde se va a plantear que el capitalismo ya no va a ser nacional y, por tanto, si el Estado nacional era quien controlaba el modelo capitalista necesitaba una

suerte de Estado global que es la Trilateral, que hacía referencia a Estados Unidos, a la Comunidad económica europea y Japón. [...]. Cuando se crea la Trilateral, un libro de Huntington, que es el gran [...] de la política exterior norteamericana junto con Kissinger y Nixon, y en un libro que publican en el año 75 van a plantear que nunca más va a haber un Watergate y que nunca más van a perder una guerra por culpa de que salgan en los informativos los féretros de los soldados norteamericanos que venían muertos de la Guerra de Vietnam, por lo tanto hay un control claro de los medios de comunicación. Igualmente, la constituyente chilena o estas elecciones ocurren en un momento de control brutal de los medios de comunicación. En muchos lugares se han convertido en el principal partido y tenemos un problema terrible porque se han convertido en elementos cuasi militarizados con los cuales es muy complicado pelear.

Para terminar, menciono un par de ideas. La transición española ha sido la base del olvido, España se acostó franquista y se levantó demócrata, y buena parte de las debilidades de la democracia española tienen que ver con esos silencios de nuestra transición, ese es uno de los problemas que tenemos que asumir. Una parte de que el rey haya huido a Abu Dabi, que tengamos una justicia con elementos claramente fascistas, propios del franquismo del siglo XX, los elementos de presencia de la Iglesia que todavía tenemos en ámbitos estatales, las dificultades que algunos expresan para que las mujeres sean ciudadanas de pleno derecho, los problemas territoriales que tenemos, todos son elementos de una transición que se hizo sobre el olvido y no sobre la rendición de cuentas. Y en paralelo a esto, y es algo que tengo que suplicar a los dioses para que los y las constituyentes le presten mucha atención,

está la correlación de fuerzas. Se explica siempre en España que la transición no fue fruto de una correlación de fuerzas sino de una correlación de debilidades, que es una expresión de Vázquez Montalbán donde planteaba que el franquismo no fue capaz de mantener al franquismo pero las fuerzas de la oposición no fueron capaces de imponer la ruptura, y en esa debilidad mutua pues salió nuestra transición con su rey, con su Felipe González, con su terrorismo de Estado, con su desindustrialización y demás.

Termino planteando que hay un elemento para mí esencial en un proceso constituyente y creo que es la única, eso y las revoluciones, creo que son las únicas escuelas de ciudadanía profundas de un país. Decía uno de mis maestros, Jesús Ibáñez, que la antesala de toda revolución, y no entendamos una revolución en términos violentos, es un momento donde las contradicciones sociales se solventan a favor de la mayoría, y él decía que toda revolución siempre tiene como antesala una gran conversación, es decir, que antes de la Revolución Francesa hubo una gran conversación, antes de la Revolución Rusa también, y antes de lo que nos ha permitido romper con el partidismo, de incorporar a las primaveras árabes y a la década del cambio, en España había una gran conversación, creo que la constituyente es una gran conversación o por lo menos hay que convertirla en una gran conversación, porque es la posibilidad de que la gente aprehenda las razones del nuevo contrato social que se quieren dar las chilenas y los chilenos. Las inercias van a ser enormes porque ni aunque gane Boric, que va a ganar el poder, en todo caso, va a ganar el gobierno, ni la constituyente va a poder tener toda la fuerza para poder cambiar las inercias atrasadas de 200 años de historia. Y por eso estas reflexiones, que quizás enfrían un poco el ánimo pero

lo enfrían para que no haya decepción, porque la decepción nos lleva a la nostalgia, sino que hay que entender la correlación con todos estos elementos, con el contexto histórico, con las dificultades del auge de la extrema derecha que permiten una mirada más lúcida que rompe con lo que creo que fue el gran problema de la democracia española, la decepción, porque que muy pronto mucha gente se decepcionó y esa gente que tiró la toalla dejó de empujar para las transformaciones y pasó, de alguna manera, a formar parte de las filas, por su decepción, de los derrotados.

Daniel Andrade Schwarze. A Manuel Canales me gustaría plantearle desde su mirada de observador y de no militante en este panel, porque el resto militamos y tenemos algún lugar. Tú planteas que el debate está un poco más ajeno que la izquierda y la derecha, tiene otra mirada más de clase en este contexto, que lo de octubre no termina de ser representado, en el fondo ¿qué rol cumplen los partidos acá? ¿Cómo te imaginas tú ese partido en este otro eje que planteas? ¿Cómo se organiza eso, cómo se representa, incluso, ese malestar que tiene la población chilena en estos partidos también? Dado que de alguna manera Juan Carlos también plantea sus hipótesis del rol que están jugando los partidos en este momento chileno, en este momento mundial.

Manuel Canales. Voy a compartir cierta discusión con los términos que he escuchado Yo no creo que octubre sea la síntesis de los movimientos sociales, no creo que octubre sea la acumulación de una capacidad de propuesta popular que fue organizándose en estos distintos colectivos por identidades múltiples, etc. No creo que octubre haya sido “movimentista” y primeramente indigenista, ni feminista, ni ecologista, todo eso tuvo un espacio naturalmente de desarrollo y le dio por demás un contenido histórico

alucinante, potente, obviamente el aporte de Las Tesis, por ejemplo, eleva el registro histórico en el que puede plantearse un movimiento. Subió muy bien la vara, por así decirlo. Sin embargo, los invito a reflexionar en un rasgo de octubre que no tienen todos esos movimientos. Octubre, a diferencia del movimiento de 2011, acaso parecido a 2005 y como la protesta de los 80, tiene un componente profundamente estamental. Y eso no puede verse en ninguno de los otros movimientos que son intraestamentales o pueden serlo, no podemos olvidar que octubre no es organizado por nadie, ni por dirigentes, y se nuclea en torno a un reclamo que viene desde el cotidiano de las existencias populares en el régimen neoliberal y que se levanta antioligárquico, ni siquiera habla contra la elite, habla contra los poderosos, contra la oligarquía. O sea, simplemente ese planteamiento, porque creo que es un riesgo interpretar octubre como la acumulación de las reivindicaciones progresistas y no lo veo así. No habíamos visto una manifestación como la que vimos en octubre, y que yo la veo solo con palabras de golpe militar y solo con palabras del tiempo de la conquista, es decir, de la aparición de un actor que no estaba en los libros y que él mismo no sabe propiamente quién es y que no tiene una propuesta, ni tiene una organización pero sí tiene una profunda conciencia estamental. En Chile estamos en un conflicto abierto de estamentos. El tema de la desigualdad ya no da para más, entonces pregunto de nuevo y voy a la pregunta de los partidos, yo veo así el rol de la política en Chile. Históricamente, les hago estas dos preguntas ¿qué ha hecho la política cada vez frente al tema de las matrices extractivista, esclavista y la estamentalidad o las cunas o los apellidos? En los fundos ya sabemos lo que hizo la política, miró al cielo y al techo durante todos los siglos que duró (hasta el XVIII o XIX). En el otro Chile, el de los años

30 y 70, ¿qué hizo la política? Trató de cambiar eso. Allende, Frei Montalva, democratizar, tecnificar, cambiar ese modo de trabajar porque ahí quién va a ir y, además, cambiar ese modo de organizarnos como sociedad de los apellidos especiales, que siempre están representando a los no especiales, eso no da para más. No puede ser normal la lista de candidatos que tenemos, no puede normalizarse. Normal ha de ser la Asamblea Constituyente y el listado de esos apellidos ¿no? Cuando yo escuchaba esa lista de los constituyentes, colegio común y corriente, y esa es la escena más notable que hemos tenido, creo yo, después de octubre.

Entonces, creo yo que la política cada vez tiene que pronunciarse sobre: ¿vamos a seguir trabajando con esos trabajos de esclavitud? ¿Vamos a seguir asignando los puestos según los apellidos? La política se pronuncia sobre eso, y la pregunta que yo le hago a la política ahora es ¿qué estás diciendo de eso? Creo que los partidos deben pronunciarse sobre la desigualdad de estamentos como la cuestión social. Y siento que tendemos a olvidar porque divide a otros colectivos, también, pero no podemos evitarlo en un país como Chile, que no es España, no es Argentina, no es Uruguay, un país donde nunca se ha hecho la democratización que quería Frei Montalva. Fíjense, no hay que ser tan izquierdista, casi de centro te da, pero de un centro que sabe que está sobre un país partido en dos. Y eso es lo que sabía octubre y lo que todos seguimos sabiendo. Por eso es que Kast es una apuesta muy arriesgada, es sacar la cara de estamento superior a *full*, a mostrarla, y claro, todavía tiene pueblo con él. Pero ya es muy poco pueblo, no es el gran pueblo. Ese es mi planteamiento, que la política debe volver a pronunciarse sobre los asuntos populares. ¿Y cuáles son esos asuntos populares? No tener esos destinos, eso fue lo que explotó.

Por ejemplo, en el mismo recuento de los actores que son los 100 mil jóvenes que marcharon en 2011 a la Alameda, que no eran los 30 mil de las Chile, la Católica sino que eran de todos estos institutos. Esos son los que explotan en octubre, no las Chile, no la FECh, no la FUC. Son estos otros que hacen la vida y que la siguen haciendo, estudiando caminos, pagando todo lo que tienen que pagar, jugando al tú puedes y quebrándose como generaciones de clase. Frente a eso ¿qué decimos? ¿Qué le decimos hoy en día a un joven de cuarto medio? ¿Quién se para en un cuarto medio de liceo común y le dice al joven “a ti te tenemos obligado acá porque nos enorgullecemos de que todos nuestros jóvenes estén en cuarto medio, están obligados”; y yo no sé qué decirle a un joven de cuarto medio? ¿Cuál es el paso que tiene que dar? Y no sé si hay alguien que pueda decirles que los tenemos obligados. Eso explotó. Pero tiene ese carácter, creo yo.

Daniel Andrade Schwarze. ¿Qué pasa con las *fake news* en este juego? ¿Qué les pasa a ustedes también? Compartir esa experiencia del momento de las *fake news* en España, o lo que tú ves a nivel mundial, pero igual en España le tocó superfuerte a Podemos ser parte de un chivo expiatorio en un momento siendo gobierno, en un momento electoral, que incluso uno podría decir que lleva a Pablo Iglesias a irse o tomar un rol distinto dentro de la política. ¿Cómo ves tú ese fenómeno y cómo lo han enfrentado? Es muy fuerte esa concentración hoy en día, la Convención está bajo asedio constante por los medios de comunicación, las *fake news*. Las campañas están bajo asedio de las *fake news*; desde la mirada suya los llevó, incluso, a invenciones de políticas alternativas, esto de retirarse y quedar en otro lugar de habla fue extraño o llamativo.

Juan Carlos Monedero. Son muchos aspectos, intentaré responder a todos, aunque sea brevemente. En España las derechas y las izquierdas firmamos un pacto constitucional, pero nosotros diferenciamos el pacto constitucional y el régimen del 78, del año de la Constitución. Porque la derecha por la correlación de fuerzas tiene que aceptar un pacto constitucional pero luego no lo cumple, nos encontramos que en la medida de lo que pueda va a intentar buscar sus refugios para no cumplir con los elementos esenciales, que casi siempre son elementos que, como bien dice Manuel, son de clase, principalmente. Por tanto, yo le recomendaría a la gente que está en la constituyente que no se les cuele algún artículo, como el 53 de la Constitución española que jerarquiza los derechos de manera tal que, al final, los derechos sociales se quedan en aguas, en papel mojado.

Segundo, y muy importante, la derecha necesita ruido y violencia porque la violencia, lo diré de otra manera, las posibilidades que han tenido las fuerzas de izquierda en América Latina y también en España están vinculadas a la desaparición de la violencia. El 15M en España no hubiera existido si ETA hubiera seguido matando. Es decir, sin el 15M tampoco hubiera existido Podemos. ¿Sería posible que ganase López Obrador si hubiera estado funcionando algún tipo de guerrilla? Si pudo ganar Petro en Colombia es porque hay un acuerdo con las FARC, por tanto vamos a encontrar constantemente un intento de multiplicar la violencia. Ocurre que cuando hay violencia, nuestras propuestas, que lo que buscan es establecer la política como conflicto son mal vistas porque el conflicto que nosotros queremos resucitar no es un conflicto de pegarle un tiro a nadie, ni de poner un coche bomba, pero desde que hay un momento con sangre nuestra violencia

simbólica queda invalidada, por consiguiente los límites son mucho mayores en el proceso constituyente, y por tanto vamos a encontrarnos con la derecha que quiere que la constituyente chilena esté llena de violencia y de ruido, a través de los medios de comunicación y de confrontación, y creo que habría que evitar en la medida de lo posible no caer en esas provocaciones.

En ese sentido, creo que también es muy claro que las *fake news* forman parte del elemento central. Habréis planteado, creo que en la introducción, Daniel, lo has tocado, que estamos en un momento de incertidumbre en todos nuestros países, de enormes incertidumbres. Ayer veía una cosa que me ha vuelto loco. He visto un video de un grupo de pop coreano que tiene un billón 400 mil reproducciones, ¡un billón! O, de repente, estaban las conversaciones de gente joven en TikTok y veías gente que todavía estaba diciendo “yo no sé si entrar en Twitter o no entrar en Twitter”, hay cosas que van muy rápido y que si no nos damos cuenta podemos estar muy perdidos.

Creo que el mundo de incertidumbre en el que vivimos, junto con la crisis económica y la globalización que han roto una parte de los lazos comunitarios, ha dejado a la gente a la intemperie, y ahí cuidado porque viene la extrema derecha a ofrecer la reconstitución de los lazos comunitarios “ah, que se ha roto la familia por los mayores derechos de la mujer”, y en tanto y en cuanto se vuelve a asentar una formación de pareja con mayor libertad, va a venir la extrema derecha a decirte “yo te ofrezco un modelo de familia. Eso sí, donde las mujeres no tienen derechos y donde los hijos tienen derechos, pero es un modelo de familia”. Te va a ofrecer una religión, es verdad que es una religión autoritaria y que también es un negocio pero te ofrezco una religión allá donde

otros están planteando que Dios ya no existe y demás. Y resulta que cuando las fuerzas progresistas dejan de ir a los barrios humildes ahí se han colado los evangelistas pentecostales que después están a favor, incluso, de las dictaduras. “Ah, que la Nación ya no te cuida, que la Nación ya no es un espacio que te da tranquilidad, pues entonces yo te ofrezco un modelo de Nación excluyente. Te ofrezco una identidad chilena donde para tener una identidad fuerte, ya que no te voy a dar de comer, ni te voy a dar ningún tipo de derecho, te voy a dar identidad, necesito enemigos externos y enemigos internos”. Y todo al servicio de una idea autoritaria. Entonces, la extrema derecha como producto clarísimo del capitalismo en crisis claro que es el plan B, porque siempre tienen antes un plan A o un plan D. En España intentaron que fuera Ciudadanos, un partido limpito, aseadito, pero resulta que cuando no le sirvió dijeron “pues vamos ya con Abascal, vamos con la extrema derecha directamente”. Es decir, siempre, para buscar diferentes planes, van a intentar, por ejemplo, hacer grandes concertaciones de juntar al partido de la derecha con el partido de la izquierda, de manera que con ese planteamiento desaparece la política y el conflicto, van a intentar buscar *insiders* que parezcan *outsiders* pero que es mentira. No existe. Van a intentar convencer a la academia para que digan que no hay alternativa, que esto no es posible, que las cosas son así. Van a intentar mentir para que no pensemos que existe otra posibilidad. Y si al final no les funciona recurren últimamente al elemento más violento. Las *fake news* son las empresas de medios de comunicación, como decía antes, son una apuesta del *establishment* global, globalista a partir del Watergate, de la Guerra de Vietnam, y es que lo escriben así. Igual que también hay una reflexión en ese libro, *La crisis de la democracia*, sobre cómo tienen que ser los partidos

políticos, que ya no los pueden financiar los militantes. Que los partidos políticos tienen que ser financiados por el Estado o por empresas privadas para que se desideologicen y los partidos tienen que identificarse con el liderazgo para que también las bases no puedan mandar y los Parlamentos tienen que desideologizarse y tratar solamente problemas técnicos, y la gente tiene que irse de las Universidades para que no ocurra como la canción de Víctor Jara que van contra los dinosaurios y tienen que irse a estudiar formación profesional.

Todas estas cosas que nos han pasado en los últimos 50 años forman parte de un diseño, y no hace falta creer en las conspiraciones, es que hacen planes. Y los planes les funcionan.

Y las *fake news* son el elemento necesario también del *lawfare*, de la guerra jurídica, sino cómo demonios una cacicada va a funcionar si no hay medios de comunicación alimentando esto. ¿Qué se hace? Nosotros nacimos en un medio de comunicación alternativo. O construimos medios de comunicación alternativos o creo que estamos perdidos, es decir, es imposible porque al final la gente termina por creerse estas verdades que lanzan los medios, que son las radios, las televisiones, son los diarios y por tanto, yo siempre digo que necesitamos de las cuatro cavidades del corazón: Una para pensar en las instituciones, no volvamos a cometer el error que se cometió siguiendo a John Holloway de pensar que íbamos a cambiar el mundo sin tomar el poder. No. Necesitamos el poder de los ayuntamientos, de los municipios, de las regiones y del gobierno central. Otra cavidad para la calle, si abandonamos la calle estamos perdidos, no vamos a ningún sitio, no va a haber transformación, los cuellos de botella durante la transición española se solventaron con gente en la calle. El golpe de Estado en

Bolivia se ha paralizado con un millón y medio de personas en la calle. O sea, ponemos gente u olvidemos el constituyente, ni nada. Es decir, no se van a transformar las cosas sin este apoyo popular. Una tercera cavidad, también para el relato. Es decir, tenemos que acostumbrarnos también que, si no tenemos una posibilidad de construir un relato alternativo, estamos devorados. Y una cuarta cavidad, la alegría. No sé cómo están ustedes de alegría. A mí [...] con el proceso constituyente o en las elecciones por haber pasado a la segunda vuelta, pero si nos quitan la alegría estamos un poco perdidos porque resulta que en este hurto de las cosas que nos están robando, nos están robando también el visionario y nos están robando la alegría. Y resulta que ellos hablan de libertad: libertad, libertad ¿por qué tengo que llevar un barbijo? ¿Por qué me tengo que vacunar? ¿Por qué debo tener restricciones? Y al final resulta que parecemos nosotros los erizos, los papás pitufo gruñón pues no somos capaces de trasladar un poquito de alegría. Y un proceso constituyente debe tener un elemento de alegría.

Daniel Andrade Schwarze. Está bien, nos estamos enfrentando a una ultraderecha, a un fascismo, a este momento que no logramos interpretar lo que pasa en ciertos sectores de la sociedad, de la clase trabajadora y nos hemos unificado como una cuestión más civilizatoria pero porque tenemos enfrente a una persona que niega el cambio climático y eso nos ha llevado a una toma de conciencia o de despertar, un nuevo despertar, yo diría del pueblo de lanzarse a defender lo avanzado, pero ¿qué es eso que nosotros deberíamos estar constituyendo? ¿Qué es eso que está constituyendo hoy en día Apruebo Dignidad, Gabriel Boric? ¿Cuál es esa propuesta más de futuro que sí sintonizan? No la que no sintonizamos pero ¿con qué si estamos sintonizando en este momento de constituir una propuesta?

Juan Carlos Monedero. Como *tips*, porque creo que también hay que plantear. Primer *tip*, fijémonos lo que está haciendo Andrés López Obrador en “Las mañaneras”, que es lo que hacía Chávez con el “Aló, Presidente”, si no comunicamos nosotros, nos comunican, y por tanto que seamos conscientes de que una parte para revertir las *fake news* y sus marcos es hacer procesos comunicativos inteligentes y novedosos.

Segundo *tip*, hace poco escuchaba a una abuela decir “¿por qué votan a la extrema derecha?” Pues porque han votado a uno y a otros y les han fallado, entonces dicen “voy a votar a estos, a ver si estos hacen algo”, así de sencillito. Cuando la izquierda hace las políticas de la derecha, la gente dice “voy a votar a la extrema derecha porque, bueno, a ver si estos van a ser capaces de solventarlo”.

Tercer *tip*, por qué López Obrador tiene un 73% de aceptación. Creo que, básicamente, por tres cosas que tenemos que incorporar. Primero, ha sido capaz de robarle a la derecha y la extrema derecha la identidad del país. Cuando él habla de la cuarta transformación está vinculándose al pasado de México, a Juárez, a Lázaro Cárdenas, mientras que en todos nuestros países las extremas derechas apelan a una patria en el pasado que supuestamente fue grandiosa y que al final terminan por robarnos nuestro propio país. Yo no puedo llevar en mi propio país la bandera española, porque se la han robado los tipos que han tenido una conducta deplorable y siendo que tuvieron un comportamiento indecente van con la bandera española y por tanto nos la han robado. Él plantea una vinculación del pasado con el futuro. Plantea un proceso de modernización que no olvida las clases débiles, que es un problema que constantemente cometemos, al mismo

tiempo tiene un compromiso brutal y radical con los pobres, y tiene un elemento ético, inconfundible que le permite también tener una posición ética que le da también prestigio social, precisamente, por esa identidad ética que coincide también con una lucha radical contra la corrupción.

Último *tip*, no podemos tener impunidad contra la extrema derecha y es verdad, ¿sabéis por qué? Porque eso, si miras la historia de la evolución del fascismo en Italia, es absolutamente claro. Y es porque la violencia de la extrema derecha termina llevando hacia su lado a la gente que no quiere ser devorada, decía Elías Canetti: "Aullar con los lobos para que así no te devoren". Es decir, que si les blanqueamos, si les permitimos van a terminar arrastrando a gente hacia sus posiciones porque no ven que tengamos una confrontación clara al respecto.

Y lo último, algo que sería tema para una discusión. Hay una fragmentación social enorme. Las contradicciones no son solamente de clase, son también de género, son también de raza, son plurales y por eso en la constituyente se van a incorporar nuevos derechos, y esos nuevos derechos están vinculados también a nuevas necesidades. Y que se resumen en una idea que también habéis planteado: la Patria, decía un poeta, la Patria es el país que te cuida en todos los ámbitos. Entonces, esa idea de construir un país que te cuide y cada uno quiere que le cuide como quiera que le cuiden, creo que nos permite volver a ser un poco atractivos y salir de una lógica de una izquierda o un sector progresista un poco arcaico, ya que no somos capaces de emocionar a una parte importante, sobre todo de los sectores juveniles en la parte constituyente, no nos engañemos con la ética de la parte constituyente porque lo complicado viene después, como contaba Omar

Cabeza el día en que termina la novela *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, que les pone a contar todo el proceso revolucionario, el día que entran en Managua dice: "Yo sabía que hoy comenzaba lo complicado".

Manuel Canales. Quería volver al punto porque creo que ahí se está jugando mucho. Mi pregunta es, si no está en el centro el tema de la matriz productiva y no está en el centro la desigualdad, de la que finalmente no hablamos ni una palabra de la desigualdad y la matriz. Obviamente no están en el centro, si no están en el centro es porque el centro está en otra parte y ese centro descentrado es la desconexión de esta izquierda con lo popular. No es tanto ir a educar al pueblo, creo yo en este momento, de hecho el pueblo lo educó hartó o más sobre cómo poner en jaque este asunto. ¿Quién es la vanguardia aquí? Hay que preguntarse cuál es el rol. Está bien, vamos a lo cotidiano pero no al cosismo, lo cotidiano es lo que pide el pueblo: cambien esta matriz productiva y cambien esta matriz social. Incluso la idea de igualdad de oportunidades que la izquierda despacha tan rápido como algo mínimo en Chile, eso es la revolución. Hay igualdad de oportunidades y toda la élite, la de izquierda y derecha, tendría a su hijo con el 90% de posibilidades de ir a trabajar a la fruta como todos. Y de eso no hablamos. Podemos ser antineoliberales y antipatriarcales, plenamente, pero si no somos antioligárquicos, la desigualdad va a permanecer igual. Ese es mi tema. ¿Por qué no nombramos lo popular y no nombramos la desigualdad como el asunto central? Es el asunto central desde la conquista. Son cuestiones que se nos vuelven a olvidar o quedan relegadas.



DIÁLOGO MAGISTRAL

Crisis de los cuidados y políticas económicas incluyentes

Panelistas:

- Karina Batthyány
- Paula Moreno

Moderadora:

- Valentina Perrotta

Valentina Perrotta. Muchas gracias por acompañarnos en este cuarto diálogo magistral que se titula “Crisis de los cuidados y políticas económicas incluyentes”, en el marco de esta Conferencia Internacional Constituyendo Democracias.

En esta oportunidad voy a tener el placer de compartir este panel junto a dos grandes teóricas. Dos grandes pensadoras, personas influyentes en estas temáticas, que vamos a ir construyendo y viendo cómo se vinculan estas dos temáticas, la crisis de los

cuidados y las políticas económicas incluyentes. Tres temáticas centrales para, de alguna manera, considerar lo que está ocurriendo con nuestra democracia en América Latina o la región iberoamericana, y también temáticas que podrían estar en riesgo. Temáticas sobre las que América Latina ha avanzado en la década pasada y que podrían estar en riesgo, en función de lo que suceda con la posibilidad de que la extrema derecha gobierne en Chile o lo que está sucediendo en otros países con estos tipos de gobiernos.

Entonces, tendremos a Karina Batthyány, que es Directora Ejecutiva de CLACSO, uruguaya, doctora en Sociología por la Université de Versailles Saint Quentin, profesora titular del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República de Uruguay. Y en segundo lugar a Paula Moreno, que es española, economista y consultora en políticas de igualdad, cuidados y no discriminación en el ámbito laboral. Yo soy Valentina Perrotta, soy uruguaya y egresada de la Universidad de la República de Uruguay. Es un gusto para mí, entonces, darle la palabra y recibir a Karina Batthyány.

Karina Batthyány. Esta mesa de hoy, este diálogo, sin duda aborda dimensiones absolutamente centrales si queremos analizar realmente los desafíos en términos de desarrollo en términos de democracia. Voy a centrar mis aportes en la temática de la crisis de los cuidados. Y para comenzar, obviamente, recordemos el tema de la desigualdad de género que ha sido siempre desde el punto de vista histórico un rasgo estructural en nuestra región latinoamericana y caribeña, y que está en la base de la insostenibilidad del modelo de desarrollo que tenemos.

La pandemia que hemos enfrentado en estos últimos años, además de profundizar esos nudos estructurales de la desigualdad en general, y de la desigualdad de género en particular, ha puesto muy en evidencia el tema de la organización social del cuidado y su injusta distribución. Y la necesidad de avanzar hacia un cambio en el estilo de desarrollo, que ponga finalmente en el centro los cuidados y la sostenibilidad de la vida. Por eso nos gusta hablar de los desafíos y las oportunidades que se presentan en la sociedad del cuidado, en la sociedad del cuidado que ojalá construyamos en este periodo de pospandemia, que parece iniciarse de manera un poco incierta, pero parece iniciarse.

¿De qué estamos hablando cuando hablamos de la sociedad del cuidado? ¿Por qué tomamos este término o qué ventajas nos ofrece este término para colocar la temática del cuidado y las desigualdades que vienen de la mano del cuidado, especialmente en las sociedades de América Latina, en el avance en términos de la construcción de las propuestas o modelos de desarrollo?

La sociedad del cuidado nos permite, por un lado, imaginar nuevas formas de entender el cuidado y de entender la atención sobre las personas, hacia las personas dependientes, y nos recuerda la importancia pero también la urgencia de pensar y de reinventar nuevas formas de organizar la sociedad y nuevas formas de organizar socialmente el cuidado en esas sociedades.

Por lo tanto de lo que estamos hablando es que no solamente se hace necesario un cambio profundo de las formas en las que, históricamente, el cuidado ha sido percibido y llevado a cabo, un cambio que por lo tanto cuestione de manera frontal y directa la división sexual jerárquica del trabajo y también que debemos

seguir pensando nuevos modelos sociales y económicos que, a diferencia del modelo actual, el modelo capitalista guiado por la lógica del beneficio, tomen el cuidado, el bienestar y la solidaridad como una premisa, como una razón de ser. En ese sentido, el feminismo, y particularmente el feminismo crítico y radical, tiene mucho que decir y mucho que aportar a estos procesos.

Uno de esos elementos que tiene el feminismo, o que tenemos desde el feminismo para aportar es justamente la importancia de introducir como alternativa la dimensión política de la vida cotidiana. Algo que quedó muy claro, como mencionaba antes, en el marco de la pandemia. Si estamos buscando ampliar las ciudadanías políticas, si estamos buscando ampliar el concepto de democracia y profundizar los procesos democráticos en nuestras sociedades, una dimensión central que generalmente ha sido olvidada, que ha sido obviada es la dimensión política de la vida cotidiana. Vida cotidiana que para nosotras, las mujeres, tiene varios desafíos. Un primer desafío es que en esa vida cotidiana es donde, generalmente, la ciudadanía de las mujeres, y por lo tanto los sistemas democráticos que permiten esto, comienza a ser devaluada, comienza a ser irrespetada y esto se expresa en múltiples dimensiones. Quizás las más dramáticas sean la violencia de género y el femicidio, pero no son las únicas. Entonces, necesitamos encaminar una labor crítica que nos lleve a plantear la necesidad de configurar nuevos pactos sociales, obviamente, sobre la base de una mirada crítica de los presupuestos epistemológicos y también metodológicos que nos han dominado durante siglos, y también la necesidad de revisar nuestra manera cotidiana, en el día a día, de construirnos como sujetos, como personas.

En definitiva, de lo que estamos hablando es de construir nuevos pactos sociales que resignifiquen la noción de ciudadanía junto con la de democracia y que permitan una nueva mirada sobre cómo se organizan los espacios de la vida en sus distintas dimensiones, laborales, familiares, etcétera.

Creo que esto es muy importante, en el marco actual de lo que llamamos la crisis de los cuidados, basados en una organización social del cuidado absolutamente injusta en la región latinoamericana, donde los cuidados todavía hoy son una función principalmente de las familias, y cuando decimos de las familias decimos de las mujeres de las familias, y que son brindados principalmente de manera no remunerada en los hogares y por parte de las mujeres. Que el acceso a los cuidados y especialmente a los cuidados de calidad está muy segmentado en función del nivel socioeconómico de los hogares y que el cuidado de calidad, en tal caso, está reservado para unos pocos que son aquellos que pueden pagar por este tipo de servicios en el mercado.

Además, la segunda forma de provisión principal de cuidados en América Latina y el Caribe, luego del cuidado familiar femenino no remunerado, sigue siendo el trabajo remunerado de las mujeres en los hogares: las trabajadoras domésticas o las empleadas de los hogares remuneradas. También allí son, mayoritariamente, mujeres. Sector que, por cierto, ha sido el más afectado desde el punto de vista laboral en lo que refiere a sectores de ocupación femenina de mano de obra durante la pandemia.

Entonces, otra evidencia que tenemos que viene a incrementar esta crisis de los cuidados es una crisis que preexiste a la pandemia, en la pandemia la sobrecarga de trabajos no remunerados

para las mujeres, de acuerdo a los primeros datos que estamos teniendo de los países de América Latina: de Colombia, de Chile, de México, de Uruguay, de Argentina, aunque no de todo el país, nos muestran sin ningún tipo de dudas que la carga de trabajo de cuidados no remunerados ha aumentado y que la división sexual del trabajo no se ha modificado. Es decir, ese aumento en la carga de cuidados, producto de la pandemia, recayó sobre las mujeres.

Esto nos trae nuevamente a la necesidad de colocar en el centro esta sociedad de los cuidados de la que estoy hablando y por supuesto su relación con el bienestar, en términos individuales y colectivos, y cuando hablamos del bienestar en términos colectivos hablamos también del papel del Estado como proveedor de bienestar. Allí la pandemia mostró, además, con una claridad muy grande el déficit que los países de América Latina y el Caribe tienen en términos de bienestar social, en términos de todas las políticas relacionadas a los sistemas de bienestar social.

Recordemos que en nuestra región las políticas de cuidado, si es que existen, y muy poco en algunos países, están muy lejos aún de ser universales y que el acceso a las políticas, en aquellos países donde podemos encontrar algunas políticas, que podríamos llamar políticas de cuidado, sigue muy focalizado, es decir, para poder acceder a ella se deben tener algunas condiciones como, por ejemplo, vulnerabilidad socioeconómica, ubicación geográfica, etcétera. Allí lo que vemos es que el rol del Estado sigue siendo un rol subsidiado, además de que esas pocas políticas que podemos identificar en América Latina no están articuladas, más bien son políticas, en general, dispersas y que por lo tanto no conforman una verdadera noción de sistema de políticas de cuidado.

El cuidado es, entonces, una tarea absolutamente urgente, y es una tarea que nos tiene que llamar a una reflexión en términos de su relación con la construcción de sociedades verdaderamente democráticas. Y no podemos seguir con el viejo razonamiento de que esta es una tarea que les corresponde solamente a las mujeres. Realmente tenemos que colocar el cuidado en el centro, si queremos hablar de sociedades más igualitarias, más sostenibles y democráticas en América Latina.

Y esto nos obliga a repensar el orden de género y transformar esa simétrica asignación social de los cuidados y redistribuir el trabajo no remunerado, no solamente a nivel microsocial entre varones y mujeres, que por supuesto que esta redistribución es muy importante, sino también a nivel de los principales agentes proveedores de bienestar en nuestras sociedades, es decir, entre los hogares, el Estado, el sector privado y la comunidad.

Si queremos solucionar esta crisis de cuidados, tenemos que avanzar en una nueva idea de gestión pública que entienda finalmente que la interdependencia de las personas es un hecho de la vida en común y que la solución no va a pasar solamente por repartir más equitativamente el cuidado entre varones y mujeres a nivel individual, sino que hay que pensar esta nueva ecuación que hoy se impone en la pospandemia, que es la de sociedad y Estado, donde el Estado tiene que asumir su responsabilidad. Tenemos también que colocar este tema en el centro porque, como decía al inicio, la pandemia del COVID-19 no hizo más que incrementar la brecha y la crisis de los cuidados que ya existían en América Latina y el Caribe.

Esta crisis de los cuidados, además, va a tener otra consecuencia. Ya está teniendo otra consecuencia, nada menor, que es la dificultad que representa para las mujeres la incorporación y la permanencia o continuidad en el trabajo productivo en igualdad de condiciones respecto a los varones. Está muy claro que mientras no existan políticas de cuidados o sistemas de cuidado de carácter universal para todos y todas en nuestra región esta posibilidad es cada vez más lejana.

Tenemos también que reflexionar sobre la realidad del mercado de trabajo en función de esta crisis de los cuidados. Y la única respuesta total y efectiva ante esta crisis que estamos viviendo en materia de cuidados, a esta crisis de reproducción de la vida está dada por instituciones universales, por instituciones que además coloquen el cuidado como un derecho y como un bien común. Los espacios de lo común, de lo colectivo adquieren una gran relevancia, ya la tenían antes de la pandemia pero creemos que ahora adquieren una relevancia aún más significativa. No podemos seguir apelando a la responsabilidad individual para hacer frente a crisis que son de carácter estructural y que evidencian la fragilidad de los sistemas públicos de atención a las personas dependientes en nuestros países.

Quedó demostrada, además, durante la pandemia la incapacidad en términos generales, con algunas excepciones, de Estados y gobiernos en nuestra región para ver la dimensión estructural de esta crisis de los cuidados, y eso es realmente muy preocupante.

Debemos entonces tomar este tema como centro de nuestras preocupaciones y colocar la discusión sobre los nuevos contratos sociales, sobre los nuevos pactos sociales, que tanto se repiten por

aquí y por allá, de este tema del cuidado. Debe estar en el centro si realmente queremos construir pactos o contratos sociales hacia sociedades justas, igualitarias y más democráticas.

Valentina Perrotta. Le vamos a dar la palabra ahora a Paula Moreno, para saber qué ocurre allí, “del otro lado del charco”.

Paula Moreno. Me toca no sé si la parte más fácil o la más difícil que es, con esta maravillosa intervención que ha hecho mi compañera, cómo encajarlo con lo que estamos pensando aquí en España, en territorio español, con lo que estamos pensando en Europa y cómo calzamos con el conocimiento compartido y con toda la idea de pensar de manera conjunta y entiendo también el objetivo de estos diálogos de pensar en el espacio y en la academia –y fuera de la academia– dónde estamos.

Retomando lo que decía Karina, y con esta definición de crisis del cuidado que ha dado, donde podemos decir que es por ese incremento masivo de las necesidades de cuidado frente a la reducción de la posibilidad de cuidar que tenemos ante nosotros este nuevo pacto social que tendríamos que pensar y repensar, al que podíamos llamar una democratización del cuidado. Cuando hablamos de esto, hablamos de tratar de dar un reconocimiento de lo que es el cuidado, gran parte del hecho de por qué no se produce el reparto de las tareas de los cuidados tiene que ver con su no reconocimiento. Ahora mismo sabemos que existe más volumen de trabajo de cuidados que de trabajo productivo, por lo tanto hay que darle esa centralidad. Por otro lado, un elemento que ha mencionado mi compañera tiene que ver con socializar, y luego veremos qué quiere decir socializar, porque ahí el Estado

tiene un papel muy importante, pero también lo tienen la comunidad y las empresas, lo social y la comunidad.

Un tercer elemento es que se tiene que repartir el cuidado entre hombres y mujeres, es decir, hay una gran parte de lo que pasa en la familia que es muy difícil y nos cuesta mucho pensar en cómo idear políticas públicas para meternos en la familia y que realmente haya un debate. Tenemos además lo que mencionabas al inicio, una extrema derecha que nos vende políticas familiares y parece que ellos entran sin cuidado en las familias y a nosotros cuando se nos ocurre plantear los repartos entre hombres y mujeres parece que entramos como se diría aquí “elefante de cacharrería”, por lo tanto hay que pensar cómo entramos a hacer políticas públicas que de verdad sean un reparto equitativo.

Y un cuarto elemento, que tiene que ver con repensar los derechos y las demandas que durante tanto y tanto tiempo han puesto sobre la mesa las trabajadoras domésticas. En España existe un problema muy grave con las trabajadoras internas, pues son sujetos políticos desposeídos de todos sus derechos aquí y allí, por lo tanto hay que repensar cómo ponemos sobre la mesa y cómo hacemos sujetos políticos a las trabajadoras del hogar y cómo ponemos esas demandas y resolvemos esas necesidades urgentes. Pero también creo que hay que escuchar a las personas cuidadas. El hecho de repensar políticas públicas escuchando por un lado a las niñas y a los niños pero escuchando también a las personas dependientes, a las enfermas crónicas, a las adultas mayores y poner eso en el foco de quién está pensando las políticas públicas y para qué sujetos se están pensando las políticas públicas.

En este sentido, llevamos mucho tiempo tratando de pensar cómo hacemos este reparto equitativo de los cuidados. Aquí llevamos mucho tiempo tratando de pensar cómo hacemos ese reparto donde fundamentalmente entra el Estado a asumir roles de cuidado, pues con un desarrollo de las escuelas infantiles, de sistemas residenciales y con un desarrollo sanitario, pero lo que vemos es que hay dimensiones de los cuidados que son difícilmente transferibles. Es por tanto que volvemos para atrás y lo que pensamos es qué definición damos de cuidado y qué definición damos de qué es el cuidado. Cuando excavamos ahí, entramos en tres dimensiones de los cuidados, al definir cuidados como todas las tareas necesarias para el sostenimiento de la vida. Y en esas tres dimensiones vemos que una dimensión que es la material, que es muy fácil transferirla a otros agentes, es fácil transferirla a las empresas para que en un momento dado pongan una escuela pública o privada para que sus empleadas puedan dejar a las niñas y a los niños en el tiempo que trabajan, vemos que es fácil convencer a los maridos que tienen que llevar y traer a los niños de la escuela o vemos que es fácil que tengamos un sistema residencial donde tengamos a nuestras personas mayores bien atendidas durante la mañana. Digamos que esa dimensión material del cuidado es fácilmente transferible a otros agentes.

Sin embargo, hay otras dos dimensiones donde por socialización, por heteropatriarcado, por construcción de una división sexual del trabajo durante mucho tiempo tienen que ver con una dimensión mental y una dimensión emocional, y esto es muy difícil de transferir. Es muy difícil de compartir estas dos dimensiones.

Cuando hablo de trabajo mental de los cuidados, hablo de todo lo que tiene que ver con la previsión y la planificación de los

cuidados. ¿Qué quiere decir planificación? Tiene que ver con ordenar un horario, tiene que ver con hacer la previsión de lo que hay que comprar, tiene que ver con hacer la previsión de los suministros, con un montón de tareas que son muy difícil de transferir y que hoy en día las mujeres asumimos al 90% de ellas. Creo que pensar esta dimensión y cómo llevamos a cabo un reparto de esta dimensión es importante.

Y otra gran parte del trabajo de cuidados que no somos capaces de transferir, que nos cuesta mucho en cómo la socializamos y cómo la repartimos de manera más justa, tiene que ver con un trabajo emocional. Tiene que ver que cuando me siento en la mesa tengo que establecer un clima agradable de conversación, tiene que ver con preguntar cómo estoy, tiene que ver cómo hemos visto en pandemia: organizar cumpleaños, videos de regalo, organizar unas navidades y cómo ponemos que todo el mundo tenga una comida que le apetezca. Estas dos dimensiones del cuidado son ingentes, son agotadoras y lo que estamos comprobando es que conllevan a las mujeres la toma de decisiones por las cuales no se acogen las jornadas completas de trabajo.

¿Esto qué implica? Bueno, pues implica que hay una gran parte del trabajo que podría repartirse entre otros agentes y una gran parte del trabajo que no es visible, que cuesta muchísimo sacar a la luz y que las mujeres no se acogen a jornadas de trabajo completas porque están muy cansadas, porque su salud se resiente y no son capaces de completarlas. Por lo tanto, aquí, dentro de la crisis de cuidados, dentro de la democratización de los cuidados tenemos un melón muy grande que tenemos que pensar cómo lo repartimos.

Por otro lado, lo que sabemos es que existe más trabajo dentro que fuera del mercado. Sabemos que el trabajo de los cuidados sigue siendo un trabajo absolutamente feminizado y sabemos que existe una división sexual del trabajo muy potente. Esto lleva, por otro lado, a un uso diferencial del tiempo, un uso desigual del tiempo y donde también el recurso tiempo forma parte de esa parte, digamos, de tratar de compartir, de tratar de pensar en ese común a repartir.

Cuando hablábamos de cómo pensar políticas públicas vinculadas a los cuidados surge este diamante del que ha hablado Karina que tiene que ver con el Estado, con la familia, las mujeres, que tiene que ver con el mercado y que tiene que ver con el común. También estamos pensando políticas en lo común, de repente hay un montón de proyectos de micropolíticas públicas pensadas en el común. Aquí tenemos políticas que pasan por el banco del tiempo, que tiene que ver cómo las vecinas entre ellas se reparten los tiempos con Radares, que es una iniciativa por la cual nos cuidamos entre nosotras. Entonces hay vecinas formadas con personas en un mercado de migrantes, con un kiosquero en un parque y se supone que nos cuidamos entre todas porque todas sabemos de quién tenemos que estar pendientes, o elementos como La Escalera, donde a través de dinamizadores comunitarios todos los vecinos de un vecindario saben qué están haciendo, saben qué habilidades tienen y se ponen al conjunto de compartir. Estas micropolíticas forman parte de la comunidad.

Sin embargo, durante un tiempo también hemos pensado si los cuidados comunitarios son los que nos van a salvar de todo esto, si son los cuidados comunitarios quienes van a poner la solución que no está proveyendo el Estado, que, como decían mi

compañera, el Estado en sí está cuestionando que tenga que ser quien entre a cuidar y a formar parte de este reparto. Desde luego los mercados están fuera, por lo tanto, qué opciones hay si son los cuidados comunitarios quienes asumen esta parte.

Aquí creo que hay dos espacios que podríamos pensar. Uno tiene que ver, desde el punto de vista económico, con los bienes comunes y cómo cuidarlos. Cuando hablamos también de crisis climática somos conscientes que estamos pensando muchas vías vinculadas al agua, al aire, a la tierra, pues la opción de poner el trabajo de cuidados es algo que tiene que ver con la interdependencia, algo que tiene que ver con que a lo largo de toda nuestra vida lo necesitamos, podrían ser los cuidados un elemento, un común a poner en funcionamiento. Y otro elemento que pensamos y repensamos desde el feminismo, es si la comunidad puede ser un agente que entre a formar parte. Cuando hemos estado tanto tiempo pensando únicamente en familia y Estado pero hemos visto que entra el feminismo burgués, la burguesía que es capaz de poder pagar estos cuidados, ahí tenemos un primer debate de todo lo que se queda afuera. Por lo tanto, la pregunta sería qué es el cuidado neoliberal. ¿El cuidado comunitario es un cuidado neoliberal? La respuesta creo que sería no, pero la respuesta también es si queremos políticas públicas, con urgencia necesitamos pedir políticas públicas, que vayan más allá de la autoorganización, que vayan más allá de lo colaborativo, que vayan más allá de lo cooperativo y de la buena intención de los sujetos políticos que se organizan para resolver las necesidades de cuidado. Por lo tanto, yo sí creo que hay que repensar políticas públicas pero también en todos estos cruces creo que existe la posibilidad

de revisar, de pensar, de imaginar políticas públicas con lo comunitario también como un lugar político desde donde pensar.

Por otro lado, un elemento que nos planteamos aquí es quién entra a los cuidados comunitarios. Los cuidados comunitarios por sí llevan una carga de trabajo para organizarlos y por lo tanto también pueden ser una barrera importante de acceso. Por lo tanto, nos parece importante definir la comunidad como algo que sea estar haciendo, si tramas, si tejes, si estás dentro, si haces eres parte de la comunidad. Esto también es una comunidad entendida como algo mucho más amplio y una comunidad donde entran muchos más agentes. Aquí entraría otro tercer elemento vinculado también con la crisis climática, que es donde estamos las mujeres cuando no estamos cuidando. Pues, desde luego estamos trabajando y eso sería nuestra segunda jornada. Nuestra tercera jornada serían estos espacios de la comunidad.

En España hace poco se ha hecho un estudio en el que se ve que las mujeres fundamentalmente en los espacios en los que estamos tienen que ver con espacios educativos, los espacios escolares de cuidados que son las asociaciones de padres y madres, y las asociaciones de familias, pero también estamos en los espacios ecologistas, militamos en espacios ecologistas. Y militamos en espacios ecologistas yo creo porque creemos en el común, porque creemos en la vida, finalmente, y sin caer en este feminismo más simbólico pero en esta defensa de la vida que pasa también por la defensa de lo común. Por lo tanto, también estamos ahí las mujeres.

Si se nos planteara la posibilidad de trazar unas breves líneas de cómo entendemos la comunidad, de cómo tenemos que articular

este diamante del que llevamos hablando ya un rato también con una crisis ecológica, yo creo que hay un elemento que aquí le estamos dando vuelta, y que entiendo que ustedes también, que tiene que ver con lo intergeneracional.

Un pacto social nuevo que pase por un compromiso intergeneracional, es decir, mayores con chicos, y chicos con mayores. Así podríamos hablar, voy a hablar brevemente de cuatro o cinco líneas que aquí andamos pensando. Una primera es que sigue sin haber una atención universal de la escuela de cero a tres años, esto hace que durante los tres primeros años de maternidad las mujeres en mayor medida abandonan el mercado laboral. Esto supone una brecha no solo económica y salarial, sino también a la hora de reducir esta brecha pasaría en un inicio por una atención escolar de cero a tres.

Una segunda línea tiene que ver con las enfermedades crónicas, con personas mayores que llevan mucho tiempo enfermas y adultos mayores como tales, personas que ya no se valen por sí solas y sin embargo tienen que seguir estando.

Y luego, algo que creo que tenemos que poner sobre la mesa, que tiene que ver con la reducción de las jornadas laborales. Hablabais antes de jornadas de 40, 45 y 50 horas, bueno aquí ya sabéis que está en cuestión y en debate todo lo que tiene que ver con la reducción a cuatro días laborables, y yo creo que es una idea que tenemos que pensar, la reducción del tiempo que estamos trabajando. Y una reducción también, supongo que allí será parecido, donde las mujeres generalmente toman las licencias para cuidar, toman las reducciones de jornada, cómo incorporar a los hombres a cuidar con estas licencias y cómo incitamos esto.

Y otra gran línea que tiene que ver con políticas de corresponsabilidad, tienen que ser de conciliación, conciliación que pasa por medidas que busquen incorporar a los hombres, pasa por incorporar a las empresas y pasa por incorporar a la administración en esto.

Yo creo que la posibilidad de pensar está abierta, creo que aquí se pone de manifiesto dónde hay que poner el foco. Creo que estamos en un momento para pensar cómo paliar la crisis de cuidados. Creo que hay muchas ideas encima de la mesa y que simplemente hay que sacar presupuesto real para poderlo pagar y que la igualdad de género desde luego cuesta dinero, pero la mejora de la calidad de todos y todas también está en juego.

Valentina Perrotta. Este diálogo tenía tres temáticas urgentes y tres temáticas que deben trabajarse en forma imbricada, conjunta, como es la crisis climática, la crisis de cuidados y las exclusiones económicas, el nivel de pobreza de la región en crecimiento. Entonces, se mencionaron estos consensos, estos nuevos pactos con distintas formas de nombrarlos, hablamos de ponernos de acuerdo como sociedad para avanzar en esta solución de estas crisis. La pregunta es ¿cómo los movimientos sociales que están defendiendo estas agendas trabajan conjuntamente? ¿Qué niveles de integración ustedes le ven a estos tres movimientos o colectivos que podrían estar defendiendo a estos colectivos excluidos como son las mujeres, como son los pueblos originarios, las personas afrodescendientes, las personas que están excluidas del mercado laboral o que aún participando, viven en condiciones de pobreza? ¿Quiénes defienden estos intereses? Los intereses de estos colectivos, de estos grupos que sabemos que están padeciendo estas desigualdades vinculadas a estos tres fenómenos

que se dan conjuntamente, que nos convocan hoy en este diálogo. ¿Quiénes son estos grupos? Y mi pregunta última es si trabajan conjuntamente y cómo están vinculados a los partidos políticos. Si estamos pensando en democracias, estamos pensando en que los partidos políticos son actores centrales, cómo se vinculan estos movimientos sociales con los partidos políticos hoy en cada uno de sus países y cómo defienden o no estos nuevos pactos que queremos instalar.

Karina Batthyány. Me parece muy pertinente tu pregunta, Valentina, y muy interesante. Y creo que es uno de los desafíos en los que sin dudas se ha avanzado. Hoy podemos observar una integración mayor de todo lo que es la agenda feminista, la agenda ambiental, etcétera, en la agenda progresista. Por lo menos, a nivel de América Latina, pero quedan varios capítulos pendientes.

Y hay que trabajar en ese marco de lo que se denomina el progresismo o la agenda progresista y junto a los partidos políticos progresistas que tienen los desafíos que hemos planteado aquí en nuestra región y afuera de la región también, sin lugar a duda.

Pero si no es de la mano o de manera articulada con los movimientos sociales podemos observar, podremos repetir más que observar, algunos de los errores que ya hemos visto en el pasado en América Latina, en ese divorcio que ha existido en el momento de ejercer el poder, de ejercer el gobierno entre algunos partidos progresista y los movimientos sociales.

Y, a su vez, hay que trabajar todavía mucho para que estas agendas, que tenemos la convicción que deben estar ubicadas en el centro de las reformas necesarias, se integren y dialoguen entre

sí. No siempre es sencillo esto, pero es el desafío que tenemos por delante.

Paula Moreno. Igual, me parece una pregunta muy relevante y comparto con Karina esta cuestión de que las agendas dialoguen ¿no? Aquí mismo nos encontramos con unas agendas muy articuladas pero muy sectorizadas. El movimiento social de viviendas es un movimiento superpotente, el movimiento feminista llena las calles, el movimiento ecologista también, y el movimiento de las pensionistas, pero, sin embargo, aun teniendo diferencias dialogan entre sí, la que va a una manifestación feminista no va siempre a una manifestación ecologista o no dialoga con las pensionistas. Por lo tanto, articular esas agendas es prioritario. La suerte que en parte tenemos nosotras es que tenemos un gobierno, probablemente el más progresista que hemos tenido nunca en democracia, y eso nos permite por primera vez la posibilidad de tener cierta interlocución más directa con el gobierno. También porque el gobierno, con Unidas Podemos, controla dos Ministerios que para nosotras son muy importantes, como es Ministerio de Igualdad y el Ministerio de Trabajo, y eso por primera vez permite canalizar agendas sectoriales muy concretas, pero desde luego que sin las cuales y sin las medidas que se han puesto en marcha durante la pandemia con el llamado Escudo Social no hubiese sido posible estar donde ahora mismo estamos.

Valentina Perrotta. Muchas gracias Karina y Paula, y a todos y todas que nos están escuchando. Fue un gusto para mí moderar este diálogo, y ojalá podamos seguir tejiendo conjuntamente entre los países a nivel de la academia, de los movimientos sociales.



DIÁLOGO FINAL

¿Qué tienen para decir
las otras experiencias
y procesos constituyentes?

Panelistas:

- Alberto Acosta
- Marga Ferré
- Javiera Toro
- Fernando Atria

Moderador:

- Tomás Cristi

Tomás Cristi. Bienvenidos y bienvenidas. En este panel, que es el último, el diálogo final de esta *Conferencia Internacional Constituyendo Democracias*, la pregunta que nos convoca es ¿qué tienen para decir las otras experiencias y procesos constituyentes? que han existido en la historia en Latinoamérica y también en Europa en el contexto constituyente que estamos llevando en

Chile. La idea es que podamos conversar, está planteado como un conversatorio y para eso tenemos a tres panelistas (hay un cuarto panelista pero lo estamos esperando) y se los presento: Tenemos a Alberto Acosta, que fue presidente de la Asamblea Nacional Constituyente del Ecuador en 2007 y 2008, que fue también ministro de Energía y minas del Ecuador y que además es economista. Tenemos también a Marga Ferré, que es copresidenta de Transform Europe y tenemos a Javiera Toro, que es abogada y también fue presidenta del Partido Comunes, y es directora de Fundación Nodo XXI. Y entiendo que también es vocera del candidato Gabriel Boric, que hoy en día estamos enfrentados a una segunda vuelta en Chile, muy decisiva, y que yo creo que también tiene mucho que ver y va a poder aportar ahí con el proceso constituyente. Va a ser determinante, creo yo, lo que suceda en las elecciones del 19 de noviembre respecto del proceso constituyente que estamos llevando en Chile.

Los invito a seguir esta conversación. Cada presentación tiene 10 minutos. Javiera Toro, te doy todo el escenario, es para ti.

Javiera Toro. Muchas gracias, gracias por la invitación tan relevante para el momento en el que estamos en Chile, tanto el proceso constituyente que se abrió gracias fundamentalmente a la movilización social, a un ciclo largo de movilizaciones que tensionaron al sistema político y obligaron a esta apertura institucional, y te diría que ya empezó a andar nuestro proceso, han estado discutiendo de eso estos días pero también siempre está sujeto a la contingencia política y a distintas presiones y tensiones que existen sobre el proceso. Este no es un proceso que se haya acabado solamente porque, sin dudas, cada paso del proceso constituyente tiene su dificultad y requiere toda la decisión y organización

detrás de eso, y entre otras cosas está la elección presidencial que estamos viviendo en este momento. Hoy en día es muy crucial para Chile por lo que significa y tenemos claramente dos proyectos muy distintos, uno que es el de Gabriel Boric, que es en el que yo participo, donde participa el Frente Amplio, Apruebo Dignidad que tiene un compromiso no solo con proteger el proceso constituyente sino con darle continuidad a ese proceso de cambio, mientras al frente tenemos un opción que no es solo de frenar, sino de hacer retroceder esos cambios. Entonces, creo que estamos viviendo una coyuntura política que tiene hartito de esperanzadora pero por supuesto también hartito de viejo.

Yo quiero entrar a la pregunta específica de este panel, que partía diciendo el párrafo de la convocatoria, qué es lo que se necesita para que el proceso constituyente tenga efectivamente o pueda desarrollar efectivamente su plena capacidad emancipatoria, y en ese sentido me parece valiosa la pregunta porque parte asumiendo que el potencial emancipatorio de proceso constituyente no es algo que está dado sino que se construye, yo creo que en ese proceso estamos, y en ese sentido las posibilidades que ha logrado abrir hasta ahora el pueblo chileno son fundamentales. Yo me siento muy orgullosa también de haber sido parte también de este proceso, tanto en el proceso social como en el político. Pero la tarea, como decía antes, no se encuentra acabada y con esto quiero decir también que el potencial democratizante del proceso constituyente no se circunscribe al trabajo de la Convención Constitucional que es su expresión institucional y es fundamental pero no es lo único, ni tampoco el texto completo específico que salga de ahí, sino que radica en este proceso social que es mucho más amplio, a través del cual se están ejercitando

nuevas relaciones sociales, nuevas formas de deliberación y de cooperación donde antes, y durante años, vivimos donde se estimulaba un desinterés por la política y una subordinación a un régimen que nos había sido impuesto violentamente, incluso, en una dictadura.

Entonces, creo que hay un proceso de desarrollo de una democracia deliberativa que está en ciernes, que todavía es frágil y en gran medida todavía tiene muchos grados de espontaneidad y que el desafío es protegerla y apuntalarla. Profundizar esos aspectos.

¿Qué objetivo creo yo que tiene este proceso? Desde el punto de vista de la emancipación lo fundamental es avanzar hacia un régimen constitucional que reconozca la soberanía popular, pero eso creo que no es un debate abstracto de la teoría constitucional sino que requiere una mirada estratégica de los sectores subalternos para articular un programa de transformación, y creo que eso es un poco el debate que se está dando hoy. Aquí, hoy en día, respecto a las otras experiencias constituyentes hay personas que pueden contarnos muchísimo más, como Alberto, sin duda, así que yo quiero concentrarme en algunos desafíos que veo desde nuestra realidad actual. Y en particular en dos riesgos que creo que amenazan hoy en día el despliegue de ese potencial emancipatorio, por supuesto hay muchísimos riesgos, amenazas y ataques. Creo que estamos enfrentando, de hecho, una fuerte reacción oligárquica, pero me quiero enfocar en este momento en dos caminos que creo que deberían evitar las fuerzas transformadoras, que son cuestiones que han estado o están explícita o implícitamente en el debate, que son tanto la idea de una Constitución mínima y la tentación, por otro lado no reconocida quizás, de mantener un poder político concentrado. Yo creo que esos son dos riesgos que

tenemos que evitar desde el punto de vista de la transformación. Por un lado, la idea de una Constitución mínima, que es heredera de una concepción formalista y procedimental de la democracia, que concentra el tema principal de la discusión constitucional de la separación de poderes, en un balance más equilibrado entre los poderes estatales y, también, la constitucionalización de menos derecho que se defiende en nombre de la degradación política, de la degradación democrática, de dejar al debate democrático ese tipo de decisiones. Creo que Chile, si bien enfrenta ciertas dificultades, ha tenido también cierto arrastre, como una reacción ante lo que tenemos hoy, que es una institucionalidad protegida de la ciudadanía, llena de trampas para evitar el desarrollo del poder soberano. Entonces, eso ha estado durante años en nuestra discusión pero la posición de este tipo de resolución de debate constitucional, además de que creo que es inviable socialmente hoy en día, frente a las expectativas sociales que tenemos en el proceso constituyente, también creo que es indeseable porque no se hace cargo de las condiciones que son necesarias para permitir la deliberación democrática en sociedades tan desiguales como la nuestra. Y en nombre de la deliberación, de dejar este espacio para la democracia, se puede terminar haciendo imposible que el Estado tome partido activamente por la construcción de condiciones para que exista esa deliberación democrática, esa conversación entre iguales como dice Gargarella. Y para eso hay cuestiones que creo que es fundamental que estén en el debate, que no voy tratar ahora para que no se vaya tanto el tiempo, pero creo que el tema de derechos sociales universales, reconocer también espacios de democratización no solo formales sino que incluyan mecanismos de participación ciudadana disidente, incorporen iniciativa pública sobre la economía son cuestiones

cruciales que hoy en día están cruzando nuestro debate constituyente y que son condiciones necesarias para tener una deliberación democrática.

Y, por otro lado, quiero ir hacia el otro riesgo que indicaba que creo que no es explícito en el debate pero que sí es, sin duda, un riesgo importante, que es la tentación de mantener un poder político concentrado que viene también de una tradición que es bien latinoamericana, de combatir a las oligarquías concentrando poder en un Estado que hace reformas, que efectivamente ha logrado avances en nombre del pueblo, pero sin una democratización real. Además, lo ha hecho sin alterar tan significativamente el modelo de desarrollo. Y en, Chile si bien no tenemos de manera tan marcada una variante populista como la que ha estado presente en varios países latinoamericanos, sí tenemos una tradición bien estatista de la izquierda tradicional que tiene su historia, y que hoy en día también se expresan nuevas formas de desconfianza con la desconcentración del poder y las nuevas formas de asociatividad autónoma que están surgiendo y que son también muy críticas de los partidos y que yo creo que en vez de negarse, porque creo que además han estado en la base de la posibilidad de apertura de este proceso, deberían abrirse y recogerse en el proceso constituyente. Y si bien en Chile no veo que esta tentación de concentrar el poder pueda devenir en un riesgo de nuevos autoritarismos, sí creo que puede terminar reproduciendo el desarrollo de nuevas élites al amparo del Estado y que eso termine ahondando más la desconfianza ciudadana respecto de lo público, respecto de la política. Entonces me parece que el tema de la desconcentración del poder es fundamental para encarar también, a pesar de las urgencias sociales y la importancia

que atrás estamos nosotros, en el reconocimiento de los derechos sociales que es fundamental, eso no puede venir si es que no es de la mano de una desconcentración también del poder político.

Creo que para esto no hay una receta ideal, ni hay un modelo al que una pueda llegar y tomar. Creo que se trata de un desafío que recién lo estamos abordando, y, en ese sentido, miro nuestro proceso constituyente a pesar de las dificultades que ha tenido con hartó optimismo. En la Convención hoy en día tenemos una pluralidad de representantes que, quizás, expresan la heterogeneidad social más amplia que ha tenido un poder institucional en Chile nunca, donde hay apuestas muy diversas de democratización del poder. Están desde los feminismos hasta los pueblos originarios, las demandas por la plurinacionalidad, las demandas por la ampliación y participación ciudadana, las demandas regionalistas, creo que nos están dando esas apuestas que tienen de democratización del poder, y creo que eso nos da para estar optimistas. Y en ese sentido creo que lo fundamental es la perspectiva de cambio y la ampliación del carácter social del Estado que estas fuerzas democratizantes puedan dar y luchar para que quepan en este estado de intereses que hasta ahora han estado excluidos y eso se expresa en un Estado que tenga iniciativa económica y social no solo como oposición al mercado, y esto me parece bien importante para terminar, sino también como un instrumento para la determinación ciudadana sobre, en resumen, la manera en que vivimos la vida en común, que el Estado termine siendo una herramienta para una democracia deliberativa y no solo una oposición al mercado. Y eso creo que está hoy en día en juego, al menos en una posibilidad abierta en nuestro proceso constituyente con una Constitución que pueda responder

al neoliberalismo, a la versión más extrema y profunda del neoliberalismo que tenemos en Chile, justamente, con aquello que el neoliberalismo más teme, que es más democracia, mayor participación, deliberación, igualdad, cooperación, una democracia sustantiva y no solo formal. Creo que tenemos la oportunidad de seguir empujando en este proceso. Gracias.

Tomás Cristi. Llegó Fernando Atria, que es abogado constitucionalista y actualmente es constituyente en nuestra Convención Constitucional. Un personaje muy importante, yo creo, en la discusión sobre las transformaciones que queremos realizar a través de este proceso constituyente que planteó y denunció desde hace mucho tiempo las trampas que tenía nuestra Constitución, la de Pinochet, y se nos suma al panel de hoy.

Este es un conversatorio, entonces, cada uno tiene diez minutos para presentar. Vamos a continuar con Alberto Acosta, aquí nos tienes para contar sobre la experiencia en Ecuador, sobre los desafíos participativos que implicó, sobre el desafío que implica llevar un proceso constituyente con relación al poder que está activo en el momento, por ejemplo, el gobierno. En los desafíos que implica en un proceso que muchas veces trae conflictos políticos, bueno, tú puedes contarnos un poco más. Te doy todo el escenario.

Alberto Acosta. Muy buenas tardes. Empiezo agradeciéndoles por la invitación, por la oportunidad que me brindan de poder compartir aquí algunas ideas, algunas reflexiones y sobre todo experiencias. Efectivamente, para eso nos han invitado y nos preguntan qué tienen que decir otras experiencias constituyentes y yo diría que mucho. Otras experiencias constituyentes ofrecen

lecciones valiosas para conocer cómo fueron esos otros procesos. Incluso para conocer cuáles son esos textos constitucionales y por supuesto los debates que se dieron, y algo fundamental cómo se avanzó o no para profundizar, cristalizar las constituciones. Este es el punto de partida. Sin embargo, reconociendo que en América Latina tenemos una amplia experiencia en procesos constituyentes y nuevas Constituciones, y en procesos constitucionales voy a hacer una diferenciación de los dos, tenemos que anotar que cada proceso es único. No se puede copiar absolutamente nada, se puede aprender y hay que aprender. Es valioso seguir las lecciones de esas experiencias. En Chile no tienen una mayor experiencia en procesos constituyentes, luego de una inicial muy conflictiva en su historia hasta que se conformó lo que se podría llamar la República oligárquica en Chile con la Constitución en 1834, tuvieron un largo periodo hasta 1925 cuando se introdujeron cambios sociales notables que luego fueron de alguna manera interrumpidos por la dictadura de Pinochet que cristalizó la Constitución que ahora se quiere superar, la de 1980. Para otros países, los procesos constitucionales y constituyentes han estado casi a la orden del día en la vida política nacional. Piensen ustedes en el caso de Colombia, 10 Constituciones; en el caso de Perú, 12 Constituciones; Bolivia con 19 y Ecuador lleva la delantera entre los países andinos con 19 Constituciones desde 1830. Esto nos permite entonces, a nosotros, hablar con cierta experiencia de lo que representan estos procesos. Y me parece que es fundamental preguntarnos por qué últimamente se ha despertado tanto entusiasmo por los cambios de la Constitución. Efectivamente por una razón visible, porque los pueblos no están más para ser simplemente espectadores en los cuales las élites deciden los cambios que hay que hacer. Y en el caso chileno,

el proceso constituyente en realidad empezó mucho antes que cuando se inauguró la Convención Constitucional, ni siquiera diría que el punto de partida es el 18 de octubre del año 2019 sino cuando hubo la movilización, la revolución de los pingüinos, la movilización de los feminismos, la movilización de trabajadores y trabajadoras reclamando sus derechos, las resistencias en los territorios donde se amplió el extractivismo condenando esos territorios al sacrificio, todo lo que ha representado la resistencia y la lucha para superar las AFP, en fin, todo eso iba en clave a un proceso desconstituyente y me parece que es fundamental, y entonces aquí estamos en un escenario y esta es la característica de todo proceso constituyente o constitucional en el cual se disputa el poder. Por un lado las élites quieren tolerar ciertos cambios pero que no les afecte en su esencia de control del poder, y el sector popular quiere asegurar una mayor participación o una transformación radical. En ese contexto nosotros tenemos que hacer esta diferenciación. Un poder constituido no puede ponerle trabas a una Asamblea que quiera ser constituyente, por eso en Chile yo no diría que estamos frente a una Asamblea Constituyente sino a una Asamblea Constitucional. Una Asamblea Constituyente es la que asume los plenos poderes y el poder constituido se subordina totalmente al poder constituyente, eso no sucedió en Chile por varias razones. Ustedes conocen muy bien esa historia mucho mejor que yo. Ese pacto social, ese pacto por la paz social del cambio de Constitución del 15 de noviembre del año 2019, luego la Ley 21200. Sin embargo, y aquí es muy importante rescatar la importancia de ver esto como un proceso en construcción, como decía Javier. En ese escenario, con todas esas limitaciones, se avanzó en Chile en lo que tiene que ver con algunas disputas fundamentales. La paridad entre

hombres y mujeres, los escaños reservados para los pueblos indígenas y otras cuestiones, pero lo grave y preocupante es que todo este proceso está subordinado a una serie de normativas establecidas por el poder constituido que además ha llenado el escenario de elecciones. Y esperemos, de corazón les digo, que tengamos como nuevo presidente a Boric y que él se sintonice no tanto con la vieja institucionalidad política que todavía tiene mucha fuerza y mucha presencia en Chile, sino con lo que representa la Convención Constitucional, que debería abrir la puerta para una gran transformación en la medida que se aseguren una creciente intervención de los sectores populares y de amplio segmentos de la población. En este escenario, teniendo en consideración todas esas limitaciones, creo que es importantísimo anotar qué significa una Constitución, para qué es importante una Constitución, porque nos entusiasmos, podemos tener momentos de enorme satisfacción porque avanzamos a un proceso constituyente y la Constitución puede encantarnos, pero si no tenemos claridad de para qué sirve una Constitución a la vuelta de la esquina podemos desencantarnos. Una Constitución es una herramienta para el poder para los que controlan el poder fáctico, sean los grupos económicos, nacionales o transnacionales, sean las fuerzas armadas, sean los grupos mediáticos, sean los partidos políticos tradicionales, sea la derecha o la derecha extrema, estoy pensando en el caso chileno, la Constitución es simplemente un mecanismo para garantizar el statu quo entregando ciertos derechos para tranquilizar a la sociedad. Pero una Constitución pensada como un proyecto de vida en común es una herramienta de cambio transformador. Y la existencia sola de la Constitución no garantiza los cambios. Es indispensable que la sociedad se empodere de esa Constitución, se apropie de su Constitución, que la entienda

como una herramienta o, más que una herramienta, una caja de herramientas en donde están los derechos y las obligaciones, en donde se prefiguran las nuevas instituciones y se abre la puerta también para una activa participación de la ciudadanía. Y en ese contexto me parece que es muy importante definitivamente tener claridad de que el proceso constituyente no empieza y termina cuando se inicia y concluye la Asamblea Convencional, la Convención Constitucional. Esto, como ya dije, empezó en Chile hace mucho tiempo atrás, yo diría que se comenzó a luchar incluso contra la dictadura cuando se enfrentó a Pinochet y posteriormente tenemos el estallido de octubre del año 2019 y tiene que continuar después. Es muy importante el después, el durante y el después, porque muchas veces, como lo hemos vivido en el caso concreto de Ecuador, podemos haber tenido un proceso maravilloso como fue el del año 2007-2008 con una amplísima participación ciudadana, un poder constituyente al cual se subordinó el poder constituido pero luego el poder constituido que surgió de ese poder constituyente terminaría de poner una serie de cortapisas a la naciente Constitución.

Esto hay que decirlo con claridad, lamentablemente quien era el presidente de la época y apoyó el proceso constituyente que surgió de demandas populares de antes y de atrás, Rafael Correa, se transformaría en el principal violador de la Constitución de Montecristi del año 2008 y este es un asunto que nosotros no podemos dejarlo de lado. Es fundamental que en Chile se comprenda la necesidad de apostar por esa Convención Constitucional, con todos los límites que tienen, presentando la posibilidad de que ese espacio abra la puerta para nuevos procesos de lucha y que la nueva Constitución, que a lo mejor no satisface las

expectativas de todos los sectores, es una opción esperanzadora que tiene que ser llenada con movilizaciones, acciones concretas y en ese escenario nosotros decimos que hay que buscar esas experiencias de otras naciones, de otros procesos y siempre procurando llenar todo esto siempre, siempre con más democracia, nunca con menos. Muchas gracias.

Tomás Cristi. Me gustaría ahora que continuáramos con Fernando Atria, que nos puedas contar un poco cómo va el proceso constituyente, también los desafíos que implica para la participación en Chile. Si quieres también, porque después va a haber un espacio para el diálogo, comentar lo que nos planteaban Alberto y Javiera. El escenario es todo tuyo, Fernando.

Fernando Atria. Muchas gracias, Tomás, muchas gracias por la invitación a conversar, es un gusto estar con estos y estas copanelistas hablando del proceso constituyente chileno y otras experiencias, que yo creo que son extraordinariamente importantes, y en ese sentido estoy de acuerdo con Alberto. No para atender con la expectativa de replicar, sino porque una comprensión de procesos análogos permite una mejor comprensión del proceso propio, evidentemente. Yo creo que lo que ocurrió en Chile, y en esto tiene razón Alberto, no es una cuestión del 18 de octubre. Creo que en Chile hubo un proceso de decreciente deslegitimación de una forma política, que es la forma política fijada por la Constitución de 1980. Y creo que ese es un proceso que fue largo, que, por lo menos, comienza en 2006, solamente para darles una idea de por qué creo yo que es un buen momento para decir ahí comienza, porque siempre estos procesos nunca comienzan discretamente en un momento, evidentemente, pero hay algo especial en 2006, y es que fue el primer gobierno que asumió después

de la reforma constitucional de 2005 que se suponía que había solucionado el problema constitucional chilena, la reforma dictada al final del Gobierno de Ricardo Lagos y, además, en 2006 fue la primera irrupción de un movimiento social que es el de los estudiantes secundarios, que tuvo la fuerza suficiente para cambiar la agenda política del gobierno y de la política formal, por así decirlo. No fue el primer movimiento social que se manifestó, por supuesto. Pero fue el primero que tuvo esa fuerza. Yo creo que desde 2006 en adelante hay un proceso, hay una demanda social de transformación que va adquiriendo mayor fuerza dirigida a una institucionalidad estructuralmente incapaz de conducirla y realizarla, y eso implica una progresiva deslegitimación de esa institucionalidad.

Y este proceso que yo creo que era un proceso enteramente apreciable mucho antes de 2018, era bastante claro que estaba en curso. Llega un punto crítico en 2018 cuando ocurre lo que llamaría el desplome de la forma política vigente hasta entonces, o sea, nada más ni nada menos ocurrió ese día. Y que se haya desplomado esa forma política y que en ese sentido haya caducado la Constitución, significa que después del 18 de octubre Chile no tiene una forma política validada y, por así decirlo, la política chilena en su dimensión institucional ocurre más bien por inercia, y como ocurre por inercia entonces es una política en que la Constitución deja de ser un criterio relevante que fija la acción de los agente políticos. Entonces, hemos visto proyectos que son defendidos por quienes reconocen su propia inconstitucionalidad. Hemos visto al presidente de la república protestando por que se transmiten proyectos pero no atreviéndose a llevarlos al Tribunal Constitucional. Hemos visto al Tribunal Constitucional decir que sí o no a los proyectos según la conveniencia, hemos visto que

algunos críticos decir, y esto lo dicen con tono crítico pero si uno le quita el tono evaluativo queda igual, que lo que tenemos desde el 18 de octubre es una suerte de parlamentarismo de facto. Todo esto, creo yo, apunta a lo mismo. Chile no tiene una forma política legitimada, porque la forma política que tenía colapsó el 18 de octubre. Y esa forma política, digamos, la determinación de una forma política es la Constitución. Por eso fue tan fácil, tan obvio, tan simple, tan rápido que lo que ocurrió el 18 de octubre y los días posteriores asumiera poco después, no había pasado un mes de esto, antes del 15 de noviembre asumía la dimensión constituyente. No, porque el punto fue [...], creo yo. Y el proceso que comenzó formalmente, porque por lo que venimos hablando venía de antes, pero que comenzó formalmente con el acuerdo del 15 de noviembre, que era un proceso que tenía o implicaba un plebiscito constitucional, que hasta entonces había sido imposible. Y el proceso que comenzó formalmente, porque como he mencionado venía de antes, pero que comenzó formalmente con el acuerdo del 15 de noviembre, que era un proceso que tenía, que implicaba un plebiscito constitucional, que había sido hasta entonces imposible y contenía también la posibilidad de que se discutiera una nueva Constitución sin referencia a la antigua, lo cual quería decir que la antigua ya estaba superada, es decir, la antigua no era el punto base de referencia desde el cual se iba a discutir la nueva. La nueva iba a ser una Constitución enteramente nueva. Eso es lo que en su momento se llamó la hoja en blanco, la idea era que la nueva Constitución se iba a escribir como una hoja en blanco y no como correcciones, como a una hoja donde ya constara el texto de la Constitución antigua. Es bien digno de ser notado lo fácil, entre comillas, que fue, lo rápido que ocurrió después del 18 de octubre esto que fue la superación de la Constitución de

1980 y la posibilidad de una manifestación directa del pueblo sobre el tema constitucional que había sido imposible por 30 años, menos de un mes después del 18 de octubre, y eso yo creo que lo refleja la fuerza que irrumpió el 18 de octubre, que es lo que los libros llaman “poder constituyente”, irrumpió el poder constituyente el pueblo derogando, desahuciando la Constitución vigente. En un momento inicial, que yo llamaría de pura negatividad, en el que esa fuerza se manifiesta diciendo no, no a esta forma política y de hecho la mayoría de las demandas eran negativas: no más AFP, no más neoliberalismo, no a la Constitución del 80, no a la política de los políticos, no más abuso, etc. Porque es un momento de negatividad.

Y el proceso constituyente que comienza con el plebiscito del año siguiente, 2020, y la elección de los miembros de la Convención Constitucional en 2021, en mayo de este año, es un intento de darle una ruta, una vía para transformar esa negatividad en positividad, ya que hemos dicho no a la forma política que existía hasta el 18 de octubre, bueno, por cuáles son las características de las formas políticas a las que decimos sí.

Tengo hartos comentarios, tengo comentarios suscitados por lo que decía Alberto respecto de que el proceso chileno no es un proceso constituyente porque está sometido a decisiones tomadas por poderes constituidos, pero sí lo fue el proceso ecuatoriano a pesar de que el poder constituyente ecuatoriano quedó expost, según su descripción, esto no es mío, sometido a los poderes constituidos posteriores. Ahí hay algo extraordinariamente interesante, pero me voy a guardar el comentario para el diálogo posterior, quería simplemente mencionarlo aquí.

De lo que se trata el proceso constituyente, ahora, es el paso, el tránsito de la negatividad a la positividad y, en mi opinión, la cuestión principal de una Constitución es que configura una determinada forma política, como ya se mencionó. Configurar una determinada forma política corresponde a lo que a veces los juristas llaman la parte orgánica de una Constitución, que fija las instituciones del Estado pero también configuran la forma política, el catálogo de derechos. No quiero hacer esa distinción ahora. Quiero decir, la Constitución no es solamente una norma porque aquí hay una cuestión extraordinariamente importante, muy importante a mi juicio desde el punto de vista de la distinción entre lo constituyente y lo constituido como podremos discutir después.

De la Convención de cualquier Asamblea Constituyente o Convención Constitucional lo que surge es un texto, son palabras escritas sobre el papel. Si las palabras escritas sobre el papel no son una Constitución, entonces el poder constituyente no es el poder de escribir palabras sobre el papel. El poder constituyente es poder de definir, tomar las decisiones fundamentales respecto de la configuración, respecto de una determinada forma política. Por cierto, la expectativa es que esas palabras que se escriben en el papel contendrán y se realizarán como decisiones fundamentales de una forma política, por supuesto, esa es la expectativa. Pero lo que hace constituyente al poder constituyente no es la capacidad de escribir un texto, es la capacidad de escribir un texto que contiene decisiones porque esas son las importantes, decisiones respecto de las características fundamentales de una forma política. Entonces, en algún sentido el poder constituyente solo se puede identificar retrospectivamente, en definitiva porque solo retrospectivamente podremos saber si fue poder

constituyente. Y yo creo que esto es bien importante, porque de lo que se trata es de la forma política que tenga el poder, que sea capaz de producir la legitimación que perdió totalmente la forma política anterior. Y entonces es bien importante también identificar dónde está la causa de ese proceso de deslegitimación. Y en mi opinión –y aquí hay distintas versiones, distintas explicaciones, desde luego, y cada explicación distinta implica un diagnóstico distinto de qué manera se debe solucionar la nueva Constitución, por cierto– lo que produjo la deslegitimación que llevó al hundimiento a la forma política, a la Constitución del 80, fue que esa era una forma política diseñada para impedir que a través de las instituciones políticas formales el pueblo pudiera tomar decisiones genuinas sobre su modo de vida en común y pudiera entonces tomar decisiones transformadoras del modelo neoliberal. Y en ese sentido la Constitución anterior protegía al modelo neoliberal, por la vía de crear una política incapacitada de tomar decisiones transformadoras. Y por eso, cuando en Chile empezó a surgir una demanda transformadora y empezó a crecer desde el 2006 en adelante, entonces se empezó a producir esta deslegitimación, creo yo.

Y entonces, eso nos da una pista para lo que debe, en mi opinión, producir la nueva Constitución. La nueva Constitución debe crear una forma política que sea vista como capaz de conducir y realizar esas demandas que surgen de la sociedad. Y lo digo así porque yo creo que, como producto de la deslegitimación, se llegó a la posibilidad de apertura de este proceso constituyente en Chile. Esa deslegitimación, a veces, se dirige contra el poder institucional por ser institucional y a la demanda de legitimación se la interpreta como una demanda de transferir poder de las

instituciones a la sociedad, al pueblo, en términos de forma de democracia directa o participativa, etcétera.

Yo no tengo ninguna duda de que eso es parte de la nueva Constitución que Chile necesita. Pero creo que de lo que se trata es no solo de crear formas adicionales a las formas representativas de participación y decisión popular, que eso me parece bien, y habrá que discutir cuáles son esas formas y sus condiciones de ejercicio, por cierto, sino que además la nueva Constitución debe también, permítanmelo decir así: reclamar para el pueblo el poder institucional mismo.

No es que debamos aceptar que el poder institucional es poder elitista y que entonces para eso debemos reducir el rango del poder institucional y crear un poder no institucional al lado, no, yo creo que es fundamental que la nueva Constitución reclame para el pueblo el poder institucional. Entonces la pregunta será cómo se puede configurar un poder institucional que sea capaz de ser visto, sin autoengaño por cierto, como una herramienta para que el pueblo pueda decidir sobre su forma de vida.

Ojo, con esto no estoy negando que la importancia de eso se logra, entre todas cosas, a través de mecanismos participativos, por cierto. Pero sí, es mi impresión, y no estoy haciendo ninguna referencia aquí porque no sé qué se estaba discutiendo antes, es que muchas veces la cuestión de la democracia, de los mecanismos de participación directa son vistos como si fueran la solución al problema de qué hacer con ese problema institucional porque ese poder constitucional representativo va a ser siempre un poder elitista ajeno. Y, ahí, yo esperararía que la nueva Constitución lograna no solo formas de involucramiento y participación ciudadana

directa sino también que lograra recuperar para el pueblo el poder institucional mismo. Eso creo que no tenemos por qué concederle. Y es lo que estamos haciendo, así creo yo, es el esfuerzo de la nueva Constitución de la Convención en Chile.

Tomás Cristi. Marga Ferré es copresidenta de Transform Europe, un espacio de pensamiento progresista en Europa, espero que nos puedas contar un poco de los desafíos constituyentes en Europa, en España. Tienes todo el escenario, tus diez minutos.

Marga Ferré. Más que desafíos constituyentes actuales, que no hay en España y Europa, si desde las grandes palabras que Fernando hablaba y que yo voy a recoger, y yo creo que en Chile no sé si sois totalmente conscientes de lo importante que es el proceso chileno, más allá de las fronteras del país y más allá de Latinoamérica.

Yo soy Marga Ferré, copresido Transform Europe,¹ que es una red de fundaciones y centros de pensamientos progresistas europeos, hay 38 organizaciones de 23 países europeos y nos da por pensar entre todos un poco, precisamente, los grandes desafíos que tenemos en el siglo XXI, entre los cuales están las grandes palabras que tienen que ver con los enormes cambios que estamos viendo, y entre los cuales Chile está ofreciendo al pensamiento progresista una nueva forma de encarar, ni más ni menos, la forma que se representa lo político, la arquitectura institucional en el siglo XXI. Decía Eric Hobsbawm que el siglo XX era un siglo corto, algunos empezamos a defender que el siglo XXI empieza con la COVID-19 y el proceso chileno se inserta en un momento de enormes cambios en el mundo.

1 Ver <https://www.transform-network.net/es/>

Pensando en la charla que dan hoy, viniendo de un país como España que ha tenido tan pocos procesos constituyentes y una dictadura de 40 años, que por cierto se inició con el cuadro que tiene Alberto detrás, el *Guernica*, que representa la Guerra Civil Española que terminó con la Constitución de la segunda república, la más hermosa que jamás escribió mi país y que duró muy poco tiempo, desafortunadamente. Pero que tiene que ver con la idea de constituir poderes diferentes, es decir, un proceso constituyente en su hermosísimo idioma tiene la connotación de fundar, de crear algo nuevo, constituir es formar, es hacer algo nuevo o hacerse cargo de algo nuevo, de algo distinto. Hay una definición en la RAE que habla de constituir como asumir la obligación de cuidar también, y me parece una palabra muy hermosa para aplicar a un proceso constituyente, cuidarlo también. Y tiene que ver con cómo cambiamos, modelamos, dislocamos, quitamos los marcos que la teoría liberal y neoliberal ha impuesto, por lo menos, en el mundo occidental en el que a nosotros nos han marcado como lo que tiene que ser una democracia, porque además han definido exactamente cuáles son sus cortísimos límites, ¿no? Yo quisiera hablar un poco de esto.

Todos los procesos constituyentes, como sabéis, en Europa y por supuesto en América Latina son hijos de una crisis. Fernando lo ha narrado perfectamente, es decir, hay un proceso destituyente previo, bien porque el régimen se acaba por corrupto, por una crisis económica, o bien por una crisis política que da lugar a una revolución. En el caso de Europa, la Revolución Francesa que es la que da paso a la historia moderna en torno, precisamente, a la contra de la tiranía de volver la palabra al pueblo. Y quiero hablar de la Revolución Francesa, porque hoy que empieza el siglo XXI,

200 años después retomar nuevamente la idea de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad empieza a ser nuevamente revolucionario y parece triste tener que decirlo 200 años después pero volver a liberar a la libertad del concepto estrechísimo que los neoliberales han impuesto como el concepto libertad, o incluso el propio concepto de democracia liberal, que es lo que el mundo occidental entiende por lo que tiene que ser un régimen democrático. Es decir, esa crisis en forma de representación política que da lugar a un proceso destituyente que puede dar lugar a un proceso constituyente o a una nueva Constitución porque no todas las Constituciones, lo sabemos muy bien en Europa, son hijas de un proceso constituyente. En mi país la Constitución la escribieron siete personas y muy de prisa, había que cambiar un régimen de una dictadura militar a una democracia en muy poco tiempo y no hubo proceso constituyente, aunque hubiera cortes constituyentes. No fue como el caso totalmente contrario que fue el de Portugal, celebraremos dentro de poco 50 años de la Revolución de los Claveles que dio lugar a una de las Constituciones más hermosas que tenemos vigente hoy en Europa.

¿Qué es lo que quiero decir con esto? Quiero decir que, si durante todo el siglo XIX, los procesos de descolonización tan bien conocidos en América Latina dieron lugar, tuvieron como base, unas propuestas constitucionales que en cierta medida también se parecían, que tienen en parte el origen la Constitución española de 1812, que nunca se implementó, es decir que de una grandísima inspiración liberal, de romper la idea de la monarquía, de volver el poder al pueblo en torno a un concepto que al día de hoy se sigue manteniendo que es la idea de la democracia liberal, es decir la separación de los tres poderes con un Estado que puede poner

más o menos límites a un mercado o un libre mercado constituido, a Parlamentos que se eligen cada cuatro años con una representación política que son los partidos políticos que hoy están en cuestión, entre otras cosas por el proceso chileno, es decir que se cuestiona no solo la arquitectura política sino la herramienta política que lo hace posible. Y es la pregunta que se hace la izquierda europea y medio mundo, ayer hablaba con gente de Morena en México y también están haciéndose la misma pregunta. Tiene que ver si tenemos también que empezar desde la izquierda o de los sectores progresistas a pensar y repensar la forma del partido político, es decir para el siglo XXI. Porque en muchos casos, por lo menos hablo de Europa, vivimos como [...] de partidos políticos que copian literalmente desde hace 100 años el mismo esquema de funcionamiento, que por cierto es muy vertical, muy masculino y antiguo. No digo que no funcione, lo que digo es que estamos en pleno siglo XXI y tenemos herramientas distintas para que la forma en la que las personas entran en política, o participan en política, sean también distintas, y yo creo que eso es algo que estáis experimentando en el proceso chileno como un caso único en el mundo. Lo digo así hoy: No hay otro lugar en el mundo donde se esté pensando esto y ejecutándolo a la vez en una praxis diaria como lo estáis haciendo vosotros. Es decir, no digo nada nuevo cuando digo que cuando enfrentamos al siglo XXI lo hacemos con unos enormes riesgos y, sobre todo, con unos desafíos muy distintos a los del siglo XX y algunos de ellos seguramente son alertas tempranas que tienen que hacernos pensar.

Decimos que todos estamos de acuerdo que el siglo XXI va a ser el siglo de las mujeres, lo está siendo ya, por lo tanto la feminización de esos procesos y el lenguaje, las formas, los modos, las

miradas desde el feminismo y desde lo femenino tienen que estar presentes para que sean útiles, válidos y representativos de esos nuevos procesos.

El siglo XXI va a ser el siglo donde vamos a tener que frenar el cambio climático y no se puede obviar de cualquier proceso de construcción colectiva. Yo sé que puede parecer un poco marciano cuando estamos hablando de una arquitectura política, esto es real, esto está pasando ya, esto va a cambiar la forma en la que producimos y consumimos sí o sí de una manera mejor o peor pero lo va a cambiar y vamos a tener que enfrentarlo. Desde muchos [...] defendemos Estados más fuertes que puedan realmente proponer y diseñar políticas regionales de producción y de consumo radicalmente distintas a las que estamos viviendo ahora. Estos cambios se van a producir además muy rápido, van a ser en la próxima década. Y luego otro reto, que es el de la digitalización. No digo nada nuevo, hay informes que dicen que de aquí a diez años el 50% de los trabajos que conocemos van a desaparecer o cambiar sustancialmente por el uso de tecnologías que, además, no controlamos ni en España, ni en Chile, es decir, ni somos los propietarios de esos medios de producción, ni hoy podemos tener acceso a esa tecnología. Es decir, son retos muy grandes.

Todos estos nuevos retos se combinan con una forma política que, insisto, en el imaginario colectivo de mucha gente se basa en imágenes estrechas de entender la democracia de una forma como la entendían los liberales en el siglo XIX, es decir en Europa a partir de la Segunda Guerra Mundial sumándole el Estado de bienestar, es decir un Estado protector con sanidad, educación pública y unas pensiones garantizadas con unas elecciones democráticas libres, pero sin tener demasiada mano en la

economía ya que para eso está el libre mercado. Y esto es un error y hay que cambiarlo, entre otras cosas porque en los desafíos de este mundo que viene y en Europa lo estamos viviendo muy bien, voy a poner un contrapunto en el optimismo que estoy diciendo, y es que yo vengo de un continente en Europa donde la extrema derecha está en parte liderando el proceso destituyente, no sé si me estoy explicando. Es decir, la destitución del sistema de democracia liberal viene por la extrema derecha y eso es terrible. Por eso pongo en valor lo que ha dicho Javiera y lo que ha dicho Fernando, es decir, cómo el proyecto constituyente o es popular, o esa destitución negativa de la que hablaba Fernando se llena de contenido, o puede acabar como las primaveras árabes sin ningún resultado o, en el peor de los casos, esa negatividad, esas plazas llenas diciendo “NO” a regímenes corruptos como en Egipto, o como un día pueden acabar como Egipto ahora con absolutamente ningún cambio político a pesar de la demanda popular ¿no?

Voy terminando con dos elementos que me parecen preocupantes. Uno de ellos tiene que ver con ese proceso destituyente o intento destituyente por parte de la extrema derecha, lo vivís en Brasil con Bolsonaro, en la India, se vive en Filipinas, por supuesto con Donald Trump, en Europa tenemos a Hungría y a Polonia como casos destacadísimos que intentan destituir la democracia y la libertad en nombre de la libertad, que es tremendo. La tergiversación de la palabra libertad empieza a ser ofensiva. Hace una semana en las calles de la bellísima ciudad de Viena, en Austria, 40 mil personas salieron al grito de “Quiero ser libre. No a la dictadura. No me quiero vacunar”, liderados por la extrema derecha austríaca, que es muy fuerte por cierto. Es decir, esa apropiación de la palabra libertad solamente como el deseo individual de que

el Estado no interfiera en mi vida, y volvemos otra vez a Milton Friedman, volvemos otra vez a esos viejos tiempos en los que la escuela de Austria, los Chicago Boys definieron libertad en los estrechísimos márgenes de elegir entre cuatro marcas distintas en el supermercado. En fin, lo que quiero poner en valor es que el proceso constituyente chileno es la contra narrativa a esto que está pasando y por eso hablar de palabras tan hermosas como la palabra Constitución, lo ha hablado Fernando, de libertad, derechos, cómo los constituimos de una manera popular y directa son debates que se inician hoy en Chile pero van a ser centrales a lo largo de todo el siglo XXI. Esa disputa de las palabras, volver a apropiarnos de la palabra libertad. Decía una filósofa española, Ana Carrasco Conde, “hay que liberar a la palabra libertad de su apropiación”, o como decía Javiera al principio, y como lo ha dicho me ha gustado, “un proceso que democratice la democracia”. No nos conformemos con la democracia como nos han dicho sobre cómo hay que democratizarla y que para que ese pueblo actúe tiene que ser necesariamente un proceso participativo, un proceso diferente.

Termino solo con una paradoja que vamos a vivir la semana que viene y me parece que es muy relevante para el debate de hoy. El presidente de los Estados Unidos, Joe Biden, el 9 y 10 de diciembre va a convocar una Cumbre Mundial de la Democracia, ha convocado a 110 países excluyendo a otros 100 en un criterio que a mí me gustaría saber, si hay alguno más allá del que yo intuyo que hay, que todos intuimos que hay detrás de esa cumbre. La tergiversación de la palabra democracia que puede incluir gobiernos como el polaco, que es absolutamente autoritario, o puede denigrar al poder de Venezuela porque va a invitar a Juan Guaidó.

Pero el mundo va a mirar esa Cumbre de la Democracia que va a definir o intentará definir que democracia es lo que dice el presidente de los Estados Unidos y me parece que procesos desde abajo, populares, participativos, difíciles porque debatir y conversar es mucho más difícil que imponer, como el que se está viviendo en Chile son un ejemplo para estudiar, un ejemplo a seguir. Y ese es el motivo por el cual estoy encantada de estar con ustedes, y vamos a traducir parte de estas sesiones al inglés, para poder también en Europa aprender en torno a un ejemplo que queremos seguir muy claramente, como es el ejemplo constitucional chileno. Y lo último que quiero decir es muchísima suerte a Boric, todo el apoyo de mucha gente de Europa que está mirando con muchísima atención lo que está pasando en Chile. Muchas gracias.

Tomás Cristi. Tremendo aporte tu exposición, sobre todo pensando en el mundo global en el que estamos y los vínculos estratégicos que podríamos de repente generar en pos de un crecimiento en conjunto para las fuerzas transformadoras. Y bueno, presentados los cuatro panelistas, queremos que esto sea un conversatorio y tengo algunas preguntas que quiero plantearles. Me gustaría preguntarle a Alberto ¿en qué sentido fue participativo el proceso ecuatoriano? ¿Qué desafío planteó en Ecuador que la Asamblea se convirtiera en un proceso participativo? Y el espacio para que puedas plantearle una pregunta a otro panelista, bienvenido.

Alberto Acosta. Ecuador, como les había dicho, es un país que tiene una amplia experiencia constitucional y constituyente. Nosotros tenemos 21 Constituciones desde 1830, en promedio una Constitución cada diez años, y esas Constituciones han sido una y otra vez motivos de grandes debates, grandes discusiones,

normalmente las Constituciones aprobadas en el Ecuador resultaban de lo que llamábamos revoluciones que realmente no hubo, salvo una, la liberal de fines del siglo XIX, principios del siglo XX que rompió el tutelaje la Iglesia Católica sobre el Estado. Un proceso realmente revolucionario, la única revolución que ha habido realmente en mi país. Lo interesante del proceso constituyente del año 2007-2008 es que comenzó mucho antes, como sucede siempre. Realmente comienza con el levantamiento indígena del Inti Raymi del año 1980, el movimiento indígena emerge como sujeto político y ya no más como objeto de las políticas, ya sea de izquierdas o de derechas y como sujeto político portador de su propia visión del mundo. Y plantean temas fundamentales como está haciendo ahora el movimiento indígena en Chile, el pueblo Mapuche y los otros pueblos originarios, una nación plurinacional de la sociedad, de la política, de la economía, del Estado. Se plantea una alternativa al desarrollo como es el buen vivir o el Sumak Kawsay o Allin Kghaway en quechua en Ecuador. Está en sintonía con otras visiones en nuestra América o en el Abya Yala plantean todo lo que tiene que ver con los derechos colectivos y abren la puerta a los aspectos relacionados a superar las visiones estrechas del derecho ambiental.

El derecho ambiental es parte del derecho humano, de los Derechos Humanos. Un ambiente sano para los seres humanos, y se recupera lo que para el mundo indígena no es una metáfora sino una realidad cotidiana, la madre tierra es la que nos da derechos y aparecen los derechos de la naturaleza en un ejercicio de mestizaje muy interesante porque viene desde esa visión profunda del mundo indígena y se sintoniza con otras visiones. En ese contexto nosotros llegamos a la Asamblea Constituyente del

año 2007-2008 planteando como alternativa para superar el neoliberalismo, para superar todas las visiones de un Estado nacional caduco, en crisis para superar todas las visiones de un Estado patriarcal que todavía está presente en nuestro país y por supuesto en ese contexto lo que se abría era la puerta para la imaginación, para la creatividad. ¿Y qué hicimos? A diferencia de los otros procesos constituyentes que hubo en el Ecuador, que terminaban simplemente luego de la elección del grupo de asambleístas o la designación por las dictaduras de un grupo de redactores de la nueva Constitución poniendo en práctica y en vigencia ya la nueva Constitución, nosotros abrimos la puerta para que, luego de la Convención, sea aprobada por un referéndum, pero algo interesante, abrimos también la puerta para la participación de la sociedad. Y a modo de anécdota yo he dicho muchas veces que la mitad del día era asambleísta y la otra mitad del día era recepcionista, porque valoramos la presencia de cientos de miles de personas a título individual o colectivo de distintas organizaciones para que participen directa y activamente. Hay textos de la Constitución, por ejemplo, todos los artículos referidos al agua que podría decir que son de puño y letra de las comunidades indígenas campesinas y de los foros que defienden el agua potable o el agua de riego. Entonces, nosotros creamos esas posibilidades y claro, lo lamentable es que después de ser puesta en vigencia la Constitución comenzó a ser violada sistemáticamente por el presidente, un gobernante progresista. Esa es la triste realidad. Pero aquí hay algo fundamental, la sociedad comienza a apropiarse de la Constitución y comienza a exigir el respeto a esos derechos.

Hace dos o tres días, por ejemplo, la Corte Constitucional reconoció los derechos de un bosque protector, derechos ambientales

para proteger a las comunidades en su medio ambiente, derechos de la naturaleza para proteger los ciclos vitales como ordena la Constitución, el derecho humano al agua, el agua es un derecho humano fundamental pero también el agua como para lanzar el ciclo vital del agua y por supuesto las consultas previas, libres e informadas. De ahí podemos sacar nosotros algunas conclusiones pensando en el caso chileno, no es un modelo, es un caso que despierta mucho entusiasmo. A mí me entusiasma muchísimo. Yo estoy comprometido desde antes del año 2018 porque he visto en Chile la posibilidad cierta, al ver, reconozco que el neoliberalismo sea permanente pero en Chile nos dijeron que “el neoliberalismo puede ser superado democráticamente”, y eso me pareció fantástico. Ahora veo, no niego, con angustia la posibilidad de que la derecha extrema adquiera un poder muy fuerte y pueda poner corta pisas y frenos al proceso chileno. Lo que yo veo y creo que es fundamental que el proceso chileno recupere, por ejemplo, todos los principios relacionados a los cuidados, el mandato del mundo feminista, el tema por lo menos del aborto por violación debe estar en una Constitución, el derecho al aborto, porque la primera soberanía que tenemos que garantizar es la soberanía del cuerpo. Eso no está en nuestra Constitución y se opuso terminantemente el presidente Correa, conservador en esencia. Luego tenemos que recuperar todo lo que es la sustentabilidad no solo desde los derechos ambientales, los derechos humanos, sino los derechos de la madre tierra, los derechos de la naturaleza. Adicionalmente, creo que es clave y fundamental dar paso a un principio del reparto y la redistribución, esas son cuestiones claves y fundamentales. Hay que impedir, por ejemplo, que se sigan acaparando la tierra y el agua, que hay esos grandes grupos oligopólicos que concentran el poder no solo económico sino político, y claro, todo

esto en clave de colonia, la plurinacionalidad es fundamental. Yo diría que aquí, en este escenario, lo que hay es que generar condiciones para que sea la sociedad la que se empodere en la práctica de la nueva Constitución y que lo que fue inicialmente un proceso constituyente vuelva a ser un proceso constituyente superada la Convención Constitucional. Ese gran reto exige una amplísima participación y el empoderamiento de la sociedad de la nueva Constitución. Confío que el nuevo presidente Boric se sintonice con esa línea y que haga un enorme esfuerzo, porque va a ser necesario un enorme esfuerzo para superar todos aquellos elementos del poder constituido que, en Chile, tienen todavía una enorme fortaleza.

Tomás Cristi. Me gustaría preguntarle a Javiera, en este marco que planteaban Fernando y Alberto respecto de estos poderes destituyentes y constituyentes, y también con el poder constituido, ¿dónde se encuentra hoy en día la candidatura de Gabriel Boric y las potencialidades que tiene el poder ser gobierno con un gobierno transformador? y las amenazas que podría plantear, la amenaza que está a la vuelta de la esquina, que es la candidatura de la ultraderecha. Se podría plantear a este marco, que en el proceso pareciera que ese momento destituyente no se ha acabado, no está tan claro que se haya transformado en un proceso constituyente, y que yo creo que de hecho que hoy en día empeceemos con el proceso participativo de la Convención Constitucional es un aporte para avanzar en esa transformación de proceso destituyente a proceso constituyente. Entonces, mi pregunta es ¿en qué lugar se pone potencialmente la candidatura y el gobierno potencial de Gabriel Boric?

Javiera Toro. Yo creo que efectivamente las cuestiones que se han comentado, lo que está pasando hoy en día en Chile muestra sobre todo la complejidad de estos procesos. Evidentemente hay una pulsión destituyente muy alta que también ha sido la que nos ha permitido llegar aquí pero no creo que sea nunca, o al menos en el caso chileno, aquí se acaba una cosa y acá empezamos a constituir. Es todo un proceso, y comparto absolutamente lo que decían Alberto y Fernando que empezó mucho antes que el 18 de octubre. Empezó en un ciclo largo de luchas sociales, donde también creo que las movilizaciones estudiantiles sin duda fueron fundamentales. No solo por las razones que decía Fernando, sino también yo recuerdo lo significativo que fue el año 2006, cómo una demanda material de los estudiantes se convierte en un cuestionamiento muy central a una ley que era como la estructura el esqueleto del régimen liberal en educación. Entonces es una conciencia que se ha ido forjando en la lucha social, al mismo tiempo que hay un anti-, creo que hay un antineoliberalismo, que hay una resistencia y una crítica todavía muy fuertes a la política constituida y también hay mucha creación, y en ese sentido hay mucho que se está dando en el marco de la Convención pero se está dando por fuera también. El rol que han tenido los feminismos, justamente, para instalar algunos de los temas que son centrales, para poner la centralidad en los cuidados en este proceso creo que es superimportante y hay que potenciar ese proceso para que siga sucediendo, y en ese sentido espero que el proceso constituyente pueda terminar eso, y creo que el riesgo es que no lo haga, y ahí acuerdo con lo que dice Fernando que no basta con tener la Constitución sino desde el tipo de decisión que se toma en ese papel, en esa norma. Y ahí hay varias cuestiones, muchas de las cuales repasó Alberto, que

en el fondo son los desafíos que tenemos hoy en día para romper con el régimen neoliberal actual y cómo no solo ser anti- eso, sino poner otra visión de mundo en positivo sobre la mesa. Y ahí la importancia de los cuidados, ahí la importancia de traer las cosmovisiones de los pueblos originarios, que además en Chile son diversos, la importancia de hacerse cargo de la crisis climática, creo que son cuestiones que no digo que todas tengan que quedar resueltas en la norma Constitucional pero si no tenemos una apertura y una manera de resolver esos dilemas, entonces no vamos a ser capaces de resolver el problema constituyente que enfrentamos en Chile. En ese sentido, creo que hoy en día la candidatura presidencial de Gabriel es también parte de ese proceso. No es el punto final porque es un proceso largo, pero es parte de ese proceso. La candidatura de Gabriel viene desde los movimientos, de esta misma historia de los movimientos sociales, venimos del movimiento estudiantil, de las luchas feministas y todo eso hoy en día tiene mucha fuerza y está teniendo la posibilidad también de llegar al gobierno, y ese claramente sería un gobierno comprometido con seguir ampliando esta posibilidad de cambio. No creo que alguien diga que en cuatro años se van a resolver todos estos asuntos. Creo que eso nadie lo podría plantear por la dimensión que tienen, pero si continuar este proceso de cambio y proteger el proceso constituyente. Creo que eso es lo fundamental, y en ese sentido la amenaza que presenta hoy en día la candidatura de José Antonio Kast creo que también muestra lo complejo y contradictorio que son estos procesos, o sea, lo que significaría que después de este 18 de octubre la posibilidad de que gane, espero que no, o salgan fortalecidas esas visiones, que no es igual pero también son peligrosas. Esto muestra un poco la contradicción, pero también la reacción oligárquica que al perder

toda legitimación social no ha tenido problema en escalar, y en ese sentido yo creo que tenemos una amenaza importante porque hay sectores, y leyendo la prensa acá en Chile una ve que hay claramente algunos sectores más extremos del empresariado que están dispuestos a seguir, a impedir que el proceso constituyente culmine adecuadamente, que tenga efectos, que prefieren un gobierno que no va a resolver las demandas sociales pero que va a producir, prefieren esta inestabilidad en el fondo a ceder poder político, económico y social. Y creo que esa es la amenaza más peligrosa que tenemos. Este proceso puede ser largo y no se va a agotar en el proceso constituyente, es más, incluso cuando tengamos, ojalá, la mejor Constitución y la aprobemos en un plebiscito, sabemos que ahí hay que sostener ese proceso de cambio y creo que el pueblo chileno también es consciente de ello pero tiene estas amenazas y las más fuertes son de estos sectores que prefieren continuar la inestabilidad antes que ceder, o sea, tienen una dimensión destructiva muy fuerte. En ese sentido, creo que la candidatura y la elección de Gabriel en dos semanas más no resuelven por sí solas toda esta conflictividad, pero sí apuntan en la dirección correcta de proteger el proceso.

Tomás Cristi. Me gustaría continuar con Fernando. No han planteado preguntas los otros panelistas, pero tengo una pregunta respecto de la participación. En estos momentos entiendo que ha empezado el proceso participativo de la Convención Constitucional, pero tengo la impresión de que no son solo los elementos de forma de participación que podamos generar los que van a convocar a la ciudadanía a apropiarse de este proceso. Entonces mi pregunta es más sobre qué otros elementos son importantes a la hora de poder convocar a que la ciudadanía se

apropie de este proceso y realmente se transforme en un proceso constituyente y empecemos a superar el proceso destituyente.

Fernando Atria. La Convención efectivamente ha iniciado, se ha abierto a distintos mecanismos de participación. Hay una conciencia muy clara de que parte importante del proceso constituyente está dado por la participación popular. Y está dada por la participación popular porque la noción de poder constituyente no es una noción jurídica. Un poder constituyente no es constituyente porque hay una norma jurídica que diga tal órgano tendrá el poder constituyente. Puede haber una norma que lo diga o puede no haber una norma que lo diga. Incluso si hay una norma que lo diga, puede ser una norma que falsamente lo dice y ser totalmente irrelevante la declaración jurídica de que algo es poder constituyente. Por ejemplo, los términos del proceso constituyente en Chile fueron o se intentó fijarlos el 15 de noviembre. El acuerdo del 15 de noviembre en Chile dispuso que iba a haber un plebiscito, que iba a haber una Convención Constitucional o una Convención Mixta según el resultado del plebiscito, que esa Convención Constitucional que iba a elegir tal como una cámara de diputados, el hecho de que se elegiría tal como la cámara de diputados fue rápidamente criticada porque no iba a ser paritaria, no iba a tener de pueblos originarios y solo iban a estar representados los partidos políticos. Todas esas limitaciones a la expresión de la fuerza popular que había irrumpido el 18 de octubre fueron vencidas en año siguiente y terminamos con una Convención paritaria, con escaños reservados, por primera vez las dos cosas en Chile, y con una amplia participación de los sectores que no estaban representados a través de los partidos políticos.

Ahí yo creo que hay un ejemplo de que ese poder constituyente, ese poder que busca transformarse en la decisión de una nueva forma política encuentra su vía, y esa vía puede echar manos a formas institucionales o puede no echar manos a formas institucionales, no es que sea una cuestión secundaria, no hay que confundirse por eso. Entonces ¿dónde está el poder constituyente? El poder constituyente no está en las 155 personas que se juntan en el edificio del ex Congreso Nacional en Chile. El poder constituyente está en la sociedad chilena, en el pueblo chileno. El vínculo entre esas 155 personas y el pueblo, la sociedad, ese vínculo es importante, ese vínculo que asegura que va a haber en ese proceso poder constituyente. Ese vínculo que asegura que el texto que salga de la Convención, si ese vínculo se fortalece, entonces ese texto tiene la fuerza de ese poder, el poder que está en la sociedad, no el poder que está en los 155, entonces claro no va a ser solo un texto, va a ser capaz de definir una nueva forma política y va a ser una genuina Constitución. Entonces diremos que, a pesar del Acuerdo, fue un genuino poder constituyente porque constituyó. Esa es, creo yo, la cuestión importante. Entonces, la cuestión de la participación es central pero de nuevo aquí también hay que evitar el error de pensar que solo la legitimación del proceso constituyente está fundamentalmente en esa participación, por así decirlo, que al proceso institucional, al proceso de los 155, le viene de fuera, no a través de iniciativa popular constituyente, a través de todos los mecanismos que la Convención haya creado, que son varios. Es un error pensar que esa es la única dimensión importante.

Hay otra dimensión, que yo creo que es fundamental, que es que lo que la propia Convención hace sea visto como hecho en genuina representación del pueblo. Porque nosotros estamos

acostumbrados a una representación que es falsa. Una representación que en realidad es una forma de excluir al representado y eso, por cierto, ha deslegitimado totalmente la representación, las formas representativas. Yo creo que es un error, sobre todo pensando que en el futuro, por así decirlo, aceptar que la falsedad de la representación es lo que define a la representación. Que la representación es genuinamente falta y que por lo tanto la solución es prescindir todo lo que podamos de la representación. Yo creo, sin prejuicio a que ya lo he dicho varias veces, que la importancia de los mecanismos de participación es fundamental recuperar la participación para la educación también. Hay formas genuinas, o más genuinas de representación y hay formas más falsas de representación. Las formas de representación que teníamos en la Constitución del 80 eran formas vacías, precisamente porque no había representación, no se podía jugar nada importante.

La forma de representación que tenemos en la Convención es una representación que no es fácil porque ahí se pueden jugar cosas importantes. Ahí hay una decisión o hay poder para decidir qué es importante. Yo miraría así la cuestión del poder constituyente, del proceso chileno, de la participación, el lugar de la participación en el proceso convencional.

Y quiero terminar con una cosa, pero lo que decía Marga yo encuentro que es extraordinariamente importante y urgente de tener presente. La fuerza que se manifiesta en el momento destituyente en términos de negación cuando pasa a adquirir la dimensión positiva puede ser articulada por cualquiera. Lo que la primera vuelta en Chile mostró fue que la posibilidad de que esa forma destituyente en Chile fuera articulada por la ultraderecha era una posibilidad que no podía excluirse.

No quiero decir nada más. Yo estoy convencido que el 19 de diciembre va a ganar Gabriel Boric pero algo importante pasó en la primera vuelta y hay que identificarlo. Lo que pasó no es que se anunció que Kast ganaba, no, eso no va a pasar creo, lo que sí se anunció es que los resultados de octubre, el plebiscito y mayo, la elección de convencionales en Chile, no fueron la victoria definitiva. Es decir que era posible, incluso después de eso, que la articulación de esa fuerza destituyente era una fuerza que constituyera que la derecha pudiera hacerlo o que la ultraderecha pudiera hacerlo era algo que no se podía excluir. Esa es una hipótesis que no podemos simplemente pensar que está totalmente superada, y eso creo yo es lo que ha llevado a las dos características que ha tenido la campaña de Boric para la segunda vuelta, que ha sido la primera vez, desde siempre, que toda la izquierda ha sido capaz de unirse en una causa. Está bien, una causa que uno podría decir es una causa puramente negativa porque es contra la ultraderecha pero da lo mismo, es un paso y después de ese paso podrán venir otros pasos, ese paso habilita a otros. Pero es la primera vez que yo recuerde que toda la derecha ha sido capaz de reunirse detrás de una causa y ha creado una movilización territorial a los comandos locales de la candidatura de Boric, se han visto en las primeras semanas después de la segunda vuelta, y Javiera sabe mejor que yo porque está ahí mucho más que yo así que ella puede contarle de primera mano, se han visto inundados de gente que quiere participar, porque la sola posibilidad de que esa fuerza destituyente sea interpretada en clave de ultraderecha ha tenido un efecto movilizador extraordinariamente importante.

Entonces, eso que decía Marga es totalmente acertado y es fundamental, irónicamente, es fundamental para el éxito del proceso constituyente, que estemos conscientes que el éxito del proceso constituyente no está garantizado de entrada. Y que entonces depende de qué pueda pasar durante el proceso constituyente.

Tomás Cristi. Marga, me gustaría preguntarte sobre los desafíos que implica en términos de una relación estratégica entre los pueblos de Europa y los pueblos Latinoamericanos en pos de generar transformaciones en favor de la misma gente y en los contextos que nos encontramos actualmente, en particular aquí en Chile el proceso constituyente ¿cómo esa vinculación puede ser un aporte a ello?

Marga Ferré. Lo que ha planteado Fernando, al final, me ha recordado un poco a los frentes populares en Europa que se unía toda la izquierda para frenar el fascismo, que fue una orden por una razón internacional para crear esos frentes populares, cosa que desgraciadamente en algunos países no se consiguió, tuvieron que crear una guerra para impedir el triunfo popular. Quiere decir, la amenaza siempre está ahí y además, esto ya es pensamiento de una vieja militante de izquierda como yo, no es casual. La extrema derecha no cae del cielo, no es espontánea. Tiene una intencionalidad detrás y en este caso me parece obvia, es decir, entramos en una crisis, en la forma crisis del capitalismo global en el que se va a imponer en una forma más autoritaria y violenta para seguir acumulando tasa de ganancia y lo va a hacer en los países en vía de desarrollo como dicen ellos o aumentando la teoría colonial sobre todo en América Latina y lo van a intentar imponer de una manera o de otra. Una manera puede ser Bolsonaro, otra son los *lawfare*, lo saben muchísimo mejor que yo, reaccionar a un proceso, como han

tenido vosotros en Chile, de una manera tan autoritaria como la extrema derecha que allí se plantea. Por eso es tan importante ganar las elecciones, aun así el proceso continúa. Lo ha dicho Javiera, esos procesos no se paran solos pero sí las alertas están ahí y yo creo que esas reacciones que decía Fernando que la gente se suma para evitar que gane la derecha y la extrema derecha es absolutamente correcta. Es que es una posición moral, no solo una posición política, es moral. Se está defendiendo la libertad, se está defendiendo la democracia. No es solo una identidad, yo la tengo y muy fuerte, política, me refiero que ya cuando se atacan principios fundamentales que me permiten a mí vivir mejor, respirar, opinar, la reacción tiene que ser esa, y espero sinceramente que gane Boric y que podamos seguir avanzando en un proceso que además va a tener que ir paralelo. Recién le preguntaba a Tomás, debates se están teniendo muchísimos, que si Europa se está cayendo a cachos en muchos casos, en otros casos a partir del Brexit, que es un proceso destituyente por cierto, también ganado por la extrema derecha, con una crisis de representación política tremenda. La izquierda intenta que la extrema derecha no lo vincule pero tenemos que hacer una construcción de una nueva institucionalidad y un nuevo contrato social. No solo en la base de defender viejas estructuras oligárquicas, elitistas, de la vieja democracia liberal de estilo inglés. Y en esa nueva construcción no solo está lo que se está haciendo en Chile, los procesos que hubo en América Latina o lo que hemos vivido en Europa históricamente, y en más partes del mundo. Esa conversación es imprescindible, va a ser muy necesaria y creo que además muy hermosa, bonita, en tiempos de incertidumbre que son los que nos deja esta pandemia global donde, como se mencionó, el fenómeno de que somos una especie que tiene que protegerse a sí misma empieza a poner encima de la mesa valores humanistas como

la libertad, la democracia, el cuidado, el feminismo, el tener Estados que nos protejan, una forma de producir y consumir diferentes que son insoslayables en el siglo que comienza. Muchísimas gracias, ha sido un placer hablar con vosotros.

Tomás Cristi. Muchas gracias, Marga. Se nos va el tiempo y me gustaría darle a cada uno y cada una un minuto para decir unas palabras de cierre. Partamos en el orden original.

Javiera Toro. Solo me quiero concentrar en una idea. Yo creo que lo fundamental para todo el proceso de cambio que estamos viviendo, para enfrentar la situación histórica que vivimos en Chile pero también la incertidumbre como contingente y global, de la que también hablaba Marga, es poder viabilizar la participación y la organización social y ciudadana que creo que ha sido lo más definitorio en todo este proceso por el largo ciclo de luchas sociales que vinimos, por lo que significó el 18 de octubre, por estas apariciones masivas que significó también el triunfo del Apruebo acá en el plebiscito. Tenemos una sociedad que quizás no tiene formas tan orgánicas ni estables de organizarse, que hoy es también expresiva de los cambios sociales de la sociedad neoliberal pero que ha mostrado su fuerza, su potencia y también ha traído las respuestas a estas crisis, no definitivas pero creo que lo ha hecho, Y justamente lo que mencionaba Fernando, que está pasando estas últimas semanas sobre todo con la campaña presidencial, con la potencia social que está viéndose en las calles, en las redes, la organización territorial que hoy en día excede al comando, excede lo que se pueda hacer desde las fuerzas políticas que estamos detrás de esta candidatura. Yo creo que, con lo difícil que se ve y los riesgos y las crisis que atravesamos, eso es también esperanzador, es ver de nuevo de una manera distinta,

quizás como una expresión electoral pero esa fuerza ciudadana que vimos, que fue fundamental para abrir el proceso constituyente, que va a ser fundamental para ganar esta elección y para sostener el proceso en el mediano y largo plazo. Yo pondría el énfasis ahí para cerrar y creo que es en lo que tenemos que confiar, o es en lo único que podemos confiar, para darle sostenibilidad al proceso y por lo mismo tenemos que potenciar la mayor incidencia institucionalizando también su participación. Y solo voy a referirme, porque Fernando lo mencionó más de una vez, yo no renuncio a la lógica de la representación y, efectivamente, creo que uno de los desafíos fundamentales es que el proceso constituyente recupere una auténtica representación. Y que no la hemos tenido en Chile y que en gran parte se está logrando hoy en día con la Convención Constitucional es expresión de eso, pero creo también que no es suficiente y que la crisis de la representación no está solo en Chile sino que también es global y por eso creo que siguen siendo tan importantes estos otros mecanismos para que no reemplacen o que no tengan necesariamente que reducir la lógica de la representatividad pero si enriquezcan esta democracia y permitan la participación masiva, ciudadana, obviamente de una manera distinta, no siempre tiene que ser en la calle, no siempre tiene que ser en la movilización electoral, sino que tiene que tener una manera institucional de poder expresarse y eso requiere un reconocimiento y una apertura institucional.

Alberto Acosta. Estábamos entrando en calor y nos anuncian que esto se acaba, pero bueno así son las reglas de juego. Hablaría de algo que me parece fundamental, Fernando tiene toda la razón cuando dice que en el caso chileno en el actual proceso la vinculación entre la Convención y el pueblo es fundamental para

que tenga un resultado potente. Eso es evidente. Para mí una Convención que tiene una serie de límites impuestos por el poder constituido tiene una tarea muy complicada, porque el poder constituido no quiere dejar que haya la posibilidad de un cambio transformador profundo. Una verdadera revolución, si ustedes quieren utilizar el término. Pero eso se puede soslayar y evitar, o superar más que soslayar y evitar, con una activa participación de ese pueblo que ya se movilizó desde octubre del año 2019. Retomar ese proceso me parece que es fundamental, y claro, esos límites solo serán superados con la acción política de las organizaciones populares y en ese mecanismo, creo yo, que es fundamental mejorar, ampliar y profundizar los esquemas de participación. Lo cual no es contra una representación efectiva. No es lo uno o lo otro. Las dos cosas se pueden potenciar en la medida que en la nueva Constitución se creen los mecanismos adecuados y la sociedad se empodere de la Constitución. Y si de Constitución hablamos, yo creo que muchas veces las Constituciones pueden desatar procesos muy lindos. Marga nos mencionaba la Constitución de 1812, la Pepa, no entró en funciones pero a esta Constitución le debemos muchos procesos de cambios en América Latina. Esa es la realidad y luego yo los invito a que lean la Constitución de 1931 de la segunda república española, por algún lado está aquí en este escritorio un librito que yo tengo, no el librito con los colores de la república, de la bandera, sino celeste, es maravillosa. Hay que leer muchas Constituciones porque muchas cosas ya se han dicho pero hay que abrir la puerta para sumar otras cosas que no se han dicho ni escrito pero que está planteando el pueblo y aquí hay un asunto fundamental. Cuando hablamos de procesos desconstituyentes estamos diciendo NO, "sí, Fernando, decimos NO" pero cada NO de esos tiene un SÍ. Por ejemplo, cuando el movimiento

feminista dice no al patriarcado está abriendo la puerta a todo lo que son los principios de los cuidados. Y eso es fundamental. Cuando el movimiento indígena dice NO al Estado oligárquico, colonial, al Estado neoliberal está abriendo la puerta al Estado plurinacional. Está diciendo SÍ al Estado plurinacional. Cuando se dice NO a la destrucción de la naturaleza se está diciendo SÍ a los derechos de la naturaleza. Cuando se dice NO, por ejemplo, a los oligopolios, a la inequidad, a la concentración de la riqueza y el poder se está diciendo SÍ al reparto y a más democracia.

Espero que de aquí a 15 días podamos celebrar el triunfo de Boric como una oportunidad para que este proceso continúe porque yo confío en el proceso chileno, yo amo al pueblo chileno, yo creo que Chile está dando una lección de democracia al mundo a pesar de todas las adversidades, así que reciban un abrazo fraterno. Estaré con ustedes como siempre de corazón.

Fernando Atria. Gracias. Primero que nada tiene toda la razón Alberto cuando dice que esto estaba entrando en calor y se tiene que terminar. No es crítica a los organizadores, por supuesto, pero hay aquí una conversación que por lo menos de mi parte necesita continuar así que busquemos formas organizadas o no organizadas, institucionalizadas o no pero de continuarla.

Una bellísima respuesta en estos momentos de despedida así que no es tanto respuesta pero no lo puedo dejar pasar, yo entiendo el punto que dice Alberto, que todo NO implica un SÍ, pero yo creo que es compatible con el hecho con que el paso de ese NO al SÍ admite distintas articulaciones políticas que pueden ser incluso de ultraderecha y ese es el problema ¿no?

Yo creo que lo que decía Marga, de nuevo, es totalmente acertado. En el origen del Brexit hay algo, creo yo, que nadie puede no sentir simpatía, es la era del neoliberalismo global, las democracias y el poder popular que hay en las instituciones democráticas es cada vez más menor, son cada vez más vacías. La ultraderecha fue capaz de reorientar ese NO al desempoderamiento del pueblo bajo esas instituciones contra Bruselas, quienes nos quitaban el poder eran los burócratas de Bruselas y el pueblo Británico tenía que reclamar ese poder y para eso tenía que salirse de la Unión Europea. Por supuesto que lo que le quita de poder es el capital internacional, no los burócratas de Bruselas evidentemente. Entonces, por supuesto que todo NO implica en algún sentido un SÍ, pero políticamente ese paso es un paso que admite distintas articulaciones y lo estamos viendo.

Pero en todo caso, precisamente por esto, por las distintas perspectivas y esta conversación, este encuentro, para mí por lo menos, ha sido extraordinariamente valioso. Me voy habiendo aprendido mucho más. Gracias a Javiera, a Marga, a Alberto. Gracias a los organizadores a través tuyo, Tomás, y nos seguiremos viendo.

Marga Ferré. Claro que hay que seguir la conversación porque además son temas centrales. Y también me llama poderosamente la atención, yo vivo en Madrid pero, bueno, hablo en nombre de una organización Europea. La similitud de lógicas cuando uno defiende al pueblo, la similitud de lógicas que te llevan a conclusiones parecidas dentro de análisis que hay que compartir, que hay que necesariamente compartir. Estoy de acuerdo con Fernando, el problema del NO es que, desgraciadamente, hay muchísimas veces en que el NO no lleva necesariamente a un SÍ, y además lo que tenemos enfrente es una máquina de

propaganda brutal que es capaz de convertir un NO en algo regresivo incluso para quien lo piensa. Es terrible pero es así.

Pero en cualquier caso, yo creo que el proceso chileno está volviendo a demostrar lo que el pensamiento progresista siempre sabe y es que la historia no está escrita. Y que el cambio es posible. Que Fukuyama se equivocó, la historia no ha terminado. Yo utilizo este último minuto para defender el carácter performativo de la política. Con política se pueden cambiar y moderar la realidad y el futuro de un pueblo. De esa participación que defendían Javiera y Fernando en donde se ve esa capacidad de cambio que es a lo que más miedo le tienen, pero que tampoco pueden evitar ni lo van a conseguir, si estáis haciendo historia los vamos a mirar todos con muchísimo cariño, con todo el apoyo en las elecciones presidenciales.

Tomás Cristi. Me toca, entonces, cerrar este diálogo final y por tanto esta conferencia internacional que busca eso: ser un espacio de diálogo, conversación para poder también aportar. Yo creo que todo proceso es transformador, y un proceso democrático implica, como se decía por allá en otro panel, grandes conversaciones y con este esfuerzo conjunto de Democracia Viva, el Instituto 25M, el Observatorio Constituyente Apruebo Dignidad, CLACSO y Transform Europe quisimos generar estos espacios para poder aportar a ese diálogo, para poder llenar de contenido y esperamos también seguir generando más espacios de conversación, abrir estos espacios también a otras experiencias y con eso los queremos dejar. Agradecemos a quienes nos han seguido y a quienes después sigan reproduciendo este material, un abrazo a todos y muchas gracias por su participación.



Gabriel Boric,
un gobierno *millennial*



Desafíos del Gobierno de Gabriel Boric

Araceli Farías Jorquera

El 11 de marzo de 2022, día de la asunción del Gobierno de Gabriel Boric, constituye sin duda un hito significativo para nuestra generación. Se nos presenta como una oportunidad, con el potencial de un cambio epocal que habilite el construir un Chile con justicia social. La irrupción de este proyecto político, que nace al calor de las movilizaciones estudiantiles de 2011, nos ofrece una oportunidad de reimaginar la izquierda chilena y latinoamericana, sin dejar de lado el diálogo intergeneracional de quienes nos anteceden y que hoy componen también la base política del gobierno actual. En este ensayo, buscaré indagar en el reto al que nos enfrentamos en este nuevo ciclo político y esta nueva fase como fuerza política. Para ello, agrupé parte de los desafíos en tres niveles: 1) lo contingente e ineludible: los nudos críticos que heredó el gobierno y la continuidad del proceso constituyente; 2) pensarnos más allá de 2026: un cambio epocal que implique la apertura a un proceso de transformaciones; y, 3) dos corazones como virtud o dos corazones como debilidad: el desafío del diálogo intergeneracional para la gobernabilidad.

A pesar de tener cierto grado de conciencia de que vivimos en tiempos de gran impaciencia, no deja de ser sorprendente (y hasta un poco contradictorio) que nuestro sector se sorprenda ante la certeza de que los cambios políticos que anhelábamos y que son parte de nuestro *ethos* fundacional, como una nueva Constitución construida en democracia, a raíz del estallido social, haya tomado una velocidad en ocurrencia que ni en nuestros mejores pronósticos hubiésemos podido anticipar. Nuestro presente era visto con lejanía, por quienes levantábamos el proyecto de nuestro partido y del Frente Amplio como fuerza política. Pero, este momento político está lejos de ser un proceso acabado que nos asegure el anhelado resultado, por lo que debemos observar con cuidado las dificultades que atravesamos hoy, no solo desde el punto de vista de la contingencia, sino de los desafíos a mediano y largo plazo.

En paralelo a este proceso de cambio en el que asume el gobierno, la contingencia nos impone una serie de desafíos inmediatos ineludibles. En primer lugar, heredamos un país que está saliendo de dos años de pandemia y las dificultades que ello ha implicado en retrocesos laborales, como aumento de la cesantía y desocupación de las mujeres, la crisis de los cuidados y el alza del costo de la vida que ha ampliado la línea de la pobreza. Esto último, además, recrudecido no solo como consecuencia de la pandemia, sino con relación al conflicto bélico en Ucrania y las repercusiones económicas que ello implica. En segundo lugar, nos enfrentamos a un escenario delictual complejo, que ha suscitado grandes dificultades para enfrentar los problemas de seguridad con las herramientas con las que se cuenta hoy en día. En tercer lugar, tenemos la crisis humanitaria y migratoria exacerbada

durante el Gobierno de Sebastián Piñera. La incapacidad de infraestructura para recibir tal magnitud de migración ha hecho no solo que no contemos con las herramientas para poder entregar dignidad a las personas, sino que los costos de la migración han sido socialmente repartidos, siendo la población chilena vulnerable la más perjudicada con sus externalidades negativas.

El peso de la responsabilidad se ve claramente en la recta final en la que nos encontramos al momento de escribir este ensayo. Estamos a pocos días del plebiscito de salida que podría entregar a Chile una nueva Constitución escrita en democracia, de forma paritaria y con participación de los Pueblos Originarios. O, por el contrario, devolvemos en el tiempo al mismo punto en el que nos encontrábamos el 17 de octubre de 2019, con una Constitución política que aplicó un modelo de Estado, económico y político que ha significado una limitante estructural a la hora de abocarse a la tarea de intentar realizar cambios profundos en nuestro país, que busquen de forma simultánea proteger y aumentar los derechos sociales, disminuir la desigualdad económica, descentralizar el país, proteger el medioambiente y hacer más democrático el sistema político. Con mucha preocupación leemos hoy los análisis y las tendencias estadísticas de diversos estudios y encuestas, que hace varios meses dan por ganadora a la opción del rechazo de la nueva Constitución. Durante las últimas semanas, desde la campaña del apruebo hemos logrado reducir la brecha que nos separaba del rechazo, haciendo una campaña que involucre profundamente a la ciudadanía, que explique cómo el texto puede mejorar efectivamente la vida de las personas y cómo, además, se puede convertir en un marco de desarrollo para el futuro de Chile. Junto con ello, hemos aclarado y explicado las dudas que

han podido saltar sobre el texto en estos meses de campaña, donde teníamos una cancha muy desigual con la campaña de desinformación y mentiras de la derecha.

A pesar de los esfuerzos anteriormente mencionados, el proceso constituyente y sostener un gobierno son tareas que nos colocan en un momento de medición de fuerzas y capacidades sobre si es que podemos entregarle al país la llave de las transformaciones que necesitamos para avanzar en justicia social y el cumplimiento de nuestro programa de gobierno. Nuestro primer y más próximo desafío como oficialismo es este: nuestra cita con la historia el 4 de septiembre de 2022. En caso de ser favorable el resultado y de ganar la opción apruebo, nuestra energía sin duda se abocará en dar continuidad del proceso que se ha iniciado el 25 de octubre de 2020, que fue canalizado por la convención constitucional, dando garantías de que podremos recoger la posta. Nuestro desafío, en tal caso, lleva consigo la tarea de la implementación mandatada por el nuevo texto, construir mayorías en el Congreso para la aprobación de aquellas materias de ley que se derivan de la Constitución, y con ello sentar las bases para el cambio en favor de un Chile más justo y que garantice un vivir digno para las mayorías postergadas. En caso de ganar el rechazo, si bien la tarea se vuelve más difícil y larga, esta no cambia en su esencia: entregar una nueva Constitución al país, que logre ser un marco para un Chile mejor. El presidente, en concordancia con las disposiciones transitorias que modificaron la Constitución de 1980 y abrieron el proceso constituyente, así como con el resultado del plebiscito de entrada, ha reafirmado que iniciaremos un nuevo proceso para cumplir con tal mandato y dar continuidad a lo que el pueblo chileno señaló en las urnas el 25 de octubre de 2020.

Otra capa de desafíos tiene que ver con nuestra sustentabilidad en el tiempo como fuerza política y contar con la capacidad de que el proceso de transformaciones no se agote en este gobierno, sino que sea un eslabón más de una larga cadena de transformaciones que dialogue con quienes nos antecedieron, pero que además mire hacia el futuro buscando que estos cambios continúen ocurriendo. Como Frente Amplio tenemos muy claro que no será posible entregarle a Chile un país con justicia social en 4 años, por lo que nuestro principal desafío es generar las condiciones para dar continuidad a los procesos con responsabilidad y gradualidad. ¿Qué debe hacer el Frente Amplio para posibilitar un ciclo de gobiernos transformadores que logren dar cumplimiento al programa presidencial con el que fuimos electos?

Sin duda, desde Apruebo Dignidad y con énfasis en el Frente Amplio hemos sido críticos, en distintos momentos, de lo que hicieron los gobiernos de la Concertación y la Nueva Mayoría en cuanto a la continuidad del modelo económico neoliberal. Ello, además, se vio acrecentado en el emplazamiento de la ciudadanía durante el estallido social y a la postergación de las demandas sociales de educación, salud, pensiones, equidad de género, medioambientales, seguridad y de mejor distribución de la riqueza, en pos de la estabilidad política y el cuidado del crecimiento económico de la transición. Sin duda hubo una continuidad importante del modelo y una limitación a la hora de ocuparse de la deuda social, junto con la creciente escisión entre el mundo social y los dirigentes de los partidos tradicionales que tomaban las decisiones. Sin dejar de lado lo anterior, analizar los procesos en sus contextos particulares, permiten a la vez recoger y sopesar algunas cosas de las que antes teníamos una postura más categórica,

dando paso a la duda y a tratar de tener una opinión más justa de las luces y sombras de los 30 años de la Concertación. Más aún, cuando seguimos teniendo en común la misma dificultad primaria para llevar adelante cualquier anhelo de transformación: la Constitución Política de 1980.

Como generación política contemporánea a la Concertación, nacimos con un rol de impugnación. Pero esta entendida no como impugnación por sí misma, o por solo el hecho de buscar diferenciarnos, sino porque efectivamente había elementos estructurales que eran importantes cambiar, principalmente, temas vinculados con derechos sociales, como en educación y la superación de la noción de mercado, así como también en salud, pensiones, etc. Nos concebimos como una generación que se encontró y politizó en las movilizaciones sociales y la incorporación de una ciudadanía más activa como actor en la arena nacional. Con diferentes dificultades, hemos llevado adelante el desafío de pensar nos como proyecto político y entrar en el juego institucional en el entendido de que la impugnación nunca va a ser una herramienta para llevar adelante proyectos transformadores. La impugnación en sí no construye, no suma ni gana batallas. Incorporamos la idea de que, en la constancia de horadar la piedra a fuerza de gotas de agua, en el esfuerzo cotidiano y de construir desde pequeñas cosas, podemos avanzar en un Chile mejor. Así comenzó Revolución Democrática como movimiento para devenir en partido, junto con otras orgánicas, para después seguir el impulso de reunirnos bajo el alero del Frente Amplio.

Por más que para algunos sea una obviedad, no es fácil internalizar y ser conscientes de que los errores no forzados son nuestro peor enemigo. Tropezar con nosotros mismos tiene el potencial

de cambiar el rumbo del péndulo y que se aleje de nosotros, y con ello, perder la oportunidad histórica que nos ha conferido la ciudadanía. Debemos reconocer, particularmente en el Frente Amplio, que somos una generación que no ha tenido convivencia con el poder ni se ha enfrentado a él de la forma en que lo hacemos hoy. Ello constituye un reto importante, dado que no es menor pensar que el país y nuestra misma historia nos pondrán a prueba: no hemos construido este camino para ser meros administradores del poder, sino porque nuestra vocación democrática y nuestras convicciones nos han llevado a tomar este rumbo para cambiar la vida de las personas y entregarles a las mayorías postergadas las condiciones materiales para un buen vivir. Hoy nos enfrentamos a decisiones difíciles, condiciones complejas y recursos limitados, donde se pone a prueba nuestra capacidad de conducir y responder como jefes de Estado. Allí donde las decisiones son más complejas y no del todo cómodas para la tradición política de nuestro sector, como en las coyunturas que atravesamos actualmente en materias de seguridad y migración. Ponerse en los zapatos del estadista es un desafío mayor que nos aleja de la comodidad inquisidora de haber sido oposición en gran parte de nuestra formación como fuerza política.

Para abordar el último conjunto de desafíos, debemos tener presente el escenario en que este proyecto político fue electo, no fue del todo propicio. Por un lado, por la composición del Congreso Nacional es indudable que la base del gobierno debía buscar extender puentes para dar señales de gobernabilidad y capacidad política. Por otro lado, no es sorpresa que la tarea de componer un gobierno en todo su complejo entramado sería una tarea especialmente difícil si nos embarcamos solos y sin recoger

experiencias y trayectorias pasadas. De varias maneras, nos necesitamos. No estaremos exentos de diferencias, porque existen y es indudable ello. Probablemente se marquen las diferencias y tensiones cuando tengamos que implementar la nueva Constitución o cuando se den las condiciones para que ejecutemos el programa de gobierno. ¿Se manifestarán ahí nuestras tesis dirimentes? ¿Tendremos oposición al cambio necesario?

Si bien nuestro proyecto político y el Gobierno de Gabriel Boric cuenta con la oportunidad de repensar la izquierda chilena, hay que reconocer el esfuerzo por construir ello desde el diálogo intergeneracional y entender que hay quienes nos antecedieron y cimentaron el camino para posibilitar que hoy estemos aquí. Nos hemos levantado como un gobierno de dos coaliciones, de dos corazones y de dos culturas políticas con algunas diferencias y un pasado de confrontación y críticas. Si bien el presidente nos ha instado en varias ocasiones a abrirnos a la posibilidad de reconocernos como una coalición única, estos dos corazones aún son una sustancia que termina de cuajar. Pero si hay algo que nos anuncia con frecuencia nuestra historia política, es que las divisiones de énfasis y tesis de las fuerzas que componen los gobiernos pueden ser la principal dificultad para avanzar y dar cumplimiento al mandato presidencial.

En este contexto, es que uno de los elementos que considero clave para este período, es observar los errores, las limitaciones, los contextos pasados como oportunidad de aprendizaje y de proyectar parte de los desafíos que tenemos por delante en base a nuestra misma historia. Siempre es un peligro pecar al querer inventar la rueda en cada proceso. Para evitar caer en ello y en un actuar soberbio, el análisis histórico nos permite tomar

precauciones. Dentro de ello, parte de los desafíos es lograr que el compromiso de las fuerzas políticas para con el programa de gobierno con el que llegamos a La Moneda no sea solo una declaración, sino que se lleve a la práctica y que el trabajo mismo demuestre el compromiso de las fuerzas con la mejora de las condiciones materiales de chilenas y chilenos, con superar la pobreza y que la estabilidad se cristalice y no sea frágil como lo ha sido hasta ahora.

Hace no mucho tiempo, tuve la oportunidad de estar en una clase a la que concurrió José Antonio Viera Gallo como invitado a hablarnos de la transición y de su experiencia. En la ronda de preguntas, alguien le consultó sobre cómo se toma la crítica de las nuevas generaciones de centro izquierda de que la Concertación no terminó con el neoliberalismo. La respuesta me sorprendió bastante, dado que señaló que la Concertación no se había propuesto aquello. Parfraseando lo que dijo, recuerdo que se refirió a las dificultades que tuvieron en los noventa al momento de entrar al ejecutivo y las tensiones permanentes con las que contaban al estar todavía el dictador como Comandante en Jefe del Ejército, junto con la permanente amenaza subyacente de que los militares podrían alzarse y amenazar la reconstrucción de la democracia. En ese entendido, puedo entender que había otros objetivos, como buscar consolidar la democracia y buscar dejar atrás los enclaves autoritarios de la Constitución de 1980, de la mano con ponerse al día de la tremenda deuda social que reinaba. Pero, me cuestiono si es justo enrostrar el incumplimiento de algo que no fue un objetivo cuando inició el ciclo concertacionista.

Hoy, tanto Socialismo Democrático como Chile Digno y el Frente Amplio convergemos en un proyecto político que, justamente,

intenta superar el neoliberalismo y avanzar hacia un Estado social de derecho. Es el paraguas no solo de nuestro gobierno, sino que también el que estamos actualmente defendiendo en el mundo del apruebo con la propuesta de nueva Constitución para el país. Esperemos que nuestra cita con la historia el 4 de septiembre nos permita habilitar el tránsito a un nuevo ciclo en la política chilena: el ciclo de transformaciones. Esperemos que con ello podamos a su vez enfrentar tanto los desafíos esgrimidos aquí, como aquellos que tenemos por delante.



Una promesa llamada Gabriel Boric*

Juan Pablo Luna

La llegada de Gabriel Boric y del Frente Amplio chileno al gobierno se ha transformado en la esperanza del nuevo progresismo latinoamericano, e incluso global. Se trata, sin duda, de una nueva izquierda, y no solo en términos de recambio generacional: es feminista, promueve el multiculturalismo, combina una fuerte conciencia ambiental con la preocupación clásica por la equidad y la incorporación social de los sectores subalternos, y ha venido afirmando su fuerte compromiso democrático y con los derechos humanos, incluso en referencia a procesos “sensibles” para las izquierdas como los de Cuba, Nicaragua y Venezuela. Ese compromiso también aplica a Chile y tiene múltiples aterrizajes: desde la violencia policial al doloroso y persistente problema de la vulneración que sufren cotidianamente los niños que

* Publicado originalmente en *Nueva Sociedad* (299), 44-56, mayo-junio de 2022. <https://www.nuso.org/articulo/una-promesa-llamada-Gabriel-Boric/>

se encuentran bajo la tutela estatal en el Servicio Nacional de Menores (Sename) (Matus, 14 de febrero de 2021). Es también una izquierda que piensa a Chile desde América Latina, en lugar de visualizarse a sí misma (e intentar venderse) como el ejemplo de país que logró “escapar” de la región.

En el caso de Boric, además, esta nueva izquierda se articula en torno de un liderazgo con una capacidad innata para el manejo de los elementos simbólicos, para conducir los gestos y para desplegar empatía, tanto a través de abrazos como de redes sociales. El pasado verano, durante el periodo de transición, Chile recobró la alegría tras largos años de agobio, incertidumbre y malestar. Boric resplandecía donde el liderazgo presidencial de Sebastián Piñera generaba hastío y rechazo. La nominación de un gabinete con mayoría de mujeres, con niveles inéditos de diversidad social y territorial, con *expertise* técnica pero además de trabajo social en las carteras sectoriales, también contribuyó significativamente a generar una genuina esperanza. Y mientras el recambio de elites gobernantes cristalizaba la ilusión de dejar atrás a una clase política tradicional cómplice de los “abusos” del “modelo”, la Convención Constitucional también prometía desanclar las rémoras institucionales de un nuevo orden social. Este clima culminó en un cambio de mando pleno de símbolos y de optimismo.

No obstante, las primeras semanas del gobierno encabezado por Boric, así como el derrotero de la Convención Constitucional, han puesto rápidamente en entredicho su promesa. La luna de miel fue intensa, pero corta. Como tantas otras exportaciones no tradicionales de Chile (“una economía competitiva, con bajos niveles de colusión y corrupción”, “un sistema de partidos institucionalizado”, “un Estado capaz y eficiente”, “una sociedad con bajos

niveles de informalidad”), esta nueva izquierda podría ser algo “hidropónica”, sin un suficiente encauzamiento en la sociedad.

En el resto del texto analizo los factores estructurales que subyacen a esta debilidad. Primero, describo las características del sistema político en el que opera el gobierno. Segundo, exploro la carencia de una sociología política y economía moral capaces de anclar un nuevo modelo de desarrollo. Tercero, doy cuenta de debilidades centrales del Estado chileno contemporáneo. Finalmente, concluyo explorando la difícil encrucijada que hoy enfrenta el Gobierno de Boric.

La (des)estructura política

Aunque tiene cimientos en una trayectoria colectiva e individual más larga, cuyos orígenes deben rastrearse en el movimiento estudiantil de 2011 y sus antecedentes, el caudal electoral que llevó a la victoria de Boric emergió en un plazo de nueve meses. Lo que sería un rutilante triunfo en la segunda vuelta del 19 de diciembre de 2021 comenzó con un intenso debate interno, en un contexto de fuerte debilidad política, en el que la disyuntiva era presentar un candidato propio para marcar presencia y evitar una crisis final del Frente Amplio o simplemente adherir a la candidatura encabezada por el alcalde comunista Daniel Jadue. Las dudas y dificultades para recolectar las 32 mil firmas necesarias para inscribir la candidatura, sobre un padrón electoral de más de 14 millones de votantes, reflejaron la endeblez del proyecto presidencial de Boric.

Durante los nueve meses transcurridos entre marzo y diciembre de 2021, la candidatura de Boric superó obstáculo tras obstáculo, estribando en dos estrategias: destacar las características personales del candidato (“escucha”, “reconoce sus errores y sabe pedir perdón”, “apostó aun en contra de su partido a la vía institucional”) y convertirlo en el mejor candidato “anti”. Primero fue anti Jadue, luego fue anti Concertación y anti Piñera, y finalmente anti José Antonio Kast, el postulante de la extrema derecha. En este trayecto, se consolidó una consigna programática que emergió en la disputa con el candidato comunista en la primaria de Apruebo Dignidad –la alianza entre el Frente Amplio y el Partido Comunista–: “la gente quiere cambios tranquilos, con seguridad”.

El crecimiento electoral fue tan aluvional como precarias son sus bases sociales y organizativas. El resultado de la elección parlamentaria también refleja esas debilidades: muchos de quienes votaron por Boric y Apruebo Dignidad en la segunda vuelta optaron por parlamentarios de otros partidos en la elección legislativa. También lo hicieron en las elecciones locales y regionales, así como en la primera vuelta presidencial.

El gobierno hoy se estructura en torno de dos coaliciones. Por un lado, está la del Frente Amplio con el Partido Comunista y otros partidos menores (Apruebo Dignidad), la que sostuvo la candidatura presidencial de Boric. Por otro, la alianza con la socialdemocracia, representada por el Partido Socialista (PS) y el Partido por la Democracia (PPD). A pocas semanas del traspaso de mando, la tensión entre ambas coaliciones, propiciada por el desembarco del espacio socialdemócrata en puestos claves del gobierno y el malestar de la vieja guardia del Partido Comunista, es evidente.

La escasez de cuadros propios, así como la necesidad de viabilizar mayorías legislativas con el bloque PS-PPD, ha vuelto fundamental la incorporación de figuras destacadas de la Concertación en puestos de gobierno de Boric. Esto, si bien dota de capacidad de gestión y experiencia al gobierno y tranquiliza a los mercados, también abre flancos a la izquierda de Apruebo Dignidad y genera desconfianza en quienes apostaban a un recambio (más profundo) de elites. También ha comenzado a generar ruido el desempeño de Izkia Siches, un liderazgo central en el armado del gobierno y carente de afiliación partidaria. La expresidenta del Colegio Médico, que desembarcó en el comando para la campaña de segunda vuelta y tuvo un rol fundamental en dotarla de arraigo electoral en el norte del país, hoy tiene a cargo la Jefatura de Gabinete y el ministerio de más difícil gestión: Interior.

Seguramente por oposición al liderazgo omnipresente y agobiante de Piñera, en sus primeras semanas Boric ha restringido su presencia pública y dado protagonismo a sus ministros y a distintas figuras de gobierno. Aunque razonable y bienvenida, esta modalidad de gestión no está exenta de riesgos, particularmente cuando las voces de gobierno han comenzado a sonar como un coro desafinado y desordenado de personajes que pugnan por hacerse oír y tener presencia en medios y redes sociales. Pero las dificultades que enfrenta ya el gobierno no son meramente atribuibles al liderazgo presidencial, a su elenco o a su base política. En realidad, reflejan claves sistémicas. El sistema de partidos tradicional no solo se volvió ilegítimo para la mayoría de la población chilena, sino que perdió capacidad de vertebrar y canalizar institucionalmente conflictos sociales centrales que quedaron huérfanos de representación política. Con el estallido

de 2019, esos conflictos larvados y presentes hace tiempo, tanto sectoriales como territoriales, irrumpieron con estridencia en el escenario nacional. Sin embargo, el “estallido” solo es representable en su voluntad destituyente (de la clase política tradicional) y en la negación de los pilares institucionales del orden preexistente. Más allá de ambos tropismos, no hay (¿todavía?) en las elites emergentes capacidad de síntesis o articulación del descontento en clave más constructiva. El devenir de la Convención Constitucional refleja claramente la imposibilidad de vertebrar el conflicto en el Chile actual. Instalada con niveles de legitimidad social inéditos en el periodo posdictatorial, la Convención ha quedado presa de su propia legitimidad, buscando afirmarla y reafirmarse, mediante gestos y giros identitarios que cada vez generan menos adhesión en la opinión pública. La Convención y su proceso, más que una solución institucional a los problemas de Chile, reflejan la dificultad para representar constructivamente las rabias, demandas e identidades que legítimamente se fraguaron (y bifurcaron) tras décadas de negación y postergación.

Esas rabias, demandas e identidades tienen como contracara el vaciamiento, la ilegitimidad y la fragmentación de las organizaciones partidarias y de los movimientos sociales. Mientras los movimientos sociales se encuentran y convergen en la protesta callejera, los partidos suman los votos de quienes corren bajo sus etiquetas los días de elección. Pero ambos son frágiles desde el punto de vista organizativo y se quiebran ante el primer intento de síntesis, propuesta o emergencia de un liderazgo, que rápidamente genera sus “antis”. En este marco, el vacío lo llenan personajes que movilizan “por aire” e intentan estirar sus 15 minutos de fama cabalgando con habilidad la controversia o el escándalo

cotidiano. Esos personajes protagonizan una discusión política tan pobre que en muchos aspectos termina siendo un lamentable “camorreo”, un debate lleno de prejuicios, pequeñas disputas y alusiones ad hominem. Hay quienes ven en ese camorreo una polarización izquierda-derecha, pero en el mejor de los casos se trata de una polarización más bien artificial entre quienes, a izquierda y derecha, intentan desmarcarse de la mácula sistémica. En estas discusiones superficiales se nos pasan los días, los meses y los periodos electorales.

De un sistema que funciona con esta lógica, desde hace años, provienen las fragilidades que hoy enfrenta el Gobierno de Boric para estructurar y canalizar el conflicto. Esas debilidades, para ser claros, le son propias. La principal ventaja con que hoy cuentan el presidente y su gobierno es un emergente clivaje generacional (que ha logrado incorporar parcialmente a jóvenes de segmentos populares), aún en proceso de cristalización. Los partidos que propiciaron su candidatura, no obstante, están hoy volcados de lleno a la acción de gobierno y ven debilitada su ya escasa presencia organizacional en la sociedad. Y en una economía en la que está escaseando el pan, el circo, tan propio del sistema político nacional y su derrotero, rápidamente estará jugando en contra del presidente y su elenco.

Un nuevo modelo de desarrollo sin actores

El desafío para una nueva izquierda a escala regional consiste en encontrar una alternativa que permita generar crecimiento económico y protección social, escapando, o amortiguando al menos, las lógicas de crecimiento predominantes en el primer “giro a la

izquierda". Durante la primera década y media del siglo XXI, la izquierda adhirió a lo que Maristella Svampa (2013) denominó el "Consenso de los *Commodities*", para buscar el crecimiento económico y la incorporación al consumo. Hoy ese patrón de crecimiento está en entredicho, entre otras cosas, por la crisis ecológica y por sus impactos en territorios y comunidades. Al mismo tiempo, la restricción fiscal (incomparable a la holgura generada por el *boom* de las materias primas entre 2005 y 2015) acota los márgenes de acción y de gasto público.

Los programas de transferencia condicionada, por otra parte, altamente efectivos por su impacto en la pobreza y su bajo costo fiscal, se quedaron cortos en términos distributivos. La segunda transición demográfica, así como la necesidad de acotar las brechas de género, exige hoy expandir políticas de cuidado y reformar sistemas de pensiones y de salud pública escuálidos. La mayor incorporación al sistema educativo formal alcanzada en las últimas décadas no ha permitido, empero, reducir suficientemente las brechas internas (entre ricos y pobres) y externas (respecto al logro y calidad educativa en países desarrollados). En un mundo en plena revolución tecnológica, los déficits en investigación y desarrollo limitan la capacidad de los países de América Latina de insertarse en cadenas de valor globales como algo más que productores de materias primas.

Esa incapacidad impacta también en una creciente dualización de los mercados laborales locales, al ampliar brechas entre quienes acceden a trabajos de alta productividad y remuneración y quienes prestan servicios en condiciones cada vez más precarias de empleo. En esta fuerza laboral precarizada tiene participación creciente la población migrante, cuya incorporación laboral, en

contextos de baja sindicalización, presiona a la baja los salarios y alimenta reacciones xenófobas por parte de trabajadores nacionales desplazados. El problema de la vivienda también refleja un proceso de fuerte dualidad entre quienes acceden a créditos para inversión inmobiliaria (desde la compra de departamentos para arriendo al desarrollo inmobiliario) y quienes se ven forzados a arrendar en un contexto en el que la escasez de oferta y el endurecimiento de los créditos para sectores medios y bajos han empujado los precios al alza. En el caso de Chile, por ejemplo, se estima que en la pospandemia unos 2 millones de personas carecen de acceso a una vivienda digna. En este contexto social general, la informalidad e incluso la ilegalidad se han revitalizado como canales alternativos para la aspiración de movilidad social bloqueada por una economía formal fuertemente estamental que reproduce desigualdades. Estas desigualdades, al mismo tiempo, se han politizado significativamente en los últimos años.

Por su parte, los Estados, que deberían jugar un rol de articulación estratégica en la promoción de industrias y sectores capaces de generar un nuevo tipo de crecimiento económico, son hoy cada vez menos capaces de hacerlo. Esto también afecta, obviamente, su capacidad de regular y canalizar conflictos por vías institucionales. Por un lado, en el escenario pospandémico de bajo crecimiento con inflación, los gobiernos enfrentan enormes restricciones fiscales. Por otro lado, en la nueva economía digital y con la irrupción de los gigantes de la *gig economy*, los Estados han perdido el monopolio respecto a la capacidad de generar información sobre las sociedades que gobiernan. Hoy Google o Microsoft cuentan con mejor información y analítica de datos que las administraciones que deberían regular su acción.

Combinando datos estatales abiertos con datos privados, las consultoras de prospección minera, por ejemplo, tienen hoy mejor información que las agencias estatales de regulación.

Asimismo, una parte importante de la nueva informalidad en la economía funciona sobre la base de aplicaciones cuya regulación se ha vuelto virtualmente imposible, en parte porque en una economía precarizada las *apps* también funcionan como un seguro de desempleo y como red subalterna de protección social. Finalmente, el quiebre del monopolio informacional también resquebraja el monopolio de la coerción en que se sustenta la capacidad estatal de regular legítimamente las interacciones sociales. ¿Cómo se regula mejor con peor información relativa? En suma, la institucionalidad estatal y su poder están desafiados por arriba y por abajo.

¿Cuáles son los retos que enfrentan Boric y su gobierno en este plano? Chile cuenta hoy con un modelo de crecimiento económico agotado, en su sociología política y en su economía moral. El viejo modelo, el que en palabras del presidente Piñera días antes del estallido de 2019 consagraba a Chile como un “oasis” en el desierto latinoamericano, está quebrado. Los actores, las instituciones y los repertorios que lo hacían “funcionar” carecen hoy de legitimidad. Esa falta de legitimidad, no obstante, no se traduce en la articulación de una alternativa. Chile posee condiciones únicas para convertirse en una potencia verde mediante la producción de energías renovables (solar, eólica, hidrógeno verde) y la explotación, en clave sustentable, de materias primas elementales para industrias limpias (por ejemplo, el cobre, cada vez más demandado como conductor, y el litio, clave para la producción de baterías). Sin embargo, explotar estas riquezas requiere no solo

hacerlo en clave ambiental, sino también proveyendo estímulos a la inversión en un contexto en que los marcos regulatorios están siendo fuertemente objetados y bajo revisión (en la Convención Constitucional), y en que la conflictividad territorial y los repertorios de acción colectiva en el nivel local se han concentrado durante años en la oposición a industrias extractivas. Existe por tanto un clima de desconfianza doble: la de potenciales inversores y eventuales socios del Estado y la de comunidades que durante décadas han sufrido las consecuencias de la explotación socialmente irresponsable de recursos naturales.

La articulación de un nuevo modelo también carece de actores. Más allá de expresiones locales extremadamente fragmentadas o de grupos de interés e identidades más bien “monotemáticos”, los únicos actores todavía organizados y con capacidad de acción colectiva (aunque últimamente solo logran generar *boomerangs* en la opinión pública) son los empresarios del viejo modelo. En el plano geopolítico, por su parte, el cambio más relevante es la creciente presencia china en sectores estratégicos de la economía chilena. Ni los empresarios tradicionales ni China proveerán, al menos si actúan sin contrapesos, la base para articular un nuevo modelo.

Mientras tanto, lo que seguramente se ve desde La Moneda son demandas, petitorios, enojo y esperanzas, todas tan inmediatas como fragmentadas en cuanto a su articulación colectiva. El denominado “quinto retiro” (la posibilidad de retirar un 10% adicional de los fondos de pensión de las cuentas de ahorro personal) al que el gobierno hoy se opone (habiendo apoyado, desde la oposición, los cuatro proyectos anteriores) es tal vez la manifestación más visible de este tipo de demandas, su inmediatez y

su falta de articulación colectiva. Cualquier similitud con las lógicas que han predominado en la Convención Constitucional no es mera coincidencia, porque, en definitiva, en Chile hay demandas, pero no hay (aún) actores ni proyecto para un nuevo modelo de desarrollo. La ciudadanía hoy sabe muy bien lo que no quiere y lo que no le gusta y coloca su esperanza en un nuevo modelo que, en términos de proyecto, es una entelequia. Pensar que el nuevo texto constitucional, aun si termina siendo de gran calidad y aprobado por un amplio margen que lo dote de legitimidad, representa ese proyecto es también claudicar ante el pensamiento mágico.

Como el modelo en crisis, el nuevo proyecto está también huérfano de economía moral. El legado más persistente del neoliberalismo en Chile es la destrucción de bienes públicos. Sin bienes públicos, extendidos y socialmente transversales, resulta prácticamente imposible articular coaliciones políticas amplias para negociar los parámetros de un nuevo modelo. En Chile no hay bienes públicos y muy poca gente los promueve o desea para sí. A modo de ejemplo, la sentida demanda por un sistema de pensiones más generoso y justo choca de frente con la preferencia, también mayoritaria, por un sistema de capitalización individual en el que cada quien ahorra lo que puede. Por su parte, la educación pública carga con el estigma de ser la educación de los más pobres, aun cuando ofrezca, en muchos casos, igual o mejor calidad que los colegios subvencionados con que compite en el nivel local. La gran mayoría de quienes pueden pagar un copago mínimo segregan a sus hijos de los más pobres, lo que deteriora nuevamente un bien público social fundamental. En suma, no solo pesa la falta de actores con capacidad de sostener un modelo alternativo, sino que también pesa la incapacidad de reconstituir

un *ethos* que fomente la reconstrucción de bienes públicos en torno de los que progresivamente se articulen nuevas coaliciones sociales que los sostengan.

El (des)orden

Si dar con una economía política y una secuencia de reformas capaz de avanzar en el frente económico y social resulta complejo, también lo es solucionar los problemas de orden que hoy constituyen una preocupación principal de la sociedad chilena. En principio, los problemas de orden son cuatro. Todos tienen causas de larga duración, aunque cada uno de ellos se ha agudizado, por una combinación de acciones y omisiones, durante el Gobierno de Piñera.

a) El conflicto en la zona de la Araucanía ha escalado significativamente y generado episodios de violencia cotidianos. Este conflicto, de larga data en Chile, tiene múltiples vertientes y expresiones, que se reflejan también en clave territorial y en quiebres y conflictos internos entre militantes de la causa mapuche. A modo de ejemplo, los grupos más radicales que participan del conflicto no reconocen a los constituyentes mapuche en la Convención Constitucional como sus representantes y han descartado, desde el comienzo, su participación en esfuerzos de diálogo y negociación con el gobierno que encabeza Boric. La primera incursión del gobierno entrante en la zona de conflicto fue repelida (exitosamente) a balazos. La ancestral heteronomía de las comunidades mapuche dificulta así la capacidad de lograr acuerdos vinculantes y relativamente amplios. Asimismo, existen en la zona crecientes apuestas paramilitares por parte de terratenientes y empresas, que también han contribuido a la escalada de violencia.

La coordinación entre seguridad privada y pública es poco transparente, pero los testimonios disponibles apuntan a una colusión de facto entre las fuerzas de seguridad pública, los terratenientes y las empresas. Esto también se traduce en una larga retahíla de abusos perpetrados en contra de comunidades indígenas por parte del Estado. Por otro lado, existen en la zona múltiples expresiones de actividad criminal vinculadas al robo de madera, la extorsión (impuesto de seguridad), el cultivo de marihuana y el tráfico de tierras. Respecto a esto último, existen serios cuestionamientos respecto a la acción de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (Conadi) en cuanto a la compra de tierras y su distribución a comunidades indígenas. En suma, el desorden y la consolidación de territorios liberados han generado incentivos para el asentamiento de múltiples economías ilegales, no necesariamente (o directamente) asociadas al conflicto original.

b) En los últimos años, la situación en la frontera norte del país se ha deteriorado de manera visible ante la inoperancia del Estado chileno respecto a la regulación de la migración y el tráfico fronterizo con Bolivia y Perú. Esa frontera, en la que tradicionalmente han operado redes de contrabando y tráfico de bienes y personas, hoy parece estar fuera de control. El flujo de población migrante ha generado a su vez brotes xenófobos y crecientes conflictos sociales entre inmigrantes y población local. De estos conflictos se han alimentado ya, para crecer electoralmente, fuerzas políticas emergentes de carácter nacionalista y conservador. Hoy la situación es tan tensa que el Gobierno de Boric decidió extender el estado de excepción en el norte del país, lo que permite el despliegue de fuerzas armadas para colaborar en tareas de patrullaje y control.

c) La expansión del narcotráfico ha tomado especial notoriedad en la agenda pública. En particular, la estructura del microtráfico a escala barrial genera dos tipos de problemas. Por un lado, situaciones de control territorial pautadas por un abandono tácito por parte del Estado (lo que no necesariamente implica la ausencia de fuerzas policiales, sino procesos de colusión con bandas locales) y una fuerte violencia estructural. Estas situaciones eventualmente producen escaladas de violencia en el marco de disputas territoriales entre bandas. Por otro lado, un aumento de situaciones de robo con violencia (en comercios, residencias y en la vía pública, especialmente contra vehículos). Esto último, porque la estructura relativamente precaria de las bandas de microtráfico se asocia al financiamiento recurrente de compra de producto a través de dineros obtenidos mediante la reducción de especies robadas.

En simultáneo a la expansión del narco, también se han expandido organizaciones criminales vinculadas a la extorsión, el microcrédito informal, el sicariato, la ocupación de terrenos y propiedades y la administración de espacios de venta para el comercio informal. La irrupción de estos fenómenos se asocia además a una mayor conflictividad y a episodios de violencia recurrentes en el espacio público, los cuales también han contribuido a un crecimiento significativo de los homicidios en el país.

d) Finalmente, el gobierno también ha debido enfrentar, ya durante sus primeras tres semanas, protestas callejeras violentas que ha tenido que sofocar recurriendo a la represión policial. Estos últimos episodios han tensado la relación con parte de la base social del gobierno, incluidas figuras del Partido Comunista, así como con movimientos sociales (como parte del movimiento

de estudiantes secundarios, quienes ya se han declarado en oposición al gobierno). Un elenco oficialista fuertemente asociado a la protesta se ha visto así en la necesidad de recurrir rápidamente al apoyo de Carabineros, institución involucrada en la violación de derechos durante la represión del estallido de 2019, para intentar controlar las manifestaciones violentas. El episodio más llamativo (por el momento en que ocurrió) lo constituyó una declaración pública de la ministra Siches que dio absoluto respaldo a Carabineros antes de la conmemoración del Día del Joven Combatiente, organizada por colectivos de izquierda para recordar el asesinato de tres militantes comunistas en 1985 y rechazar a la dictadura pinochetista (*El Desconcierto*, 29 de marzo de 2022).

Los cuatro problemas asociados a la agenda de orden y seguridad tienen como mínimo común denominador el rol de las fuerzas de orden, así como la presencia, evidente pero problemática, de contradicciones entre el discurso electoral, el propio origen del Frente Amplio y su acción de gobierno.

Respecto al rol de las fuerzas de seguridad y especialmente de Carabineros, el desafío consiste en encarar una reforma profunda de la institución para, entre otras cosas, someterla a un control civil efectivo, mientras se la necesita operando en las calles para solucionar problemas que hoy se han vuelto el centro de la preocupación ciudadana. Respecto al conflicto en la Araucanía, las primeras semanas han dado cuenta de una falta de profundidad en el diagnóstico sobre sus distintas aristas y su complejidad. Los llamados al diálogo, así como gestos relevantes como el de levantar el estado de excepción, a diferencia de lo que se decidió para el norte del país, generaron por el momento reacciones violentas por parte de los actores más radicales. Dialogar y negociar

requiere poder imponer condiciones y costos a los actores a cambio de proveer garantías. Nuevamente, sin embargo, para poder lograr un diálogo exitoso y vinculante, el gobierno depende de actores que le son en principio hostiles, sobre los que no tiene suficiente influencia y que, en última instancia, desconfían de la prometida “refundación” de las fuerzas del orden.

La encrucijada

El gobierno se encuentra, en mi opinión, ante la siguiente disyuntiva. Una opción, al menos por defecto, consiste en constituirse como un gobierno que impulse sin demasiada coordinación distintas agendas y reformas sectoriales, intentando a su vez encaminar la gestión cotidiana de temas centrales para la población (por ejemplo, la reactivación económica y la restitución del orden público). Esa gestión puede, al mismo tiempo, ganar fuerza con el impulso de demandas más caras a su base social, como el avance de la agenda de género y el compromiso ambiental. En este escenario, el desenlace de la propuesta de nueva Carta Magna que emerge de la Convención Constitucional también será sumamente relevante para el gobierno y su gestión. En caso de que la nueva Constitución sea aprobada, parte significativa de la acción de gobierno deberá volcarse a la difícil transición entre ambos órdenes constitucionales. El rechazo del nuevo texto constitucional constituirá, en cambio, un golpe duro a la agenda de transformación social que impulsa el gobierno, y puede complicar, a su vez, el clima en el que deberán negociarse reformas para las que el oficialismo no cuenta con mayorías legislativas suficientes.

En este escenario, la suerte final del gobierno dependerá de la efectividad de su gestión y de su capacidad de mantener niveles razonables de adhesión sobre la base de su política comunicacional. En caso de que las cosas vayan bien, tal vez logre perfilar figuras de gobierno como alternativa para disputar la próxima elección. Para eso tiene varios buenos nombres. En caso de que las cosas no vayan bien, el nuevo “anti” probablemente lo ofrezca la ultraderecha, hoy fortalecida por el derrumbe de la centroderecha y la irrupción del Partido Republicano en la última elección.


La segunda alternativa consiste en intentar articular un proyecto de desarrollo integral, vertebrando y organizando a actores sociales que hoy no tienen expresión colectiva. El liderazgo de Boric y la elevada adhesión que concita, así como el desconcierto y debilidad relativa de los actores centrales del viejo “modelo”, abren una posibilidad fugaz de comprar tiempo e intentar esa articulación. El riesgo de intentarlo es que nadie sabe muy bien cómo cuadrar ese proyecto, dotándolo de bases sociales y de una nueva economía moral. El riesgo de no intentarlo es convertir esta nueva alternancia hacia la izquierda en otro movimiento efímero de un péndulo que se alimenta hace ya décadas de un descontento con quienes gobiernan que carece de articulación política.

Bibliografía

El Desconcierto (29 de marzo de 2022). Siches por Día del Joven Combatiente: “No vamos a tolerar ataques violentos”.

Matus, Javiera (14 de febrero de 2021). Sename registró 4.500 denuncias por maltrato a menores en 2020. *La Tercera*.

Svampa, Maristella (marzo-abril de 2013). "Consenso de los *commodities*" y lenguajes de valoración en América Latina. *Nueva Sociedad* (244), 30-46. <https://nuso.org/articulo/consenso-de-los-commodities-y-lenguajes-de-valoracion-en-america-latina/>



Constituir como desafío de gobierno en contextos destituyentes

Catalina Pérez

La noción de transformación es una referencia permanente dentro de la interpretación que como coalición hacemos del momento político, sin embargo, ¿en qué contexto se desarrollan dichas transformaciones? ¿Qué desafíos rodean la transformación a la que Chile nos invita? Me gustaría añadir un elemento adicional a la discusión sobre la profundidad y la velocidad de la transformación que impulsamos: el ánimo aún destituyente y la crisis que nos asiste le exigen a nuestro gobierno construir una “nueva normalidad”, que habilite la transformación por la que venimos luchando desde hace décadas y avance en la afección a proyectos políticos que nos permitan pasar a la constitución del Chile del mañana.

¿Qué resulta necesario para dicha habilitación? ¿Qué constituye la normalización de la situación política nacional? y ¿cuáles son las características de nuestra transformación? son incógnitas que desafían nuestro periodo político, probablemente más allá de esta primera administración de gobierno y después de un

momento de excepcionalidad en Chile en 2019 y el desencadenamiento de una crisis económica, cultural, social y política previa y posterior al COVID-19.

Digo momento de excepcionalidad, al caracterizar un momento de rebeldía popular *improyectable* en sus características, momento puntual, y efectos futuros, distinguible de la movilización masiva que hace décadas toma las grandes avenidas de nuestro país y que es –a diferencia de la excepcionalidad–, previsible para cualquier observador crítico del funcionamiento de la promesa neoliberal de ascenso. Bastaron las frases desafortunadas de ministros y empresarios de un gobierno neoliberal para encender una llama incontrolable. La ofensa definitiva al pueblo de Chile transformó demandas populares pero lejanas al sentido común en insignias masivas en la periferia del problema central: la injusta distribución del poder que conduce al abuso que, de pronto, era capaz de movilizar el malestar así como los límites de la política. Y es que la desconexión de gobernantes y gobernados en un país de oligarcas con profunda tradición portaliana, que desconfió de la reflexión de su pueblo, hizo agua. Así como hizo agua la promesa del mérito y el ascenso social.

Ese momento de excepcionalidad de octubre de 2019 podría decantar en recoger la oferta del orden impugnador representado en el surgimiento de una nueva ultraderecha chilena, o bien recoger la oferta de impugnación constituyente transformadora. Y es que el despertar de octubre fue sobre todo impugnación y destitución frente al abuso político y empresarial. La *constitución* de algo, si es que vino, vino después.

En el plebiscito de entrada al proceso constituyente¹ todas nuestras expectativas giraban en torno al triunfo de la opción *apruebo* respecto del *rechazo* frente a la pregunta de ¿quiere usted una nueva Constitución? Sin embargo frente a la pregunta de ¿quién debería redactarla? una *Convención mixta* (mitad parlamentarios, mitad personas electas para este efecto) o una *Convención constitucional* (100% electa), nuestras proyecciones resultan mucho menos alentadoras. Esto porque presumimos que era una pregunta de más difícil comprensión y porque, además, asumimos que probablemente el argumento de la experiencia asociada a la experticia contribuiría a que el elector prefiriera la presencia de políticos que, mal que mal, algo eventualmente sabrán de lo que han estado haciendo. Para la sorpresa de muchos, la Convención Constitucional, con el 79,18%, incluso superó al Apruebo, que obtuvo 78,31% de las preferencias aun pese a dichas debilidades. Resultaba un acuerdo nacional relevante que no estuvieran *los políticos de siempre* en la redacción de la nueva Constitución, así como que la antigua Constitución debía ser reemplazada.

Otro tanto, en el mismo sentido, puede desprenderse del surgimiento de 2 nuevas alternativas electorales: la primera, la *lista del pueblo*. Si bien Revolución Democrática, nuestro partido, fue el partido más votado en la elección de convencionales

¹ Plebiscito desarrollado el 25 de octubre de 2020 con la mayor participación histórica del país en votos absolutos emitidos, pese al aislamiento ordenado a parte de la población por la autoridad sanitaria en el contexto de COVID-19 que ya había obligado a suspender su desarrollo en una oportunidad (la primera fecha programada para el desarrollo del plebiscito fue el 26 de abril de 2020).

constituyentes, la *lista del pueblo*, organización política conformada especialmente para dicha elección (posterior al plebiscito)² fue la lista con mayor éxito electoral en la asignación de escaños a la Convención Constitucional a nivel nacional. La lista del pueblo se caracterizó y debió su éxito a la impugnación total a los partidos políticos existentes, más allá de su propuesta programática o ideológica y una débil cohesión programática propia. La alternativa fue incapaz de mantener su funcionamiento y se dividió en varios segmentos antes de la mitad del periodo de funcionamiento de la Convención.

La segunda: el *Partido de la Gente*. Una de las alternativas de mayor éxito electoral para la campaña presidencial posterior a la elección de convencionales.³ “Ni de izquierda ni de derecha” el Partido de la Gente obtiene un número importante de escaños parlamentarios al alero de un candidato presidencial que obtiene el tercer lugar, superando a las alternativas de la centroizquierda y centroderecha tradicional y sin pisar jamás el territorio nacional durante la campaña, producto de un juicio pendiente por deuda de pensión de alimentos. Una campaña dirigida contra el abuso de los políticos –a quienes propone reducir el sueldo– y la impugnación por igual a la promesa de izquierdas y derechas, que denuncia que te han “usurpado tu dinero” haciéndose ricos los políticos y sus grupos económicos.

2 Elecciones desarrolladas en 2 días: 15 y 16 de mayo de 2021, junto con las elecciones de Gobiernos Regionales y Municipios.

3 21 de noviembre de 2021.

¿Por qué todo esto resulta relevante para los desafíos de nuestro gobierno? Bueno, porque la incorrecta valoración del momento de excepcionalidad y la crisis consecutiva que nos condujo a gobernar, nos conduce también al error en la evaluación de la expectativa que la población tiene de nuestro gobierno y el grado de respaldo popular a nuestras reformas. Habitamos momentos destituyentes de profunda impugnación de los cuales también podemos ser víctimas.

Nuestro gobierno llegó a ser gobierno por la demanda de cambio del momento de excepcionalidad, la posibilidad de encarnar un proyecto fuera de los márgenes de la administración de los últimos 30 años en Chile exigido en este profundo periodo de impugnación, y un tercer elemento: el perfilamiento hacia la garantía de orden necesario en un momento de crisis.

Quien tuvo también esa posibilidad y capacidad de representación no fue otra candidatura de izquierda o centro, fue la extrema derecha. Así como nosotros, estuvo también cerca de liderar el gobierno José Antonio Kast, el candidato de la extrema derecha que logró reunir, después del despertar chileno, después del diagnóstico de crisis del modelo neoliberal, después de vulneraciones de derechos humanos por parte del Estado de Chile y tras todos los avances civilizatorios que trae el feminismo para las mujeres y las disidencias y diversidades sexo-genéricas, el 27,9% de los votos en primera vuelta, superando nuestra candidatura, la del presidente Gabriel Boric, y un 44% de los votos en la segunda vuelta presidencial.

Cuando nuestras ideas y las de la extrema derecha se enfrentaron, ganaron nuestras ideas. Pero lo que dicho resultado esconde

es ¿cómo es que llegan a enfrentarse con posibilidad de éxito, de par a par, 2 proyectos en extremo distintos? Y aquí es donde vuelvo a la lectura del momento de excepcionalidad, a la impugnación y a la crisis.

El respaldo a nuestro gobierno no es un respaldo inequívoco a nuestro programa, a nuestras ideas de *constitución* de un nuevo modelo social. Es sobre todo una respuesta a la destitución y el orden. Y el conflicto de aquello es que la destitución es siempre contra alguien, no por alguien o algo.

Enfrentados con la capacidad ambos de representar algo nuevo (que en el imaginario colectivo impugna y destituye lo anterior), la segunda vuelta presidencial le exigió a nuestro proyecto y relato político hacerse cargo de la necesidad de orden, propio de un momento de crisis. El perfilamiento del ahora presidente, en ese entonces candidato, puso acento para la segunda vuelta en un hombre de Estado, con capacidad de diálogo y apego institucional. Las mangas dejaron de arremangarse, se añadieron chaquetas formales y los relatos comenzaron a ampliarse hacia agendas dirigidas a la seguridad pública y económica de la población. Comenzamos a ser quienes no solo daban garantía de cambio, sino también certezas y estabilidad, garantía de orden.

Vuelvo a esta premisa: llegamos a gobernar producto de la demanda de cambio, nuestra posibilidad de representar una nueva alternativa más allá de los últimos 30 años y la posibilidad de ofrecer orden tras un momento de crisis.

En el caso de la Convención Constitucional, los sectores de izquierda en la Convención obtuvieron tal número de escaños que

pese al alto quórum para alcanzar acuerdos, que fijamos en el acuerdo constitucional del 15 de noviembre,⁴ no necesitaron negociar con la derecha para la aprobación de normas. Estoy convencida de que el alto respaldo a nuestro sector no estuvo necesariamente dado por nuestras propuestas, sino más bien por la posibilidad de entender y representar de mejor manera la crítica al modelo neoliberal y la impugnación a los sectores tradicionales de la política. Que “*con mi plata no*” –la iniciativa popular de la norma en la Convención dirigida a proteger las cotizaciones individuales previsionales de las personas, promovida por los sectores empresariales y la derecha– fuera la iniciativa más votada por las personas, no habla solamente de los mayores recursos económicos y la hegemonía de los medios de comunicación masiva de esos grupos para promocionar sus ideas, habla

4 Parte del acuerdo fue la fijación de un quórum de dos tercios que obligara a la promoción de una conversación entre diversos sectores para alcanzar acuerdos supra mayoritarios y con ello una Constitución estable y representativa. Este elemento del acuerdo fue errónea y ampliamente criticado por algunos sectores de izquierda, que consideraron se le daba capacidad de veto a la derecha chilena repitiendo la fórmula de la Constitución de 1980. La crítica no consideraba la existencia de la hoja en blanco como principio de redacción de la nueva propuesta constitucional que daba garantía de libertad a la redacción de la propuesta: que una norma no alcanzara el quórum para ser parte de la propuesta constitucional no significaba un resguardo conservador en dicha materia, sino simplemente la ausencia de regulación. Ante la ausencia de regulación constitucional se abría siempre la posibilidad de regulación en un rango normativo inferior, dando apertura al debate democrático de carácter legal incluso con quóruns menores que los exigidos para ser parte del texto constitucional.

también del acuerdo mayoritario por terminar con el abuso de las AFP, y del desacuerdo respecto de que aquello signifique necesariamente avanzar hacia una lógica de solidaridad. De nuevo, la presencia de impugnación y destitución no quiere decir que exista acuerdo social sobre hacia donde constituimos o elaboramos luego una propuesta.

El análisis crítico de los resultados de la Convención, a mi juicio, obedece también a aquello. Una sobrevaloración del respaldo a nuestras ideas producto de nuestros resultados, que desconoce las décadas de neoliberalismo en las que ha vivido la sociedad chilena. No quiero desconocer con esto la descarada instalación de mentiras y el ataque permanente y orquestado de los sectores conservadores de nuestro país al proceso y al resultado de la Convención Constitucional. Pero sí quiero que nuestro sector político identifique adecuadamente cuál es el escenario y las dificultades que enfrentamos, para pasar de un momento destituyente a uno verdaderamente constituyente donde nuestras ideas (o las de otros) logren construir mayorías sociales y políticas.

En medio de una crisis económica, cultural, social y política, pasar de la destitución a la *constitución* es la expresión de la conducción política del país. La crisis múltiple, que ya era evidente en el momento de excepcionalidad de la revuelta popular de octubre de 2019, se agudiza con la pandemia y sus efectos económicos y de convivencia democrática, en un momento de impugnación y disputa de los acuerdos democráticos que prefiguran el nuevo Chile. Nuestro gobierno administra, finalmente, un momento donde lo viejo es destituido y lo nuevo no termina de aun de configurarse como horizonte social y mayoritario compartido, en medio de una crisis nacional y mundial de paradigmas y

condiciones materiales. Generar condiciones mínimas de convivencia democrática es esencial para permitir el surgimiento del debate democrático en torno a nuevos parámetros que redistribuyan el poder y la riqueza en Chile, que nos permitan avanzar hacia el horizonte de cambios que imaginamos en nuestro programa de gobierno.

Si además de la incertidumbre propia de la crisis asumimos que la transición de un modelo a otro genera siempre algo de inestabilidad, las estructuras que den garantías de orden para habilitar dicho tránsito son imprescindibles para el éxito de este proceso –y de nuestro gobierno.

En medio de uno de los momentos aún agudos de la pandemia, el Gobierno de Sebastián Piñera buscó instalar la idea de una *nueva normalidad*. La crítica no tardó en llegar: lo que se nos proponía como normalidad consideraba aún la existencia de ollas comunes para paliar la crisis económica de familias cuyo trabajo informal era imposible de desarrollar durante el confinamiento masivo. Una *nueva normalidad* sumamente precaria para los trabajadores, en la que el gobierno deja de aumentar el gasto fiscal para atender la crisis y traslada sus costos a las familias, con una fuerte carga adicional en las mujeres trabajadoras. Una invitación inmoral, imposible e inadecuada para su tiempo, pero, en abstracto, comprensible e incluso necesaria. Eventualmente, el asentamiento de una nueva normalidad es necesario para salir de la caótica administración de la crisis y habilitar, en nuestro caso y a diferencia del gobierno anterior, un rumbo transformador para el país.

A nuestro gobierno le tocará normalizar la vida del país como una condición básica de la habilitación del proceso de transformaciones. Cabe preguntarnos entonces ¿qué significa esta normalización? ¿Qué desafíos presenta la creación de este nuevo piso de convivencia democrática?

Un elemento central son siempre las condiciones materiales que enfrenta la población. Echar a andar un gobierno transformador en medio de una crisis inflacionaria global representa una dificultad evidente. De ello, lo que está en nuestro control son elementos de regulación internos, que pueden contribuir a entregar las certezas y constituir una normalidad económica que devuelva algo de calma y estabilidad a la población. Y esto resulta en una buena cancha para desarrollar la idea de que la normalización es el ejercicio del programa transformador y es, a su vez, habilitación de la transformación. Cómo un gobierno normaliza es también la ejecución de su mirada programática. Es distinto normalizar mediante bonos para consumo que mediante el fortalecimiento de un sistema de seguridad social, que desde una política social permanente que sea capaz de constituir normalidad y las bases de un nuevo orden con un Estado que cuida y no abandona a la suerte de los vaivenes del mercado. En el marco de la crisis de seguridad, es diametralmente opuesto normalizar mediante la reducción de requisitos para el porte de armas de la población civil a normalizar mediante el fortalecimiento de la capacidad del Estado de entregar tranquilidad a las familias.

Entonces, los períodos de normalización no solo presentan dificultades para los gobiernos y el avance de su agenda (como tanto le gusta apuntar a la prensa conservadora), sino que también presentan oportunidades. En nuestro caso, la oportunidad de

reconfigurar el piso sobre el cual se mantiene la conversación democrática hacia uno de mayor bienestar social, y también de generar afección a un proyecto político y sus liderazgos, como liderazgos e ideas capaces de restaurar el orden y en la práctica, mejorar condiciones de vida que permitan a la ciudadanía salir de la crisis en la que se siente inmersa para disponerse a profundizar el debate democrático sobre la constitución de un nuevo paradigma de transformaciones.

Esta última idea me parece también importante: el paso entre la impugnación y la destitución a la *Constitución* se juega en la posibilidad de generar afección a una nueva idea o paradigma colectivo, a una nueva propuesta y proyecto político que *constituya* conectando y navegando en este escenario de impugnación.

La derrota del plebiscito ratificatorio de la nueva Constitución de 2022 tiene mucho que enseñarnos sobre esto. Fue tal la reafirmación de la destitución, que quienes son responsables de la desafección de la población a la política, después de volverla incapaz de responder adecuadamente a las necesidades de las grandes mayorías, utilizaron dicha desafección, dicha incredulidad, dicho ánimo destituyente e impugnador, para volverlo contra quienes buscaron constituir. Nosotros hicimos otro tanto cuando asumimos que nuestro ánimo constituyente era también el ánimo de la población y que el lugar del impugnado no sería jamás el nuestro. Nosotros erramos cuando asumimos que nuestras ideas, capaces de constituir mayoría dentro del órgano constitucional, tendrían respaldo social mayoritario por sí mismas y no porque representaran también la urgencia de una respuesta sobre algo y respecto de alguien que impugnó y destituyó para vivir mejor. El proceso constituyente (y destituyente) chileno sigue abierto y, por

tanto, sigue abierta también la hoja de ruta sobre la cual, junto con nuestro programa de gobierno, transformador, se construye el nuevo ciclo político chileno y en torno al cual el desafío es generar la afición política necesaria para su avance y la conformación de un ciclo materialmente constituyente.

El conflicto que pretendo advertir para nuestro proyecto político y nuestra tesis estratégica, que fue el desarrollo de una Convención Constitucional, es que resulta imposible avanzar hacia dicha afición política –imprescindible para salir del ciclo destituyente– si en un momento de crisis como el que actualmente vivimos no somos capaces de ser una herramienta de normalización con orden, estabilidad, certezas y mejoramiento concreto de las condiciones materiales de una familia promedio. El éxito de la instalación del modelo neoliberal en Chile no fue producto de la promesa de ascenso, como no lo será para nosotros la promesa abstracta de derechos o democracia. El secreto del éxito de la instalación neoliberal chilena fue el acceso inmediato al consumo (mediante endeudamiento), así como nuestro éxito será el mejoramiento actual, inmediato y concreto de la forma en que una familia vive en su cotidianidad. El Estado y la política tienen que estar presentes en su mesa.

Creo que existen otros dos elementos relevantes a la hora de trabajar esa afición que nos permitan ya no *destituir* sino que *constituir* juntos y juntas. Por un lado la configuración de un nuevo sujeto universal que nos una. Por otro lado, la ruptura de la lejanía o, derechamente, fronteras que existen entre quienes administran el poder por medio de la política y quienes se ven afectados por dicha política, la distancia entre gobernantes y gobernados que da lugar al abuso.

Sobre lo primero, ¿quiénes somos los que exigimos cambios, cansados de los abusos de los poderosos? ¿Cómo nos hacemos llamar? ¿Qué sentimos? Volver a sentirnos parte de un cuerpo, con agencia política, es fundamental para la afición de proyecto. Décadas de neoliberalismo lo han vuelto complejo y el 18 de octubre tuvo mucho de eso: la capacidad de identificarnos como parte de un mismo proceso de cuestionamiento y rebeldía, como un mismo sujeto, motivado por la misma emoción. A nuestro proyecto político le ha sido complejo la reivindicación de universalidades producto de nuestra búsqueda de reivindicación de la diversidad y la disidencia dentro de la convivencia democrática. Así como nos movilizamos contra el abuso y los *abusadores* en el momento de excepcionalidad, ¿cómo se llama ese sujeto rabioso, rebelde y cansado, que transita entre la esperanza y la indignación?

La ruptura de las fronteras que existen entre quienes administran el poder por medio de la política y quienes se ven afectados por dicha política ha sido parte de una de las intuiciones de origen de nuestra coalición, el Frente Amplio. La conciencia de que la forma en que se ejerce la política es tácticamente tan o más relevante que el fondo de lo que se plantea para efectos de la instalación de un proyecto político. La cercanía con la gente que el presidente Boric tiene en su gestión es la continuidad de un nuevo paradigma de ejercicio político, que tiene la virtud de expresar una ética, una estética y una épica distinta al ejercicio tradicional de la política chilena, y con ello convocar a quienes, hasta ahora, miraron la política y sus sujetos con lejanía, ya que ofrece la oportunidad de generar la afición que un momento como este necesita.

La política que baja desde el Olimpo a la plaza pública, que ayer se reflejaba en la instauración de la práctica de cuentas públicas

con micrófono abierto de los primeros parlamentarios del naciente Frente Amplio, y hoy se materializa en un gobierno cuyos comités políticos semanales se realizan en las comunas periféricas de la capital. La política de austeridad en el ejercicio del cargo, de sencillez y cercanía de sus dirigencias. La política donde se reconoce el error y las emociones de sus interlocutores. Una política criticada por ser vista como poco sustantiva, formal y en clave moral. Una política riesgosa porque aumenta los costos de cualquier acción que sea mirada como un ejercicio de privilegio o debilidad. Pero una política imprescindible en momentos donde su ejercicio se aparta de manera cada vez más irreconciliable de la ciudadanía. Tengo la esperanza de que la destitución pueda ser reemplazada o al menos retroceder frente a la empatía y el diálogo entre iguales mediante nuevas formas de hacer política.

Llegamos a gobernar siendo capaces de identificar y representar de mejor manera las necesidades de la ciudadanía en momentos de destitución e impugnación, en buena parte porque nacimos impugnando en este mismo ciclo político. Seremos capaces de fijar la hoja de ruta de transformaciones para Chile y habilitar la cancha para el nuevo momento político donde el pueblo es protagonista, solo si somos conscientes del desafío que representa pasar de la destitución a la constitución de paradigmas y mediante el diálogo y la impugnación. Para ello, la normalización –entendida como la capacidad de proveer de un piso de certezas a la convivencia democrática, distinta a las existentes con anterioridad al momento de excepcionalidad chileno– y la afición a las ideas de cambio son trascendentales para constituir un proyecto posneoliberal.



Consolidar una salida del neoliberalismo

Desafíos para el gobierno en Chile

Camila Miranda Medina

El gobierno como parte del ciclo de cambios

El gobierno liderado por Gabriel Boric no es el comienzo de un ciclo en Chile ni –esperemos– su fin. Es, más bien, una expresión elocuente de que Chile se encuentra en un nuevo ciclo político, cuya orientación se encuentra en disputa. Se trata de un ciclo signado por demandas sobre la provisión de derechos sociales y condiciones dignas de vida, dentro del cual el gobierno encuentra el gran desafío de consolidar el camino hacia un nuevo modelo sociopolítico y evitar su clausura elitaria o autoritaria. En este capítulo proponemos que existen cuatro grandes desafíos que deben ser considerados para sortear con éxito este periodo y consolidar una nueva fuerza de izquierda democrática, feminista, amplia y dialogante, capaz de mantener abierto el ciclo de cambios y de conducir la salida del neoliberalismo.

Chile exhibe un puzle interesante desde la perspectiva de su desarrollo socioeconómico. La década de los noventa vio un

crecimiento económico y reducción de la pobreza sobresaliente en el panorama internacional que fue ralentizado por la crisis asiática, hacia finales de la década. A comienzos del siglo XXI esta tendencia continuó, aunque a paso más lento. Frente al éxito económico y –aparentemente– social, emergen movilizaciones de jóvenes estudiantes secundarios y universitarios. Por un lado, estos hitos desconcertaban a un sistema político cerrado y sorprendentemente estable para el panorama regional. Por otro, las demandas que se delinean en la época marcaban una distancia significativa respecto al modelo socioeconómico instaurado durante la dictadura cívico-militar. No solo se instala una demanda por derechos sociales, sino que también se esboza una demanda por otro *modo* de proveerlos. En algo más de una década de movilizaciones intermitentes y con distintos focos, en octubre de 2019 un aumento aparentemente rutinario de la tarifa del transporte público desata una movilización sin parangón, tanto en términos de su magnitud como de la amplitud de sus demandas. Aunque muchos se arroguen haber predicho esta revuelta social después de ocurrida, lo cierto es que solo después de esta es que se instaura la idea de que el país vive un nuevo ciclo político. Los acuerdos elitarios no bastan para controlarlo y la revuelta social desborda incluso las nuevas estructuras partidarias y de movimientos sociales que habían aparecido durante el periodo reciente. Frente a esta situación, las fuerzas parlamentarias acuerdan plebiscitar un cambio constitucional que, eventualmente, reemplace a la Constitución vigente instaurada durante la dictadura cívico-militar y mínimamente reformada en el gobierno del primer presidente socialista desde el fin de la dictadura. El resultado es históricamente inédito. Una Convención Constitucional paritaria, con escaños reservados para pueblos originarios y donde los partidos

políticos obtuvieron solo un 36% de los puestos, es democráticamente elegida para redactar la nueva carta magna en no más de 12 meses. Es en medio del trabajo de redacción de esta propuesta de nueva Constitución que Gabriel Boric es electo, con una participación electoral igualmente inédita desde el fin de la dictadura. Pero no se trata de una victoria apabullante hacia la consolidación del ciclo. Al contrario, esta alta participación ocurre en un contexto donde el contrincante, un candidato de la derecha extrema que no pertenece a la coalición de derecha responsable de dos de las siete administraciones pasadas, obtiene más de 3,6 millones de votos, frente a los 4,6 de Boric.

Se trata de un proceso incierto, con baja dirección y liderazgos que aún están en una fase de disputa y consolidación. Los movimientos, partidos, actores sociales y de la sociedad civil son múltiples y tienen prioridades, sino intereses, difíciles de compatibilizar. Tanto movimientos feministas, por el agua, la biodiversidad, las pensiones, de los pueblos originarios, como partidos históricos y recién formados, centros de pensamiento, entre varios otros, deben encontrar líneas comunes para un proyecto que consolide el ciclo actual de transformaciones. En oposición, un movimiento hacia la *restauración* del orden abre el paso a potenciales alternativas de extrema derecha. Si bien no existe un proyecto nítido hacia el que este sector apunta, se trata de detener avances en la democratización y ampliación de derechos sociales. Actuar en favor de una definición de los sectores sociales que no participan o se encuentran desafectos de la política es, así, central en un contexto donde no hay, todavía, una mayoría social constituida sobre la cual sostener el proceso de transformación social.

Desafíos para un gobierno de izquierda en el siglo XXI

Frente a este contexto abierto a los cambios, pero con un equilibrio social frágil y acechado por alianzas en la élite económica y policial-militar, emergen desafíos clave que una izquierda gobernante debe sortear, ya sea para consolidar el proceso de cambios o bien evitar retrocesos en los intentos de restauración del orden previo. Un primer desafío para el gobierno consiste en desplegar una capacidad coordinadora –antes que un liderazgo vanguardista– hacia los actores involucrados. No se trata de subsumir múltiples demandas en la agenda de un gobierno, sino de que el gobierno logre establecer canales de diálogo fluidos, para potenciar y armonizar las diversas agendas presentes. A través del aseguramiento de un diálogo democrático con canales de comunicación y resolución de conflictos abiertos, el gobierno puede hacer una contribución fundamental a un proceso que lleve el sistema sociopolítico de Chile a una etapa de mayor bienestar y democracia.

En esta línea, un segundo desafío consiste en incorporar a los grupos e individuos *sin agenda* a tomar partido y participar en favor de cambios que mejoren sus condiciones personales y colectivas de vida. Décadas de erosión sistemática de la confianza política y el distanciamiento del sistema político con el pueblo presentan cualquier institucionalización como sospechosa e ilegítima. Al transformar las condiciones de vida de las personas, dotándolas de mayores capacidades de participación política y exhibiendo la potencia transformadora del sistema político, las reformas recientes como la reducción de la jornada laboral a 40 horas y el aseguramiento del pago de pensiones alimenticias

–mayormente desde padres hacia madres cuidadoras– apuntan a retrotraer esta tendencia. Así, la oportunidad que otorga la posición gobernante, con posibilidades reales aunque acotadas de formular e implementar políticas, es decisiva para este desafío.

En tercer lugar, cabe considerar el desafío de la responsabilidad como gobierno. En un contexto donde reinan los dogmas de la economía política neoliberal no es claro diferenciar qué decisiones los sostienen, de las que apuntan a un actuar político económicamente responsable. El manejo de la inflación, el control de los mercados financieros, la recaudación de impuestos, los reajustes del sueldo mínimo, entre muchos otros, aparecen como áreas complejas de intervención. Por una parte, se espera un giro que logre cambiar el rumbo del statu quo neoliberal. Por otra parte, las decisiones que se toman en estas áreas afectan directamente los intereses de los distintos actores, especialmente de las élites, cuyos intereses han sido priorizados en el modelo chileno, al mismo tiempo que pueden traer beneficios solo en el corto plazo. Las experiencias del siglo XX muestran con claridad los límites de una política social y temporalmente estrecha, así como de la exclusión de las elites y la necesidad de implementar un gasto social sostenible. Sin duda, es imposible no tocar estos intereses o incurrir en mayores gastos para desplegar una política que avance en el aprovisionamiento de derechos sociales y la democratización política. Pero también es cierto que sin asegurar el apoyo de parte de las elites es inviable lograr pactos sociales amplios, que eviten alimentar una dinámica de enfrentamiento por fuera de los cauces institucionales.

Este último desafío, relativo a la articulación entre transformación y responsabilidad, debe ubicarse en una consideración

fundamental que permite poner en perspectiva el contexto histórico que le toca enfrentar a este gobierno. Se trata de la crisis, ya no solo social y política sino también económica, que agrega desafíos y limitaciones a la acción gubernamental. Si el Estado de la transición democrática, que se proyecta hasta la actualidad, se ha mostrado incapaz de resolver las múltiples fuentes de crisis que marcan el derrotero de la sociedad chilena, hasta su comunión como protestas diversas en la revuelta social de 2019, la ampliación de esa crisis múltiple, pese a generar una oportunidad política, no hace sino aumentar la dificultad para lograr una transformación del Estado. De este modo, el Gobierno de Boric debe administrar un Estado (y un sistema político) en crisis, en un contexto en el que la demanda por cambios a este es transversal. Así las cosas, su interpretación del proceso de cambios necesariamente debe pasar por asumir que no es su gobierno el encargado de solucionar la crisis. Su aporte, más bien, puede ser contribuir a perfilar el triunfo de una de las alternativas de solución en pugna que van emergiendo en esta circunstancia. En particular, el gobierno tiene la oportunidad de contribuir a una alternativa democrática, en oposición a una autoritaria. El diálogo abierto entre todos los actores es el camino de solución de los distintos conflictos que atraviesan al país (migración, mapuche, inflación, pensiones, pandemia, entre otras), lo que significa asumir que, hasta cierto punto, es necesario desdoblarse y desbordarse al propio Estado en crisis, para idear nuevas soluciones con la sociedad organizada. Por supuesto, dentro de la legalidad e institucionalidad vigente existe el espacio para actuar, pero este es insuficiente dada la aguda crisis de legitimidad. Una vía es la identificación de conflictos clave, en torno a los cuales se construyan mesas de trabajo y negociación hoy inexistentes, con todos los

actores involucrados, para así evacuar soluciones legítimas. Esto implica subvertir la tendencia al estancamiento y al encierro del actual aparato estatal, construir vías, cuadros e institucionalidad que permitan desplegar esta “nueva forma de hacer política”. Es vital, junto con ello, un relato que una todo esto: hablar de la crisis que se vive, de su hondura y de lo que representa el gobierno como posible solución a ella. En ese marco, su conducción política es fundamental. Por el contrario, la alternativa a más democracia es el autoritarismo, a menudo vestido con los ropajes de la tecnocracia. Algo peligroso o inconducente, toda vez que no se trata de problemas técnicos, sino de una reconfiguración y relegitimación de la política como medio para avanzar hacia el futuro.

Un cuarto desafío que enfrenta el gobierno es el de concretar su declarado espíritu feminista. Un desafío inédito en la historia de Chile. La declaración del Gobierno de Gabriel Boric como un gobierno feminista, realizada en el marco del despliegue de un feminismo de masas que ha obligado a reconfigurar las definiciones políticas de los partidos, entraña una serie de nudos que abordar. En primer lugar, el riesgo de que sea una definición simplemente simbólica es alto. Todos los partidos de izquierda y centroizquierda en Chile se declararon feministas después de las movilizaciones de estudiantes de mayo de 2018, sin embargo, difícilmente se puede sostener que esas declaraciones hayan tenido efectos sustantivos. Lo mismo puede ocurrirle al gobierno. Un gobierno feminista debiera proponerse al mismo tiempo transformar las estructuras coloniales y patriarcales del Estado neoliberal chileno y construir un nuevo tipo de Estado, desplegar políticas destinadas a mejorar las condiciones materiales de vida de las y los trabajadores, modificar la división sexual del trabajo

remunerado así como del trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, y, en general, desarticular las bases de las desigualdades sexo-genéricas en todos los ámbitos de la vida social mediante políticas públicas y leyes. Un gobierno feminista no se debe pensar entonces como uno que dirige su mirada a las mujeres feministas, sino más bien como un gobierno que convoca a las feministas a pensar políticas para el conjunto de la sociedad.

Los desafíos para una izquierda gobernante en Chile son, por tanto, múltiples. Coexisten diversos actores políticos bajo distintos formatos –partidos políticos, movimientos sociales y organizaciones de base– que aún no confluyen en una estrategia políticamente armonizada. A la vez, se requiere incorporar a la política a sectores excluidos, sumar a parte de las elites e implementar políticas que transformen las condiciones sociales y de vida para la participación política en sus diversos niveles. Así también, hacer del feminismo una perspectiva concreta en la acción de gobierno. Todo lo anterior a través de una práctica política que, simultáneamente, sea responsable económicamente e innovadora cuando se requiera, y que exceda a la utilización de las herramientas de gobierno tradicionales.

Hacia una consolidación de la salida del neoliberalismo

El Gobierno de Gabriel Boric se encuentra en medio de un ciclo de cambios donde está en tensión el carácter del proceso que decantará en un nuevo modelo sociopolítico en Chile. En este contexto, hemos delineado lo que consideramos algunos de los principales desafíos para un gobierno de izquierda en el siglo XXI, que tome en serio la construcción de una sociedad democrática

y asegure la libertad sustantiva y el bienestar a la ciudadanía. Son enormes los desafíos para pavimentar este camino hacia un Estado que se encargue de aprovisionar derechos sociales, asegurar una coexistencia libre de violencia y brindar condiciones para el desarrollo integral de personas y colectivos. Una clave para tener éxito con este conjunto de desafíos es que la política del gobierno considere regularmente en su despliegue el acercamiento de nuevos sectores del pueblo, reconstruya la legitimidad del sistema político y engrose la alianza social con miras a la consolidación del nuevo ciclo. No solo se debe apuntar a transformar las condiciones de vida de las personas para mejor, sino también en que estas transformaciones faciliten la incorporación a la política como un espacio deliberativo compartido. Este trabajo no puede ser realizado con ingenuidad, desestimando el rol activo con que ciertos grupos buscan oponerse e incluso boicotear el trabajo del gobierno. Dentro y fuera del Estado existen amenazas al proceso. Asimismo, no puede perderse de vista la necesidad de incorporar sectores amplios, lo que también incluye a las élites y sus segmentos que estén disponibles para contribuir a este proceso.

Finalmente, es pertinente subrayar que en un periodo crítico de la historia del país y del mundo, el pueblo chileno gracias a su enorme movilización logró abrir la puerta para transitar hacia la salida del neoliberalismo. Es una oportunidad histórica, que costó décadas hacer posible. El gobierno, que es parte de este proceso en curso, tiene en sus manos la enorme responsabilidad de consolidar, a partir de su acción, este ciclo de cambios y orientarlo hacia una democracia social y política cada vez más amplia y robusta.



Reflexiones post derrota
El plebiscito
del 4 de septiembre



Proceso constituyente chileno

Tercer acto, plan de acción

Ezio Costa

Según los doctores de la ley este libro no debiera publicarse:

La palabra arco iris no aparece en él en ninguna parte,

Menos aún la palabra dolor,

La palabra torcuato.

Sillas y mesas sí que figuran a granel,

¡Ataúdes! ¡útiles de escritorio!

Lo que me llena de orgullo

Porque, a mi modo de ver, el cielo se está cayendo a pedazos.

Nicanor Parra [extracto].

Introducción

Existen eventos políticos que modifican considerablemente el panorama. A veces, se cambia la materialidad al punto que también cambian las redes humanas que sostienen a las estructuras sociales, mientras otras veces la materialidad no cambia ni tampoco las estructuras, pero sí las redes humanas.

El rechazo a la propuesta constitucional plebiscitada el 4 de septiembre de 2022 cae, a mi juicio, en esta segunda tipología. Mientras que las circunstancias materiales y las estructuras sociales se mantienen idénticas, el único movimiento se produjo en esas redes humanas y, especialmente, en las redes de los poderes constituidos. Se reconfiguró la posición relativa en que los actores políticos se planteaban frente a la sociedad, a propósito de cómo el resultado del plebiscito los golpeó en sus fueros internos, reorganizando las fuerzas que los separan y los unen en torno a ciertas ideas.

Probablemente este sea el mayor riesgo de lo sucedido en dicho plebiscito, en momentos en que la lectura del resultado no parece comprender las raíces del proceso político actual, las que precisamente están más hundidas en la materialidad y las estructuras sociales que en el juego de las redes de poder. El proceso de hastío de la sociedad, que alcanza un pico importante en el estallido social, pareciera mantenerse latente y, peor aún, es posible que haya empeorado a la luz del fallido intento de darle una salida democrática, como fue la Convención Constitucional y su propuesta constitucional.

El desafío que tenemos por delante, por eso mismo, es un desafío más grande que aquel que se nos presentara a fines de 2019, con la dificultad adicional de que las complejidades se encuentran más soterradas y las energías sociales no parecieran estar enfocadas en este desafío, sino en cuestiones de una agenda más cotidiana.

Insistir

Es innegable que existen dificultades de toda índole, desde el momento que se plantea la posición de tener que insistir por un proceso constituyente nuevo, que sea una continuación del tenue proceso 2016-2018 y el intenso proceso de 2019-2022. Pero también es innegable que en ninguno de esos dos procesos se ha alcanzado un resultado positivo, que sirva efectivamente al objetivo de tener un acuerdo político y jurídico sobre el cual afirmar-nos como colectividad.

El proceso constituyente chileno ha tenido, hasta ahora, la gran virtud de catalizar el problema social que vivimos, de manera constructiva y pacífica. Por golpeadas que estén nuestras esperanzas, la porfía por tener una Constitución democrática que nos permita conducirnos de mejor manera frente a los desafíos del siglo XXI no debería menguar. El riesgo, en caso contrario, es alto.

Parte de ese riesgo tiene que ver con la mantención de realidades materiales y estructuras que no se avienen con los valores de las mayorías, cuestión que desde hace un tiempo se viene interponiendo en el devenir de la sociedad. Pero también existe un riesgo aún mayor: que el hastío contra esas estructuras y realidades se vuelva un catalizador para procesos autocráticos y populistas, que incluso podrían desdibujar las bases de la convivencia pacífica.

Nos encontramos viviendo con una Constitución que no entrega herramientas para hacernos cargo de la crisis climática y ecológica, que tiene una matriz de pensamiento que desperfila y menosprecia a los derechos sociales y favorece la desigualdad, que

no tiene consideración alguna de los diversos tipos de personas que conforman la sociedad, con sus diferentes modos de vida, y que centraliza el poder.

Todas esas realidades son las que han marcado la preferencia ciudadana por reemplazar esa Constitución por una nueva, al entender que las soluciones de largo plazo requieren de mandatos que también sean pensados para el largo plazo. Es probablemente por esto mismo que el cambio constitucional ha resultado, hasta ahora, esquivo. Por una parte porque se confunden las discusiones entre el largo y el corto plazo, y por otra porque las visiones de largo plazo son más difíciles de consensuar.

Reformular

La insistencia por una nueva Constitución es un compromiso con el país en su conjunto y no con un determinado *set* de ideas, por valiosas que ellas nos parezcan. Parte del rechazo a la propuesta constitucional de septiembre de 2022 tiene que ver con que, para una parte importante de la sociedad, el texto era ideológicamente desequilibrado. Más allá del mérito objetivo de lo anterior, o su ausencia, es la percepción sobre el texto y su proceso lo que marcará su posibilidad de ser aceptable como base para la construcción normativa de Chile.

Reformular no puede significar renunciar a las legítimas pretensiones de lograr acuerdos sociales en torno a ciertos conceptos que nos parecen valiosos, pero sí debe convertirse en un esfuerzo de incorporación de visiones que han estado ausentes en la discusión sobre esos conceptos, y particularmente debe convertirse

en un ejercicio de escucha y comprensión colectiva. La idea en este punto es que podamos fijar objetivos claros, para luego crear las bases y normas de una nueva Constitución.

La necesidad de llegar a un lugar casi siempre admite muchos caminos y seguramente hay algunos de ellos que son más posibles de consensuar que otros. Desde nuestra percepción y nuestras creencias, algunos de esos caminos son considerablemente superiores. Desde la percepción y las creencias de otros, quizás nuestros caminos son los menos convenientes. El camino de menor longitud puede tener más curvas y ser más peligroso, mientras que un camino intermedio tiene cobro de peaje y uno más largo nos hace invertir más tiempo. Reformular implicará no cerrarse a la diversidad de caminos y dar un paso atrás para observar desde más lejos la situación, antes de despreciar las opciones que se nos presenten.

Mirar los diferentes caminos con apertura de mente no significa creer ingenuamente que las ideologías no importan, pero sí abrirse a consensuar con quienes están en posiciones ideológicas diferentes, sabiendo que, 1) generalmente es posible buscar los puntos comunes entre distintos *sets* de ideas; 2) si mi *set* de ideas fuera el único posible, entonces probablemente no se estaría dando esta discusión; y, 3) la realidad material nos obliga a este ejercicio si queremos lograr una nueva Constitución.

Muy difícilmente una Constitución democrática es un manifiesto ideológico, básicamente porque eso significaría que existe un consenso social muy amplio en torno a una determinada ideología y eso es poco probable. Pero que la Constitución no sea un manifiesto ideológico no debe ni puede significar un bloqueo

ideológico tampoco. Teniendo en cuenta lo anterior, los diversos proyectos políticos deben ser realizables partiendo desde las bases fundamentales que se planteen en la nueva Constitución.

Los proyectos políticos, entonces, deben recorrer un derrotero diferente y consolidarse en un espacio distinto que el de la arena constitucional. Quizás esta es una lección difícil que eventualmente se pueda obtener de la historia reciente.

Combatir la intolerancia, combatir la desinformación

El ejercicio de reformulación significará, necesariamente, generar tensiones. Quienes se definen desde posiciones más absolutas generalmente no admiten el proceso de reformulación como válido, o no lo entienden. Ya sea por convencimiento genuino, por mantener una posición de poder o por estrategia comunicacional, habrá personas que no admitan la reformulación y, dados los tiempos que vivimos, seguramente actúen con cierto nivel de purulencia a propósito de eso.

La intolerancia y la agresividad atraen mucha más atención que la reflexión y la deliberación. Son más sencillas y primarias en sus lógicas, se conectan más fácilmente con las estrategias de atracción de la atención que despliegan los medios y, además, son mucho más fáciles de producir, dado que solo basta la falta de vergüenza, rigurosidad y pudor.

Esas “virtudes” de la comunicación en esta era son uno de los pasos con los que se *pierde un país*, en palabras de Temelkuran (2019). Dejar de conmoverse por el otro y empezar a mirarlo como una

realidad alejada, visible y visitable, pero impropia, desconectada, ajena en niveles que rebasan los mínimos de humanidad.

El contenido profundo se ha ido desplazando y la comunicación se emplaza en el centro de la acción. Ya no se trata de comunicar acciones que se han llevado a cabo, sino de llevar a cabo acciones comunicacionales. Se trata de atraer atención, de hacer que la gente invierta tiempo en mirar, con independencia del contenido de lo que está mirando. La política a ratos aparece como un “falso documental”, en el que los políticos viajan a la realidad de otras personas como turistas, para fotografiarse en esas realidades pero sin hacerlas propias (ibid., p. 99).

Ese falso documental, acompañado de agresiones mal dirigidas y muchas veces carentes de sentido, pasan a ser la parrilla programática diaria, que afecta completa y definitivamente la percepción que tenemos sobre determinados asuntos y destruye la posibilidad de percibir verdades objetivas, incluso de aquellas tan evidentes como la redondez de la Tierra.

Avanzando desde la posverdad y las noticias falsas, se ha señalado que “se entiende por desinformación la información falaz que se difunde intencionalmente para causar un grave perjuicio social, y por información errónea la difusión de información falaz sin saberlo” (Khan, 2021, p. 4), lo que da cuenta de que la desinformación no es solo un fenómeno, sino que es una acción concreta, generalmente concertada por varios individuos y que tiene un objetivo específico en torno a la desestabilización de la sociedad.

La desinformación y la intolerancia se hermanan en la destrucción de cualquier base común para el encuentro entre las personas y, por lo tanto, son una amenaza profunda a la posibilidad de acuerdos para un nuevo pacto social que nos permita avanzar como país. Son, por lo demás, acciones que vulneran el derecho a la libertad de expresión: la intolerancia, al generar una exclusión de ciertas personas o ideas de la conversación; y la desinformación, en tanto impide a las personas formarse opiniones sobre la realidad, al recibir información que es errónea y que busca manipularles a través de sus sesgos cognitivos para producir una determinada opinión.

En la búsqueda de una nueva Constitución, pero también en la continuidad de la vida democrática del país, dar con formas de hacer frente a los fenómenos desinformativos y la intolerancia, aparecen como desafíos necesarios y paralelos a cualquier esfuerzo constitucional.

Leer, integrar y construir

Desde que en 2016 comenzara el proceso constitucional, se han llevado a cabo miles de encuentros, cabildos, reuniones, asambleas, iniciativas, seminarios, charlas, coloquios y talleres donde se ha discutido la cuestión constitucional. Algunos de ellos han sido institucionalmente guiados y otros no, pero el producto de la gran mayoría de ellos está disponible para ser compilado y sistematizado.

Estos 6 años de diálogos ciudadanos no pueden ser desperdiciados ni tenidos en menos por quienes finalmente se dispongan a redactar una nueva Constitución. La lectura y escucha del

contenido de esos diversos encuentros ciudadanos son, incluso, mucho más importantes que los productos finales.

Sin perjuicio de lo anterior, la continuación del proceso constituyente no debiera ser simplemente realizada desde ese conocimiento acumulado, sino que requerirá también de procesos de participación ciudadana propios. Lo que debiéramos propiciar, sin embargo, es que esos procesos no partan de las mismas preguntas ya formuladas tantas veces, sino que se refinen para lograr nuevas respuestas a nuevas preguntas, que ayuden a resolver los problemas contenidos en los resultados de las participaciones anteriores.

La tentación actual del momento constituyente es la que tienen los partidos políticos de poner sobre las mesas solamente sus visiones, buscar los puntos comunes y llegar a consensos en torno a ellos. Creo que esto sería un grave error, pues aun existiendo una gama importante de pensamientos políticos que están representados en los partidos, hay una gama aún mayor que no lo está.

Los fenómenos políticos del último lustro han dado cuenta repetidamente de lo anterior, propiciando resultados eleccionarios que están fuera de todos los cálculos previos. Tanto el plebiscito por una nueva Constitución como la elección de constituyentes y el plebiscito de salida mostraron realidades relativamente sorprendidas. El fenómeno de la Lista del Pueblo, la emergencia del Partido de la Gente e incluso los resultados de la elección presidencial de 2021 han sido también parte de estas “sorpresas”.

No es extraña la tentación de los partidos políticos de querer posicionarse ahora como los actores principales del proceso

constitucional. El Poder Ejecutivo, sin mucho éxito, en 2016-2018 y los movimientos sociales en 2019-2022 tuvieron que enfrentar el rechazo. Los partidos, quizás habiéndose sentido no suficientemente incluidos en estos intentos anteriores, ahora reclaman para sí el protagonismo.

El problema radica en cómo ese nuevo posicionamiento va a permitir, o no, dotar de mayor legitimidad al proceso y al texto de una nueva Constitución. Esto porque pareciera que los partidos, solos, no gozan de esa legitimidad y que por lo tanto tendrán que en algún momento abrir el proceso para encontrarla en la relación con otros actores.

Construir, por lo tanto, implica un trabajo en dos direcciones. Primero implica tomar todo lo que viene desde antes y ponerlo al servicio de lo que se quiere hacia adelante, sin olvidarlo ni despreciarlo. Segundo, implica mirar hacia los costados para ver quiénes pueden enlazarse en el proceso de creación de la nueva Constitución, para que esta vez sí alcancen las fuerzas para sacarla adelante.

La sociedad civil, la ciudadanía organizada, tendrá un rol fundamental, pues más allá del cansancio y la desarticulación que puede haberse producido con el rechazo del texto anterior, existe una obligación moral de seguir contribuyendo en el proceso y hacer todo lo posible para que este salga adelante.

Comunicar

La tercera fase del proceso constituyente, de darse, tendrá probablemente una intensidad intermedia comparada con las fases

anteriores y es de esperar que esa intensidad sea la correcta para terminar en un resultado positivo.

Mientras tanto, la ejecución de políticas públicas y la generación de reformas legales no puede ser descuidada, no solo por la importancia que ellas tienen en el funcionamiento del país y para el despliegue gubernamental, sino también porque es relevante marcar la diferencia entre las esferas en que se encuentran las discusiones, cuestión que implica un esfuerzo por hacer comprensible estas agendas paralelas.

Quizás otra de las fallas del proceso constituyente en su segunda fase fue el posicionamiento temático en torno a ciertas urgencias sociales, considerando que la resolución de estas desde lo constitucional es demasiado lejana para poder conversarse adecuadamente. Una nueva Constitución no resuelve directamente problemas como el acceso a derechos sociales, la desigualdad, la exclusión o la falta de protección de la naturaleza, sino que es condición de posibilidad para resolverlos.

El hecho de que la diferenciación anterior no se haya hecho de manera suficientemente clara, produjo dificultades al momento de comunicar tanto el proceso como el resultado en el proceso. Lo anterior provocó legítimas dudas sobre los efectos que tendrían las normas acordadas en la materialidad, y también permitió que se sobredimensionaran las consecuencias positivas y negativas de ellas, lo que favoreció una comunicación más basada en la polémica que en la información.

En este sentido, y entendiendo que una Constitución no es solo las normas jurídicas que contiene, sino también las bases de un

proyecto de sociedad, probablemente un acuerdo previo sobre dicho proyecto, para luego discutir las normas específicas, ayudaría bastante a enmarcar la discusión posterior. Existe una dimensión valórica claramente en tensión en la discusión constitucional y para poder racionalizar la discusión normativa, dicha discusión valórica debe encontrarse relativamente zanjada por el órgano electo para redactar el nuevo texto constitucional.

Una mejor comunicación pasará también por actualizar la regulación de la propaganda electoral, espacio donde el proceso pasado tuvo una gran falla, pues mientras parte de las fuerzas políticas intentaban construir acuerdos, otra parte empujaba el rechazo de manera permanente. Al no tener que participar de los acuerdos, le era mucho más fácil imponer su mensaje durante toda la duración del proceso, y así lo hizo, con un cuantioso gasto asociado que no cae dentro de la propaganda regulada, a pesar de haber sido también propaganda electoral.

Reflexiones finales

El presente texto ha pretendido mostrar algunas de las acciones que me parecen necesarias de llevar a cabo de cara a una potencial tercera fase del proceso constituyente chileno de comienzos del siglo XXI. El texto está pensando, particularmente, para ser leído por las personas que están interesadas en dar esta continuidad al proceso y que ven una virtud en la deliberación pública que lleva a acordar nuevas bases político-jurídicas de manera democrática.

Estas acciones se basan en, 1) la observación de los procesos anteriores y las dificultades que han enfrentado; 2) las condiciones políticas (no solo de la política-partidista) existentes en este momento específico (noviembre de 2022); y, 3) la teoría constitucional, en tanto pretende servir precisamente a la creación de una nueva Constitución.

Insistir, reformular, combatir la intolerancia y la desinformación, leer, integrar, construir y comunicar podrían constituir un marco de acción para el trazado de un plan. En este nuevo intento por darle una salida democrática a nuestras tensiones sociales, en un escenario adverso por el avance del populismo y las visiones extremas en el mundo y en Chile, me parece importante pensar en un plan de acción que nos lleve al resultado que esperamos y que al sacarnos del estancamiento en términos sociales, nos permita avanzar hacia un mañana mejor.

Bibliografía

- Khan, Irene (2021). La desinformación y la libertad de opinión y de expresión. Informe de la Relatora Especial sobre la promoción y protección del derecho a la libertad de opinión y de expresión [A/HRC/47/25]. Nueva York: ONU-CDH. <https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/G21/085/67/PDF/G2108567.pdf>
- Parra, Nicanor (1954). *Poemas y antipoemas*. Santiago: Nascimento. <https://www.nicanorparra.uchile.cl/antologia/poemasyantipoemas/advertencia.html>
- Temelkuran, Ece (2019). *Como perder un país*. Barcelona: Anagrama.



Tormenta destituyente

Camila Hernando Martel
y Daniel Andrade Schwarze

Todo parecía decir que “el apruebo a la nueva Constitución” era opción ganadora en el plebiscito chileno, pero el pueblo tenía preparada una vuelta más en este proceso: ¿Existían elementos que permitían prever esta derrota?

Este ensayo tiene pretensiones de provocación y ampliación de las oportunidades de extraer conocimientos de nuestra historia política reciente para nuevas derivas. Son consideraciones que surgen desde un trabajo político territorial permanente, conversaciones con diversos militantes y dirigentes de movimientos sociales y partidos políticos, de reflexiones puestas sobre la mesa por diversos actores en la prensa, y que tiene en consideración la participación activa de todas las campañas vividas por el Frente Amplio desde su origen hasta la derrota electoral vivida en el plebiscito.

Hay tres elementos centrales que pretendemos poner en relieve: 1) el proceso destituyente que está sucediendo en nuestra época; 2) su relación con los resultados del plebiscito en Chile; y, 3) la

necesidad urgente de una disputa político-cultural que permita constituir una propuesta de izquierdas con arraigo en nuestras sociedades complejas.

El proceso destituyente

Es evidente que una crisis multidimensional está afectando a las sociedades a nivel mundial y Chile no es la excepción. Hace algunos años que estamos siendo testigos de protestas masivas, de la emergencia de movimientos sociales –por transitorios que sean– y de la irrupción de liderazgos populistas, como respuesta a la incapacidad de las instituciones democráticas de hacerse cargo de los problemas más urgentes de la población. Asistimos a una búsqueda sobre el reordenamiento global del sistema de intercambio y dominio, con disputas soterradas del poder, y que en nuestro país se expresa en una crisis económica que acentúa las desigualdades. Se suman a ese escenario la crisis sanitaria generada por el Covid-19 y la crisis migratoria, que se ve acrecentada por la crisis climática, entre otras.

En Chile distinguimos, además, una crisis de representación de actores políticos que sufren grandes dificultades para concretar la gestión esperada y que no logran hacerse cargo o mejorar los procesos democráticos con la rapidez y efectividad que son demandados por la ciudadanía. Ante respuestas desfasadas en el tiempo o limitadas en sus contenidos, la situación es percibida con la sensación de que “los de arriba no se hacen cargo de sus promesas”, o que la misma democracia no es capaz de cumplirlas o de garantizar condiciones mínimas para la subsistencia y, por tanto, se desconfía de que efectivamente los gobiernos

representen a las mayorías. Muchos de estos fenómenos se expresan con la polarización en las redes sociales, medios de comunicación e irrupción de liderazgos “fuera del sistema”, que terminan en levantamientos populares y no necesariamente logran encarnar un gobierno de cambios.

Podría pensarse que las críticas al sistema reflejan críticas a las derechas y sus políticas neoliberales, pero cada vez es más evidente que se trata de una crítica a quienes ocupan un lugar en algunos de los poderes existentes y con especial foco en los gobiernos de turno. Esta crítica no considera que la incapacidad para realizar cambios está dada, generalmente, por la altísima presión contingente que genera la propia crisis, acrecentada por las presiones que ejercen los empresarios y sus herramientas de poder (como los medios de comunicación, el chantaje económico, y más).

Los levantamientos populares y los estallidos sociales no son necesariamente de izquierdas. Son impugnación frente al conjunto de la crisis actual, es un reventón ante la incapacidad de acción de las instituciones, que se transforma en una crítica a los que han ostentado el poder sin dar respuestas a los problemas materiales y simbólicos de la población. Son principalmente *destituyentes*. Más que propuestas de cambios precisos, organizados en petitorios, se entiende que lo que se quiere necesariamente es un cambio, sin haber definido aún el contenido de ese cambio.

Hay ejemplos de estos estallidos que derivaron en gobiernos de ambos lados de la balanza política; por la izquierda, está el caso del MAS en Bolivia que durante la guerra del agua terminó constituyendo un movimiento político que superó vertiginosamente a los partidos tradicionales y que aún gobierna este país. Se podría

nombrar el reciente caso de Colombia con el presidente Petro, el de Chile con el presidente Gabriel Boric o incluso los inicios de Chávez en Venezuela. Por el lado de las ideas más conservadoras o de derechas, está el caso de Brasil con el levantamiento en San Pablo, luego del cual fue electo Bolsonaro, o el caso de Trump en EE. UU.

Todo parecía indicar que en el Chile del 2020 estaba emergiendo un levantamiento con fuertes críticas y demandas de cambio de izquierdas, pero vamos a afirmar que eso está en disputa. ¿Cuál es el horizonte de ese cambio? ¿Cuál es el contenido de ese cambio? ¿Qué o quién encarna esa crítica? y ¿contra quién se dirige?

El fenómeno tiene variantes específicas a considerar, partiendo por la herencia de la Constitución de 1980, una constitución heredada de la dictadura que rigidiza la democracia llevándola a un estado de crisis; donde las demandas sociales no tienen eco en el sistema político y, por ende, las transformaciones necesarias para resolver dichas crisis se vuelven imposibles. Debido a ello, la crisis de representación y de los partidos se ha vuelto muy aguda, como explica y profundiza Fernando Atria (2013) en su libro *La constitución tramposa*.

Como señala Kathya Araujo en varios de sus estudios, después de años de políticas neoliberales se constata un individualismo radicalizado en nuestro país. Las políticas de desarme de las protecciones sociales en salud, educación y seguridad social, de la mano del desarme de los actores colectivos con incidencia pública mantenido por largos años, han generado el convencimiento en las personas, de que cada uno debe valerse por sí mismo, obligando a los individuos a una hiperreacción para poder subsistir y no resbalar hacia el empobrecimiento.

A ello se suma el fortalecimiento cultural transmitido por diversos canales de la sociedad, que lleva a la convicción de que todo lo que se ha conseguido en la vida ha sido por los méritos propios, y que asume como certeza que las personas pueden actuar sin la necesidad de instituciones comunes o colectivas, lo que lleva aparejado una creciente sospecha sobre las acciones políticas.

En síntesis, asistimos a un fuerte individualismo y descrédito de lo común-comunidad, que acentúa el *impulso destituyente* de todo lo que esté arriba en una jerarquía, con especial sospecha hacia la política y el poder de manera constante. Si bien esto permite que exista una crítica, lleva implícita la desconfianza a articular o constituir proyectos colectivos, de sociedad o políticos. Sobre este punto profundiza el texto “Transformaciones sociales y desafíos para la política” de Kathya Araujo (2021).

A través de una revisión del comportamiento electoral y político del Chile postdictadura, es interesante observar algunas expresiones del fenómeno que describimos, durante los gobiernos de la Concertación. Así, por ejemplo, gracias a la irrupción del movimiento estudiantil del año 2006, es posible identificar que se abre este ciclo destituyente en Chile, el que se manifestó de manera explícita –y a pesar del voto voluntario– en el año 2009, cuando la primera candidatura de Marco Enríquez Ominami alcanzó una votación sobre el 20%. Este candidato presidencial fundó su campaña en posicionarse como un díscolo de la política. En cada elección presidencial posterior, se presentan cada vez más candidaturas como antipolítica, que mantienen una alta votación, que si bien no da para ganar es constante.

Aquí es necesario destacar la candidatura de Beatriz Sánchez (izquierda, populista), que irrumpió en las elecciones del año 2017 y logró un significativo 20% de los votos, con un discurso díscolo de la política tradicional y con promesas de cambios profundos. Este intento “díscolo” se distingue de los anteriores ya que fue acompañado de una bancada parlamentaria y un proyecto político de mayor profundidad y desarrollo, y puede ser visto como un antecedente serio del triunfo de Gabriel Boric en 2021.

Por último, en las elecciones presidenciales y parlamentarias del 2021 irrumpe el “Partido de la Gente” con campañas de tono impugnador y antipolítica, con inesperados resultados electorales que los llevó a obtener 6 escaños en la Cámara de Diputadas y Diputados y un 12,8% de las preferencias presidenciales con su candidato Franco Parisi.

Bajo la perspectiva destituyente, es interesante también revisar el fenómeno de la alternancia en la elección de presidentes de la república, cada uno aludiendo a una promesa de cambio respecto del gobernante anterior. Es así como en el primer gobierno de Bachelet (centro-izquierda) se expresa el movimiento estudiantil (2006). Luego, resulta electo Sebastián Piñera (derecha), y el movimiento estudiantil vuelve a irrumpir con mayor fuerza y masividad que antes (2011). En 2014, se concreta un segundo gobierno de Bachelet que intenta avanzar en algunas propuestas estratégicas, como es la discusión de una nueva Constitución. Esta discusión tuvo un eco inicial, pero no existió la capacidad para comprometer una participación amplia y el texto propuesto estuvo listo días antes del nuevo cambio de gobierno y luego quedó guardado en un cajón. En 2017, Piñera resultó electo por segunda vez.

Durante el segundo gobierno de Piñera, el año 2019 tuvo expresión un estallido político-social ¿sorpresivo, inesperado? Sin dudas fue muy fuerte y con eco en el conjunto de la sociedad, que permitió abrir un proceso destinado a generar una Constitución diferente a la fraguada con Pinochet de gobernante. En 2020 se generaron las condiciones para realizar una consulta mediante un plebiscito, en el que obtiene un amplio margen la “opción apruebo una nueva Constitución”, con un 80%, y también obtiene un porcentaje igual el mecanismo para que sea redactada por un órgano 100% electo por la ciudadanía y no por los “mismos de siempre”. Esta votación tal vez es una primera “propuesta destituyente”.

De la elección de los convencionales constituyentes (2021), hoy tiene especial significación revisar los resultados de la lista autoconvocada, denominada “La Lista del Pueblo”, que arrasó en todas las regiones con un discurso incendiario y muy antipolítica, y que fue la lista que mejores resultados obtuvo en esa elección.

En la última elección presidencial del año 2021, el presidente Gabriel Boric (izquierda) logra superar con creces a sus contendores de izquierda. Por su parte, en la ultraderecha, Kast logra superar a los sectores tradicionales, sin capacidad de poder desvincularse de Piñera y con algunas propuestas extremas que fueron sentidas como antimujeres por la población. Gabriel Boric logra hacerse del atributo de renovación y, a la vez, moderación.

A un poco más de la mitad del trabajo de la Convención Constitucional (marzo de 2022), asumió el gobierno el presidente Gabriel Boric con un programa de transformaciones profundas, ninguna de las cuales se concretó durante los primeros meses de su gobierno.

A medida que avanzaron los meses, aumentó la desaprobación del gobierno por no cumplir las expectativas de cambio y gobernabilidad. Hitos como el rechazo del 5° retiro y el boicot de Carabineros que acrecentó la crisis de seguridad pública, y el hecho de que no se realizó ninguna reforma importante hasta la fecha del plebiscito, parecen indicar que el Gobierno escogió no gobernar hasta que hubiese una nueva Constitución. El programa estaba hasta tal punto basado en la esperanza de una nueva Constitución, que importantes representantes del Ejecutivo anunciaron públicamente que, sin nueva Constitución, el programa no se podría materializar.

Con ello, hicieron un flaco favor a la campaña del plebiscito para aprobar la nueva Constitución, que ya a esas alturas la gente identificaba ampliamente con el gobierno. El ánimo destituyente se había volcado totalmente contra la izquierda.

El proceso destituyente y los resultados del plebiscito de salida

En cuanto al ánimo destituyente y su relación con los resultados del plebiscito de salida, hay cuatro elementos que nos gustaría traer a colación: 1) la destitución de la Convención; 2) los aprendizajes de la derecha; 3) el contenido del proyecto de la nueva Constitución; y, 4) la campaña del plebiscito de salida y el voto obligatorio. A continuación, desarrollaremos estos puntos.

La destitución de la convención

La Convención Constitucional tuvo lugar en pleno momento destituyente, es la expresión de este momento y su continuación. Por

lo mismo, sobre ella pesaba un nivel de expectativas de cambio pocas veces visto en la política nacional. Estas expectativas se pusieron en juego en la misma cancha que la desconfianza en el sistema político y aquello fue utilizado como una herramienta por las fuerzas que buscaban su deslegitimación.

Si revisamos la historia de la convención es fácil identificar el camino de su deslegitimación, desde una potente instalación con esperanzas de cambio y la elección de su presidenta Elisa Loncon, mujer de origen Mapuche, electa por sus pares, quien se erigió como digno símbolo de que el momento de los grupos históricamente excluidos había llegado.

Este nivel de expectativas empezaron progresivamente a ser destituidas y tuvieron lugar una serie de hitos que fueron minando la confianza en el órgano, como los escándalos que acusaron la falta de seriedad de los convencionales constituyentes, donde el más recordado es aquel episodio en que se descubrió que el convencional Rodrigo Rojas Vade, más conocido como *Pelao Vade*, no estaba enfermo de cáncer (cuestión que había sido esencial en su campaña, que tomó como bandera el derecho a la salud) y que, de hecho, no tenía ninguna enfermedad que pusiera en riesgo su vida.

Todo ello en medio de un asedio comunicacional que buscaba instalar que la Convención y sus integrantes eran más de lo mismo, de la política tradicional que ha decepcionado a su pueblo una vez más. Lo descrito, sumado a otros episodios similares que fueron amplificadas por la prensa, dieron lugar a la disolución del bloque denominado la "Lista del Pueblo", que representaba en su origen este ímpetu destituyente y terminó a medio camino, al ser ella misma destituida.

En base a la idea de que los convencionales eran ineptos y la repetición permanente de que las normas que la asamblea iba aprobando eran malas y representaban un serio peligro para las personas de perder las condiciones materiales que con mucho esfuerzo habían obtenido, las fuerzas conservadoras, primero, se restaron de participar en el proceso y, luego, lograron instalar la idea de rechazar el actual proceso –malo, viciado– para hacer uno nuevo, mejor.

Los aprendizajes de la derecha

La derecha, al obtener menos de un tercio de los escaños de la Convención Constitucional, no era necesaria para obtener los quórum para la aprobación de las normas y, más temprano que tarde, se dio cuenta de que aquello consistía en una oportunidad para hacer fracasar el proceso.

Y es que la derecha aprendió mucho de la derrota del plebiscito de entrada, aprendió que su relato de defensa de la Constitución de 1980 debía moderarse y que, de alguna forma, tenía que sintonizar primero con el cambio y luego con el proceso destituyente. Logró instalar hasta en el propio presidente Gabriel Boric, la posibilidad de hacer un nuevo proceso constituyente para que redactáramos una buena y nueva Constitución para Chile (al que denominaron “Una que nos una”). Afirmaron que existía un consenso amplio de que se necesitaba hacer un cambio, que la Constitución de 1980 estaba muerta y que era necesaria más justicia social, derechos sociales en salud, pensiones, educación y paridad como un mínimo. A esta campaña la denominaron “rechazar para reformar”. En el camino, escondieron a sus principales voceros que representaban a la derecha tradicional, ocuparon

los medios nacionales y las redes sociales para difundir noticias falsas o confusas y utilizaron toda la caballería comunicacional y la propaganda que les fue posible para profundizar la sensación de desconfianza y riesgo.

Las *fake news* y la cultura de la conspiración son algunas de las causas que ha reconocido parte de la izquierda, que siente la derrota como una injusticia inevitable con origen en los poderes fácticos reaccionarios, los espacios grises en la legislación respecto a las herramientas de comunicación digital y a la instalación de mentiras, todas técnicas muy desarrolladas ya por la ultraderecha a nivel mundial.

Como todo planteamiento político tiene en parte una verdad: efectivamente se ocuparon los medios de comunicación y las redes sociales para expandir mentiras y acentuar dudas o sospechas ya existentes en el clima destituyente.¹ Pero también es claro que estas noticias se arraigaron en intuiciones que la gente ya tenía y en la posibilidad de potenciar aún más el clima destituyente frente a una nueva propuesta de constituir un nuevo orden político y social en Chile.

Una nueva Constitución vanguardista y desconectada de la realidad nacional

Porque el proyecto de nueva Constitución para Chile del año 2022 contenía en ella la semilla de grandes transformaciones desde

1 Podemos revisar en detalle, por ejemplo, la instalación de la sospecha frente a la política y los contenidos mismos que se alejaban de la cultura nacional (cambio de bandera, aborto a los nueve meses, etc.).

las bases del poder: Descentralización a través de un Estado Regional con reglas de autonomía pero con una obligación explícita de responsabilidad fiscal, un nuevo sistema de justicia, moderno, donde se garantizaba la independencia disciplinaria de los jueces y se incorporaban garantías de acceso; un Congreso bicameral, con una Cámara de las Regiones y un sistema más ágil para tramitar la legislación acorde a las necesidades actuales. Además, contenía mecanismos de participación ciudadana en las diversas instituciones del Estado, y a diferentes niveles, para facilitar el compromiso de la ciudadanía con el sistema político y distribuir de mejor manera el poder.

Contenía también, un amplio catálogo de derechos fundamentales, dentro de los cuales los derechos sociales adquirirían por fin el carácter de exigibles y transformarían a Chile en un Estado Solidario con el deber constitucional de combatir la desigualdad y proveer a sus ciudadanos y ciudadanas una buena calidad de vida en la niñez, juventud, adultez y vejez. Consideraba igualmente, una protección del medio ambiente que nos permitiría hacer frente de mejor manera a la crisis climática a la que nos estamos enfrentando, utilizando de forma racional nuestros recursos naturales. Todos estos elementos constituían sentidas demandas por las que la ciudadanía se había manifestado desde el año 2006, sin encontrar devolución por parte del sistema político.

Pero, asimismo, la nueva Constitución establecía un estado paritario a todo nivel, reconocía a las familias en sus diversas formas, reconocía el derecho al aborto según las normas que una nueva ley estableciera; reconocía el carácter plurinacional del país en la unidad de su Estado, al incorporar mecanismos de reparación de las violencias históricas ejercidas contra los Pueblos Originarios,

como es la devolución de tierras, la posibilidad de impartirse justicia o el reconocimiento de su cosmovisión, sus lenguas y la autonomía para autodeterminarse; desprivatizaba y garantizaba el acceso al agua; establecía los derechos de los animales, quitándoles el carácter de bienes muebles que tienen hoy en día en nuestra legislación.

Proponemos que, si bien está cargado de buenas intenciones y consideraciones éticas que compartimos, el texto propuesto estaba desconectado de la realidad chilena. Y aquí volvemos a traer a colación la tesis de Kathya Araujo (op. cit.) sobre el individualismo radicalizado y la meritocracia instalada en el centro de nuestra cultura. Puesto que todos los cambios descritos en el párrafo anterior requieren modificar nuestra concepción de propiedad privada hacia una colectivización de los bienes comunes para obtener fines sociales deseables. Y ese salto cultural no lo hemos dado aún.

Aquí debemos referirnos a la crítica que se le hizo al texto con relación a la política identitaria, que a través de la incidencia de los movimientos sociales que integraron la Convención, cada uno con su propia demanda o trinchera, cooptaron la discusión e impulsaron la incorporación de normas que representaban intereses identitarios y que de hecho terminaron permeando el texto transversalmente como son las consideraciones medioambientales, de género, de plurinacionalidad, entre otras. Todo ello facilitado por el diseño institucional del proceso, los resultados de las elecciones tan favorables a la izquierda y el poco tiempo que había para cumplir la tarea encomendada.

En este sentido, la ciudadanía permeada por el espíritu impugnador y suspicaz de las instituciones no logró encontrar la

representación ni la confianza que buscaba en la Convención ni en el texto propuesto, pues no se identificaba con los intereses específicos de ciertos grupos con los que no tenía relación. Es más, proponemos que las personas buscaban la identificación en lo ya conocido, en lo más común y en lo que habían obtenido con su propio esfuerzo. Esto fue tempranamente identificado por la derecha, según lo ya expuesto, que se apropió de los símbolos patrios y la defensa férrea de la propiedad, como sus caballitos de batalla.

Y es que, en la búsqueda de la representación y en el proceso de recuperación de la confianza en el sistema político, debemos lograr crear un sentido de universalidad que nos convoque a todos o a la gran mayoría a ser regidos por una sola Carta Fundamental; y para ello, antes de lograr convencer con nuestras ideas, debemos crear o apropiarnos de símbolos, referentes y sentidos comunes desde la izquierda donde esas ideas puedan arraigarse. Volveremos a ello en el acápite final.

La campaña del plebiscito de salida y el voto obligatorio

Otro punto esencial para analizar es la campaña electoral del plebiscito de salida. Esta se llevó a cabo por un comando que asumió que el partido estaba ganado en un contexto de profunda deslegitimación de la Convención Constitucional, sin financiamiento, con participación de los partidos de izquierda que no aportaron conducción y con escasa base social, con un gobierno con baja aprobación y muy identificado con la agenda transformadora constituyente y con la introducción de un nuevo elemento en el plebiscito de salida: el voto obligatorio. A continuación, se expone un breve análisis de estos elementos.

Aparecen muchas críticas a la conducción de la campaña electoral del apruebo en el plebiscito de salida. El comando que agrupó a los partidos políticos de gobierno y 130 organizaciones sociales se denominó ApruebaxChile. Como mencionamos, este comando asumió que la elección estaba ganada y empezó a repartirse el triunfo antes de conseguirlo. Se trataba de un espacio cerrado, caracterizado por un hermetismo extremo, cuando lo que nos había llevado a ganar las campañas anteriores había sido construir un despliegue ciudadano, lo más abierto y masivo posible.

Tanta fue la confianza que el comando tenía en el éxito de la campaña, que no hubo una campaña permanente o sistemática de recolección de fondos, pues se confiaba que los fondos llegarían sin esfuerzo, desde las personas comprometidas con el proyecto constitucional. Aquí hay que tener en cuenta que, por las características particulares de esta elección, no se contaba con financiamiento público para las actividades electorales, por tanto la campaña se financiaba absolutamente a través de donaciones. Las donaciones fueron escasas y mucho menores a la expectativa del comando. Ello provocó un crónico desfinanciamiento durante toda la campaña.

Por otra parte, estratégicamente la campaña del apruebo parecía no tener dirección clara. No logró difundir mensajes que captaran la atención de las personas a las que iban dirigidos. Amplias fueron las críticas a la propaganda electoral por parte de las fuerzas territoriales, quienes alegaban que el contenido de estas no permitía iniciar una conversación sobre los beneficios de la nueva Constitución. Fue solo en el último tiraje de propaganda impresa cuando se decidió incluir mensajes con contenido de la nueva Constitución en temas que se sabían críticos.

Sobre el aporte de los partidos políticos al trabajo de la campaña, debemos hacer una distinción. Por una parte, los partidos del Frente Amplio no contaban con la base social necesaria para activar rápidamente una campaña de envergadura nacional, quizás la más importante en los últimos 30 años. Esto era muy urgente, ya que la derecha había comenzado su campaña por el rechazo prácticamente desde la instalación de la Convención Constitucional, por tanto, llevábamos un año de desventaja.

Por otro lado, los partidos de centro-izquierda parecían no estar tan convencidos de la opción que estaban defendiendo porque, en el fondo, estaban divididos entre las opciones apruebo y rechazo, lo que se evidenciaba en la falta de iniciativa al momento de activar concretamente sus redes territoriales y de tener un rol activo y de conducción en el comando.

Por último, ninguno de ellos ha sido capaz de construir una capilaridad digital enfocada a nivel territorial, abriendo canales de comunicación que puedan transmitir rápidamente información e instalar relatos, como lo son las redes de WhatsApp, TikTok, Facebook y YouTube, medios muy utilizados por la derecha para transmitir sus mensajes de desinformación. Tenemos partidos hidropónicos, es decir, que no tienen arraigo territorial, que se construyen sobre el agua” señalaba de manera muy clara una columna de Cristián Sánchez publicada con posterioridad a los resultados del plebiscito: “La política en Chile es hidropónica, toda, completita. ¿Qué significa esto?, que sucede y existe en la performance, en el hacer de las instituciones. La política está allá arriba, pero no baja, o peor aún, no se hace desde abajo. Se supone que los partidos son instrumentos para traducir las demandas de la sociedad a la política, pero cómo traducir cuando no hay o

no se tienen “hablantes nativos”, cómo existir en la sociedad si el ejercicio institucional mismo de la política dificulta la participación de las personas de a pie. ¿Quién que trabaje de “9 a 6” y ande un par de horas en micro al día tiene tiempo para estar en la política y vivir una “vida normal”? (Sanchez, 2022)

En un ambiente de alta presión y para salvar rencillas internas y problemas de vocería en el comando, el Gobierno designó a dos vocerías: Karol Cariola, del Partido Comunista y Vlado Mirosevic, del Partido Liberal. La primera, fiel representante de la izquierda, ante la debilidad de la vocería de Vlado, tomó el espacio público de la campaña, en instancias que lo que se debía haber mostrado públicamente era transversalidad, una campaña que superara a la izquierda y convocara a amplios sectores. Esto profundizó la identificación de la campaña con la izquierda y el gobierno; pero sin contar una real conducción de los partidos de izquierda y sin el apoyo orgánico del gobierno. La introducción del voto obligatorio en el plebiscito de salida mostraría, de manera clara, que el clima destituyente se había instalado en el país. La campaña tuvo como público objetivo al votante indeciso, por considerar que convenciéndoles de los beneficios de la nueva Constitución, ganaríamos la elección. Se decidió conscientemente no apuntar al nuevo votante, desahogado, desinformado, impugnador y destituyente, que es quien finalmente termina siendo el sujeto relevante en los resultados.

Así, si bien las elecciones anteriores ya pueden leerse a la luz de la tesis destituyente, la introducción del voto obligatorio develó una situación que antes no se mostraba del todo. Ya se veía un agotamiento en el sistema de partidos y un escaso compromiso de la ciudadanía con el sistema político (manifestada principalmente

por la baja participación electoral y los buenos resultados obtenidos por las candidaturas y proyectos “impugnadores”); pero el voto obligatorio abrió una caja de Pandora que desnudó esa realidad destituyente y mostró que la desafección con la política no tiene dueño, ni lealtad con liderazgos o programas. Se trata de un voto marcadamente antipolítico, incluso de cortes antisociales.

Se trata de una disputa cultural con arraigo en las ideas populares que nunca fueron asumidas por parte de las fuerzas de cambio que simplemente se montaron en la fuerza de octubre y lo asumieron de izquierdas.

Desafío abierto: pasar de destituyente a “constituyentes”

Esta disputa político-cultural que se anuncia tiene que ver entonces con la legitimación del orden social, de la autoridad y de la distribución (o redistribución) del poder para poder volver a constituir nuestra sociedad.

Esta discusión del orden legítimo de la autoridad exige repensar los símbolos históricos que podemos reivindicar en nuestra historia política. ¿Qué símbolos de orden y autoridad son parte de nuestro proyecto político-cultural?

Defendemos que, en la disputa de los símbolos y los referentes que debemos construir, la experiencia de organización y dirigencia de las personas de orígenes populares y el hecho de que alcancen puestos de poder es relevante. No es baladí la cuna, los colegios y las trayectorias que tienen nuestros liderazgos políticos en la configuración de esta disputa cultural.

Si algo logró constituir octubre fue la importancia del protagonismo popular de las transformaciones. Este protagonismo popular ha intentado ser destruido por las derechas y ha sufrido de su propio *autoboicot*, como es el caso de la Lista del Pueblo. La derecha ha intentado, por todos los medios, ridiculizar, invisibilizar y victimizar cualquier logro o articulación política que tenga ese carácter popular o territorial.

Si no reconocemos o negamos constantemente las reflexiones de los sectores populares (la renuncia de Piñera, el quinto retiro, el rechazo, etc.), se hace imposible constituir un actor que encabece la disputa cultural y que construya partidos con arraigo en los sectores populares.

Primero, la pelea por las transformaciones no puede seguir viéndose por agendas puntuales, identitarias o sectoriales, sean estas indígenas, de género, medioambientales o animalistas: la aspiración de universalidad es urgente y necesaria de parte de la izquierda. Como dice Álvaro Ramis, “oponer identidad y clase parece una estrategia de la derecha para concordar con la izquierda una tibia apertura a los derechos sociales, en tanto subsidios universalizables en la medida del presupuesto público disponible. Pero al precio de no cuestionar las relaciones de poder que fungen en el fondo mismo de la trama política de la sociedad” (2022, p. 5).

Esta disputa, entonces, debe tener en perspectiva la construcción de una identidad, la que debe estar vinculada a un discurso nacional de carácter universal, enfrentando en ese proceso las discusiones del poder más clásicas sobre el rol del Estado, de la ciudadanía, de los partidos políticos, de los movimientos sociales, de la moral, la violencia y de la justicia.

Esta reconfiguración de roles y creación de nuevas relaciones entre los elementos enunciados debemos acompañarla, necesariamente, con la entrega de recursos monetarios y una satisfacción progresiva pero concreta de urgencias sociales que permita consolidar una nueva experiencia del individuo con el Estado – lo común– colectivo. Y, a través de esas aproximaciones materiales, construir un discurso político que constituya nuevamente al Estado desde la confianza, la información y la legitimación.

En el fondo, la pelea cultural de la que hablamos dice relación con la reconfiguración de la relación que tiene el individuo con lo colectivo en nuestro país. Hasta ahora, las izquierdas han evitado involucrarse en esta discusión y, en la práctica, esto ha traído problemas en la gestión interna que se han materializado en una constante dificultad de asumir la disciplina, autoridad y compromiso para construir partido político. Pero, además, nos trae problemas cuando llegamos a los sectores populares con la promesa de derechos sociales, los que son percibidos como una colectivización de la propiedad privada por pequeña que sea la vivienda, por deficiente que sea el servicio de salud o por escueta que sea la pensión.

Si bien el imperativo social cristiano de la solidaridad aún está instalado en buena parte de la izquierda, este concepto no tiene arraigo masivo y carece de la potencia de crear una nueva identidad universal (pues, si la tuviese, ya se habría materializado). Eso hace urgente construir desde otro lugar esa relación con la solidaridad, con el Estado solidario y con el poder (y la posibilidad de su redistribución).

No hay respuestas cerradas, pero sí creemos imperativa y legítima la pregunta: ¿hasta dónde el individuo debe decidir o influir en lo colectivo? o ¿hasta dónde quiero que el colectivo se meta en mis decisiones como individuo? Creemos que por parte de las izquierdas en general no se ha profundizado adecuadamente en la reivindicación de ese individuo.

Un intento de construir otros paradigmas para reconfigurar esta relación puede evidenciarse en la propuesta de orden, autoridad y gobierno de tono horizontal que fue levantada con fuerza durante las primeras campañas del Frente Amplio. Afirmamos que esa aspiración de horizontalidad fue y sigue siendo falsa, sobre todo cuando se asume un gobierno y se presenta un grupo dirigente muy reducido cuya cohesión se basa en lealtades de amistad y compañerismo. En este sentido, el planteamiento de la horizontalidad para la redistribución del poder y la reconfiguración de la relación del individuo con el Estado no basta para gobernar y dar un sentimiento de autoridad legítima. Así, se hace urgente construir un marco realista, con nuevos aprendizajes de la práctica de gobernar, apostando por los símbolos, referentes y liderazgos, que respeten y, sobre todo, valoren el protagonismo popular y nacional.

Las herramientas esenciales con las que contamos para ello son la educación y la reproducción cultural y debemos utilizarlas para la creación y el desarrollo de estas nuevas ideas y relaciones.

En síntesis, el objetivo de este trabajo no es dar una respuesta al dilema que se plantea sino relevar, con fuerza, la necesidad de dar con seriedad la disputa político cultural para la construcción de una nueva identidad universal que nos convoque profundamente

a compartir un proyecto colectivo nacional. Si no asumimos con responsabilidad este trabajo, de manera que nos permita construir ideas profundas alrededor de esos debates y proponer acciones de manera estratégica, vamos a seguir a sometidos a los vaivenes de la tormenta destituyente.

Bibliografía

Araujo, Kathya (2021). Transformaciones sociales y desafíos para la política. En VV. AA., *Política y movimientos sociales en Chile*. Santiago de Chile: LOM.

Atria, Fernando (2013). *La constitución tramposa*. Santiago de Chile: LOM.

Ramis, Álvaro (diciembre de 2022). Sin participación no hay Nueva Constitución. *Le Monde Diplomatique*, 23(246), 5. [Edición chilena].

Sánchez, Cristian (2022). Cuidado con las hidropónicas. *Revista Anfibia*. <https://www.revistaanfibia.com/chile-cuidado-con-las-hidroponicas/>

Sobre los autores y autoras

Karina Batthyány. Directora Ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Coordinadora de la Especialización en Políticas del Cuidado con Perspectiva de Género (CLACSO-FLACSO Brasil). Es doctora en Sociología, profesora titular de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (Uruguay). Autora de numerosas publicaciones en torno a las temáticas de género, políticas públicas, trabajo no remunerado y cuidados.

Daniel Andrade Schwarze, Ingeniero civil. Fundador de Democracia Viva. Expresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, 2017. Asesor de la Subsecretaría de Defensa del Ministerio de Defensa de Chile.

Claudia Heiss. Investigadora adjunta de la línea Conflicto Político y Social de COES. Directora de la carrera de Ciencia Política de la Universidad de Chile. Profesora de pregrado y de posgrado del Instituto de Asuntos Públicos (INAP) de la Universidad de Chile. Doctora en Ciencia Política de la New School for Social Research,

Estados Unidos, máster en Ciencia Política de la Universidad de Columbia y periodista de la Universidad de Chile. Fue presidenta de la Asociación Chilena de Ciencia Política del 2012 al 2014. Es una de las fundadoras de Rumbo Colectivo. También es miembro del directorio de Red Democracia. Sus temas de investigación son teoría política, estados de excepción constitucional y constitucionalismo.

Catalina Pérez. Abogada, ambientalista, feminista y política chilena, es dirigente de Revolución Democrática (RD) y vicepresidenta de la Cámara de Diputados de la República de Chile.

Camila Miranda Medina. Presidenta de Fundación Nodo XXI. Egresada de Derecho de la Universidad de Chile. Diplomada en Filosofía Política de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Investiga temas vinculados al feminismo, la educación y las políticas públicas.

Ezio Costa. Doctor en Derecho. Director Ejecutivo de Fima Chile. Profesor e investigador en la Universidad de Chile. Subdirector del Centro de Derecho Ambiental de la Universidad de Chile.

Camila Hernando Martel. Abogada feminista, activista por el derecho humano a la alimentación adecuada, fundadora y directora de varias ONG, recaudadora de fondos y gestora de proyectos sociales. Asesora legislativa en la Cámara de Diputados y Diputadas de Chile.

Juan Carlos Monedero. Profesor de Ciencia Política en la Universidad Complutense. Estudió Economía, Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Cursó sus estudios de posgrado en la Universidad de Heidelberg

(Alemania) y es profesor titular de Ciencia Política en la UCM. Ha sido ponente en la Organización de las Naciones Unidas (Nueva York y Ginebra) y dirige el área de Gobierno, Políticas Públicas y Democracia del Instituto Complutense de Estudios Internacionales. Director del Instituto República & Democracia.

Felipe Fontecilla. Director Ejecutivo de Rumbo Colectivo. Ecólogo Humano. Coordinador de la Conferencia Nacional de la Juventud, LCOY Chile.

Vesselina Vateva. Abogada. Máster en Estrategia Internacional y Política Comercial. Consultora en estrategia internacional legal y política comercial para instituciones públicas y entidades privadas de ámbitos nacional e internacional. Experta en inversión y análisis de riesgo país, con destacada experiencia en negociación de fondos de cooperación binacionales de financiamiento de proyectos, captación de fondos públicos y privados, así como gestión integral de proyectos.

Ione Belarra. Secretaria general de PODEMOS. Ministra de Derechos Sociales y Agenda 2030. Psicóloga por la Universidad Autónoma de Madrid, titulada en Formación Profesional de Integración Social. Realizó un Máster Oficial en Psicología de la Educación. Ecofeminista. Ha trabajado, participado y colaborado activamente en diversas organizaciones de la sociedad civil especializadas en la defensa de los derechos humanos, la cooperación internacional y las migraciones.

Alberto Acosta. Economista y político. Ha trabajado como investigador en el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales y en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Ha publicado diversos libros y artículos sobre temas como minería, extractivismo, medio ambiente y desarrollo. Ha tenido un gran protagonismo político en Ecuador: fue ministro de Energía y Minas y tuvo un papel crucial en la Asamblea Constituyente que redactó una nueva constitución en Ecuador y abogó por la formulación de los derechos de la naturaleza.

Marga Ferré. Copresidenta de Transform! Europe. Política y locutora hispano-argentina, que se desempeñó como diputada de la VI y VII Legislaturas de la Asamblea de Madrid por Izquierda Unida Comunidad de Madrid (IU-CM)

Tomás Cristi. Licenciado en Sociología por la Universidad de Chile. Parte del equipo evaluador del Primer Plan Nacional de Derechos Humanos - Subsecretaría de Derechos Humanos.

Fernando Atria. Profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Presidente del movimiento y partido político Fuerza Común. Fue miembro de la Convención Constitucional.

Javiera Toro. Ministra de Bienes Nacionales de Chile. Abogada activista. Expresidenta del partido político Comunes de Chile. Exdirectora de Fundación Nodo XXI.

Manuel Canales. Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Académico de la Universidad de Chile y del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Estatal de O'Higgins (UOH).

Esteban González Perez. Abogado, dirigente de Mesa Social, comuna Pedro Aguirre Cerda.

Gonzalo Leiva Quijada. Académico e investigador en Arte, Patrimonio y Estética, EHSSS Paris, Laboratorio New York University. Historiador y filósofo chileno. Su campo de estudios vincula las disciplinas de la estética, la fotografía, la historia, los estudios visuales y culturales latinoamericanos. Ha elaborado diversas investigaciones sobre artistas, colectivos y períodos artísticos.

Juan Pablo Luna. Profesor Titular, en modalidad tiempo compartido con la Escuela de Gobierno UC. Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill (2006). Su tesis doctoral obtuvo el Premio Juan Linz a la Mejor Tesis Doctoral, otorgado por la Comparative Democratization Section de la Asociación Americana de Ciencia Política (2008). También en 2008 obtuvo una beca posdoctoral del Programa de Estudios Latinoamericanos del Woodrow Wilson Center for Scholars.

Nicolás Arata. Historiador de la educación argentina y latinoamericana. Doctor en Educación por la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Doctor en Investigaciones Educativas por el Departamento de Investigaciones Educativas del CINVESTAV (México).

Araceli Farías Jorquera. Feminista, dirigente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica durante 2018. Estudiante de Ciencias Políticas de la Universidad Católica y actualmente secretaria general de la Revolución Democrática.

Paula Moreno. Economista y feminista. Consultora en políticas de igualdad, cuidados y no discriminación en el ámbito laboral.

Valentina Perrotta. Doctora en Sociología por la Universidad de la República, Uruguay. Magister en Género, Sociedad y Políticas. Docente e investigadora del Grupo de Investigación Sociología de Género de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay. Consultora de la División de Asuntos de Género de CEPAL. Coordinadora académica de la Especialización en Políticas del Cuidado con Perspectiva de Género (CLACSO-FLACSO Brasil).

Este libro presenta una selección de ensayos de destacados académicos y activistas que analizan el estallido social chileno de octubre de 2019 y el proceso constituyente que lo siguió, así como la campaña del rechazo que enfrentó la posibilidad de una nueva Constitución. Sus ensayos presentan una visión crítica de la situación política en Chile y exploran las implicaciones de la movilización social y el proceso constituyente para el futuro de este país. En sus páginas, se examinan la vivencia individual y colectiva de la protesta social, las dimensiones estéticas y performativas de la movilización, las complejas relaciones entre el movimiento y el proceso constituyente, y el impacto de la campaña del rechazo en la sociedad chilena. También se interroga la figura de Gabriel Boric para reflexionar sobre los desafíos políticos y sociales que enfrenta su gobierno, y se discuten sus posibilidades de consolidar una salida del modelo neoliberal. Este libro constituye un aporte para reflexionar sobre los desafíos políticos y sociales del proceso constituyente y sobre las posibilidades de avanzar hacia una transformación profunda de la sociedad chilena.

ISBN 978-987-813-480-2

